

A scenic landscape of the Scottish Highlands. The foreground shows a winding road through a valley with green and brown vegetation. In the background, there are large, rugged mountains with flat tops, some covered in green grass and others in brown heather. The sky is filled with dramatic, grey clouds, and the lighting suggests a sunset or sunrise, with a warm glow on the horizon.

**KATE DAWSON**

**Julia  
en las  
Highlands**

# Contenido

TÍTULO

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Epílogo

# JULIA EN LAS HIGHLANDS

Kate Dawson

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Kate Dawson

Mail: dawsonkate43@hotmail.com

Portada: Kate Dawson

1ªEdición: marzo de 2018

## Capítulo 1

Estaba parada delante del escaparate de la pastelería. Era el cumpleaños de su abuela y quería elegir bien, no todos los días se cumplen setenta años. Escuchó aquella voz subida de tono y no le hizo falta volverse para ver quién gritaba. A través del cristal veía perfectamente a la pareja que estaba discutiendo en plena calle.

Trató de concentrarse en los pasteles, pero le resultó imposible, solo podía mirarlos a ellos, era como una atracción malévola que la empujaba hacia aquello que más detestaba. Si había algo en el mundo que Julia no podía soportar era la violencia, especialmente si se daba en una pareja. Una simple discusión entre un chico y una chica provocaba en ella un aluvión de recuerdos cayendo en cascada sobre su cabeza. Se le aceleraba el corazón, le costaba respirar... y lo veía todo rojo.

—¿Podrías hacer eso en otra parte? —se volvió encarándose a ellos—. O mejor, podrías dejar de comportaros como dos imbéciles en medio de la calle.

—Pero ¿tú de que vas? —El joven se encaró con ella apartándose de la chica a la que acababa de llamar de todo menos bonita.

—¿Qué pasa? ¿Vas a pegarme? —Julia se enfrentó a él con expresión serena.

El energúmeno dudó si hacerlo realmente, tenía aquella mirada extraviada que advierte de que sus conexiones neuronales no tienen buen contacto. La miraba de arriba abajo. Era cierto que estaba muy en forma y sus brazos tenían los músculos ligeramente marcados. Quizá la chica sabía artes marciales.

—Déjala —dijo la joven con la que estaba discutiendo cogiéndolo del brazo—, vamos cari, no te metas en líos.

El «cari» tuvo suficiente excusa con eso para dejarlo estar y se dio la vuelta después de levantarle el dedo medio con desprecio.

Julia esperó unos segundos antes de alejarse a paso ligero con un revoltijo

de sensaciones, todas desagradables, en el cuerpo. Cuando llegó frente a la puerta de su casa sacó las llaves con manos temblorosas y se le cayeron al suelo. Al ir a cogerlas se dio cuenta de que volvía a casa sin la tarta. Se maldijo por imbécil y corrió de vuelta hacia la pastelería.

Debería haber cogido algo en la panadería en la que trabajaba como le había dicho Marta, su jefa. Pero ella quería algo especial. Tan especial que por poco no lleva nada.

La pastelería estaba a punto de cerrar y la chica que la atendió no le puso muy buena cara, pero metió la tarta Selva Negra en la caja y le cobró lo más rápido que pudo. Julia le preguntó si tenía velas y compró un siete y un cero.

—Abuela, ya estoy en casa —gritó desde la entrada antes de echar el cerrojo.

Llevó la tarta a la cocina y después fue al salón a besar y abrazar a Rosario, que estaba viendo la televisión.

—¿Has traído la tarta? —preguntó la mujer.

—Claro, ¿cómo iba a olvidarme? —dijo obviando que había estado a punto—. Me cambio y cenamos. ¿Qué hay?

—Nitos revueltos con zorrococos —dijo Rosario repitiendo la misma respuesta que Julia le había oído desde niña, siempre que hacía esa pregunta.

—Vaaalee —dijo desapareciendo en su habitación.

Se quitó la ropa y se puso el pijama. Estaba tan poco en casa que no le merecía la pena ponerse otra cosa. Entró al baño y se puso frente al espejo para hacerse una coleta en la que intentó atrapar todos los rizos que se rebelaban cobardes. Durante unos segundos se quedó quieta, mirándose. En una semana cumpliría veinticinco años. Miró alrededor de sus ojos esperando encontrar alguna arruga, pero no había nada. A parte de las ojeras, claro, pero esas llevaban allí una década, desde que tuvo que empezar a trabajar para ayudar a su abuela.

Ensayó una sonrisa y reparó en sus dos imperfectos dientes de abajo. ¿Había algo más caro que el odontólogo? Cuando se le torcieron tenía catorce años y su abuela dijo que le daban personalidad a su sonrisa. Rosario siempre tenía un buen argumento para aliviar cualquier frustración.

Salió del baño y fue a la cocina. Su abuela servía el guiso en los platos y ella puso la mesa para las dos.

—¿A qué hora vienen las chicas? —preguntó la mujer cuando estuvieron las dos sentadas.

—A las diez. —Sonrió Julia.

—Deberían haber venido a cenar —dijo su abuela.

—Tenían cosas que hacer, aunque no me han contado qué cosas. Estaban todas de lo más misteriosas. Creo que me están preparando algo para mi cumple.

—¿Qué tal tú último día de trabajo antes de las vacaciones? —dijo la anciana cambiando de tema.

Julia ensanchó su sonrisa y se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Déjame un momento para disfrutar de esta sensación —dijo cerrando los ojos—. Si pudieran envasarse los momentos, este sería de los más valiosos.

Su abuela sonrió con tristeza. Que el simple hecho de empezar sus míseros quince días de vacaciones supusiera para su nieta uno de los momentos más valiosos de su vida daba cuenta de la pobre vida que tenía.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Me harás caso y te irás de viaje?

Julia abrió los ojos y la miró como si dijera tonterías.

—¿A dónde voy a ir sola? Soy la única que tiene vacaciones ahora y tú no quieres ir conmigo a ningún lado.

—¿Ir de vacaciones con un vejstorio? —dijo su abuela enfadándose—. ¿Por quién me tomas?

—Hoy me ha tocado atender la terraza. Marisa se ha puesto enferma y he tenido que sustituirla. —Julia cambió de tema, no quería que su abuela volviese a regañarla—. Ya sabes que a ella eso de atender al personal le encanta.

—No como a ti.

—No como a mí.

Su abuela la miró con disimulo y movió la cabeza ligeramente. Si por ella fuera viviría enclaustrada. Parecía mentira que tuviese veinticinco años. Bueno, veinticuatro hasta dentro de una semana. No sabía cómo iba a reaccionar, pero esta vez no lo dejaría pasar. Si su hija pudiese verlas no se lo perdonaría.

—¿Y tú qué has hecho hoy? —preguntó la nieta cogiendo un pedazo de pan para mojar en aquella deliciosa salsa.

—Pues he ido a comprar al mercado y he estado tomando un café con leche con Carmen, ya sabes que su marido lleva un mes en el hospital. Le hacía falta distraerse un poco.

—¿No mejora?

Rosario negó con la cabeza.

—Ya sabes que yo no quiero morirme en un hospital. Cuando me llegue el momento, acabar rapidito y para el horno.

—No hables así —dijo su nieta regañándola.

—Mira que eres tonta, hija. Como si no supiésemos que nos tenemos que morir. Pues cuando llega el momento ¿para qué hacer sufrir innecesariamente a nadie? Eso tendría que estar estipulado por ley.

—Mira qué moderna —Julia sonrió con ternura.

—No se trata de modernidad, se trata de haber vivido muchos años y saber que no hay más remedio que aceptar que ese momento llega para todos.

—Pues hay gente que piensa que va a ser eterno. Marta, por ejemplo —dijo refiriéndose a su jefa—. Está convencida de que antes de que se haga vieja inventarán algo para no tener que morirse.

—Marta es tonta, hija, ya te lo he dicho muchas veces.

Julia sonrió. Su abuela la miró muy seria.

—No te rías, es la verdad. Siempre con esa cara de amargada y arrastrando los pies como si llevase un fardo a costas. No sé cómo ese bendito la aguanta.

—Porque la quiere, abuela.

—La quiere, la quiere... ¡Qué va a quererla si es más tonta que una piedra!

Siguieron cenando mientras Rosario se despachaba a gusto con la pobre e insoportable Marta y recogieron la mesa para tenerlo todo listo cuando llegaran las chicas, como las llamaba Rosario a pesar de que todas tenían la misma edad de su nieta.

Julia, Laura, María y Cristina eran amigas desde primaria. Se complementaban bien porque, aunque sus personalidades eran muy distintas, su afecto superaba cualquier desavenencia.

Cuando sonó el timbre la abuela se encargó de abrir la puerta mientras Julia ponía las velas en el pastel y colocaba platos y cucharas sobre la mesa.

—¡Felicidadeeeees! —gritaron las tres en la entrada y luego se abrazaron a la homenajeadada riendo al solapar sus abrazos.

Entraron y María se quedó la última para cerrar la puerta. María era una de esas chicas con el instinto maternal hiper desarrollado. Siempre pensaba en todo y en todo el mundo y no le gustaba que se criticase a nadie. Era bajita y algo rellenita, pero sin dudarlo era la más guapa de las cuatro. Tenía unos ojos azules enormes y unos labios naturalmente coloreados que le daban un



aspecto de muñeca. Su piel extremadamente blanca contrastaba con un cabello caoba que se ondulaba de manera perfecta sin necesitar ayuda. Había estudiado magisterio y aprobado la oposición de maestra de primaria a la primera.

—¡Menuda tarta! —exclamó Laura al ver la Selva negra.

Laura era la intelectual. Muy delgada, sin curvas y con el pelo corto. Llevaba gafas porque sus ojos trabajaban mucho. Quería ser escritora y pensaba que debía beberse las obras completas de todos los escritores, vivos y muertos, antes de estar preparada para ello. Estudió periodismo y desde hacía un año trabajaba en un periódico local. Tenía un rostro hermoso, pero nada llamativo, claro que tampoco es que lo adornase mucho. Un lápiz negro en la línea de agua y los labios rosas. Siempre el mismo rosa.

Julia encendió las dos velas y se colocaron alrededor de la mesa para ver a Rosario soplarlas. Cuando la llama estuvo extinguida, las cinco se sentaron para saborear la tarta.

—A mí ponme poco, que he cogido un kilo —dijo Cristina.

Todas la miraron con expresión incrédula. Cristina era muy delgada y, con diferencia, la que más comía de todas. Un engendro del diablo, vaya. Tenía un cuerpo impresionante, con la cantidad exacta de músculo y fuerza, que había conseguido a base de muchas horas de gimnasio, y una melena que le llegaba por la cintura y que solía recoger en una coleta alta. Siempre estaba impecable, tenía ropa y estilo para cualquier ocasión. Era *Youtuber* e *Influencer*. Tenía un canal de belleza con más de un millón de suscriptores. Ella fue la primera en darle su regalo a Rosario.

—Este es el mío —dijo sonriendo ilusionada. Si había algo que le gustase hacer a Cristina era comprar.

Rosario lo abrió y se encontró con una paleta de sombras carísima. Todas sabían que le encantaba el maquillaje.

—¡Madre mía, qué ilusión! —exclamó Rosario tocando aquellos colores con la yema de sus dedos—. ¡Qué buena pigmentación tiene!

Cristina le dio la vuelta a la paleta para que viese la firma.

—Está firmada por la diseñadora, que también cumple años hoy —explicó Cristina, que sabía bien lo mucho que la admiraba Rosario.

—Lo guardaré como un tesoro —dijo la mujer repasando la firma con el dedo.

María le regaló su perfume favorito y un álbum de fotos hecho por ella, con adornos de encaje y ropa que había sido de Rosario en distintos

momentos de su vida.

—¿Esto es de mi vestido de novia? —preguntó acariciando el satén colocado junto a una de sus fotos de boda.

María sonrió.

—Tranquila, no hemos roto nada. Cogimos pedacitos de lugares que no dañaban las prendas o que podían disimularse sin problema —explicó.

—¡Ay, hija! No tienes de qué preocuparte, no pienso volver a utilizarlo nunca, así que me alegra ver que le has dado esta maravillosa utilidad. Es un regalo precioso, María, tienes unas manos portentosas y una sensibilidad admirable. —Rosario la abrazó con verdadero afecto, su regalo la había emocionado.

—Julia me ayudó a seleccionar las fotografías —dijo María mirando a su amiga.

Abuela y nieta se miraron con mucho cariño.

—Ahora mi regalo te va a parecer una birria —dijo Laura entregándole su paquete.

—No digas tonterías, Laura —la regañó Rosario—, sabes que me encantan los regalos y valoro muchísimo que hayáis pensado... ¡Oh!

Laura sonrió satisfecha.

—Es una primera edición, de 1970 —explicó.

—¡84, *Charing Cross Road!* Es mi libro favorito, sin dudarlo —dijo Rosario asintiendo al tiempo que lo abría y lanzaba una exclamación de júbilo—. ¿Estas notas?

Laura sonrió.

—Sí, son de Helene Hanff.

—Madre mía, madre mía. —Rosario no daba crédito—. Pero ¿cómo conseguís estas cosas tan maravillosas?

—Son unas frikis —dijo Julia riendo—. ¡Como tú!

La abuela se rio también sin dejar de abrazarlas a una tras otra.

—Bueno, ahora el mío —dijo Julia.

Se levantó para ir hasta su habitación y regresó con una maleta que hizo empalidecer a su abuela. La colocó sobre la mesa y al abrirla apareció un tocadiscos antiguo.

—¿Es...? —Rosario tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, abuela, es el de mi madre. Lo encontré entre sus cosas e hice que lo arreglaran. Funciona perfectamente. Ahora podrás volver a escuchar todos esos discos de vinilo que escuchabais juntas.

Rosario se levantó y se acercó al tocadiscos como si fuese un muerto que acaba de resucitar. Lo acarició con los dedos sintiendo una emoción tan profunda que se extendió por toda la cocina sacudiéndolas a todas.

—¿Cómo han podido? Si estaba destrozado... No sabéis las horas que pasamos juntas escuchando esos discos. Junto a él la enseñé a coser y a bordar, me contó todas las cosas que le ocurrían en el instituto y después en la universidad...

Julia la abrazó con ternura esforzándose por contener las lágrimas.

—No quería ponerte triste, abuela —señaló.

—No me pone triste, me emociona que es muy distinto. —Rosario se apartó y se limpió las lágrimas con una sonrisa—. Bueno, venga, vale ya de regalos. Vamos a comernos esa maravillosa tarta.

—Y ahora cuéntanos que te ha pasado esta tarde —dijo Laura increpando a Julia después de probar la deliciosa tarta.

Su amiga la miró con el ceño fruncido.

—Hija, que estabas en plena avenida, te ha visto un montón de gente —dijo Laura ante su expresión—. Y por tu abuela no te apures, mañana en cuanto salga a la calle va a tener la versión de las vecinas, así que mejor que nos expliques tú ahora lo que ha pasado de verdad.

Rosario miró a su nieta con expresión severa.

—No ha pasado nada —empezó Julia—, estaba delante del escaparate de la pastelería y detrás de mí se ha parado una pareja y se han dicho unas cosas muy bonitas. Yo les he pedido muy amablemente que se fuesen a discutir a otro lado. Nada más.

—¡Julia! —exclamó su abuela.

—¿Qué? —La nieta la miró como si no entendiera su enfado—. La estaba tratando como una mierda.

—¿Te has enfrentado a él? —movió la cabeza con pesar—. Un día te van a hacer daño, hija.

—Estábamos en medio de la calle, abuela, no me podía hacer nada.

Sus amigas la miraron con expresión reprobadora.

—Julia, de verdad que tienes que dejar de hacer esas estupideces —la conminó Cristina.

—Si quieres ir por ahí de salvadora —intervino María muy seria—, ves a aprender algún arte marcial. Al menos que te puedas defender.

Julia soltó una carcajada y miró a su amiga como si la loca fuese ella.

Dieron buena cuenta del pastel, a pesar de las objeciones de Cristina que finalmente no se reprimió y fue la que más comió de todas. Para acabar bebieron una copita de cava y brindaron por los setenta años de Rosario.

—Que sepáis que pienso seguir dando guerra mucho tiempo —dijo la anciana.

—Más te vale —respondió Julia llevándose la copa a los labios.

—¿Lo hacemos ya? —Las tres amigas miraban a la anciana, que asintió sin que Julia entendiese nada.

Rosario las ayudó a quitar todo lo que había en la mesa ante la atenta mirada de su nieta que comprendió que tramaban algo.

—¿Qué pasa? —preguntó sin disimular su curiosidad.

—Siéntate —la conminó Laura mientras Cristina ponía una carpeta sobre la mesa limpia.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Julia riendo.

Sus amigas miraron a Rosario que carraspeó nerviosa antes de tomar la palabra.

—Cuando naciste, hace casi veinticinco años, llenaste de luz aquella casa...

—Abuela, no... —pidió poniéndose seria.

—Déjame hablar, Julia —la regañó Rosario tratando de contener las emociones en un lugar que pudiese dominar—. Gloria tenía tu edad cuando se quedó embarazada y debes saber que esa noticia la hizo muy feliz.

Julia puso una mano sobre las de la anciana tratando de infundirle el calor que necesitaba.

—Tu madre era la mujer más maravillosa que haya conocido —siguió Rosario—. Sus ojos estaban llenos de amor y cuando sonreía salía el sol. Cuando te miro, la veo a ella y la imagino orgullosa y feliz al ver que su hija es una persona tan especial a pesar de todo lo que tuviste que vivir. Pero también se sentiría triste, porque te empeñas en cerrarte al mundo y en no desplegar tus alas.

Julia apartó su mano y se apoyó en el respaldo. No era justo, precisamente en ese momento.

—Dentro de unos días cumplirás veinticinco años y las chicas me han ayudado a organizarte un regalo muy especial. —Su abuela sonrió con cariño—. Ya sabes que los regalos no pueden devolverse, así que ni se te pase por la cabeza rechazarlo.

Julia no pudo disimular el temor en sus ojos. Aquellas cuatro mujeres juntas podían haber ingeniado cualquier plan malévolos y sabía por experiencia que le iba a resultar muy difícil zafarse de él.

Cristina abrió la carpeta y sacó un billete de avión que puso delante de ella.

—Vas a hacer un viaje —dijo.

—A Escocia —dijeron sus otras dos amigas al unísono.

## Capítulo 2

—¿Sola? —Julia las miraba sin dar crédito—. ¿Por qué tengo que irme de viaje sola?

—Está todo reservado —explicó Laura—. El avión, el hotel... Lo único que no hemos alquilado es el coche porque no estamos seguras de si querrías conducir. Como lo hacen por la izquierda pensamos que...

—¿Sola? —insistió sin comprender—. ¡Pues menuda mierda de regalo de cumpleaños!

—No se trata de ti, Julia —dijo su abuela mirándola muy seria—. Esta vez no se trata de ti.

La joven la miraba sin comprender.

—Todos, en algún momento de nuestras vidas debemos hacer un viaje. No tiene por qué ser un viaje que nos lleve lejos, como este, pero sí uno que nos haga conocernos a nosotros mismos. Es el único modo de poder tener una vida auténtica y que no sean las circunstancias las que decidan por nosotros.

—Yo sé quién soy —dijo Julia, molesta.

—No, no lo sabes —negó su abuela—. La vida no se reduce a ir a la universidad, sin relacionarte con nadie, sin entablar amistad con nadie. Ni a ir a trabajar del mismo modo. Si no conocieses a las chicas desde la primaria nunca les habrías dado la oportunidad de acercarse a ti.

Las tres amigas la miraron y asintieron.

—Sabes que te queremos muchísimo, Julia —dijo Cristina visiblemente emocionada—, pero tu abuela tiene razón.

—Nos preocupamos por ti —dijo María.

Laura estiró el brazo para cogerle la mano.

—El mundo está ahí fuera y estamos seguras de que guarda cosas maravillosas para ti —dijo.

—¿Y por qué no vamos juntas? —insistió Julia sin comprender aquella confabulación contra ella.

—No son unas simples vacaciones —explicó Rosario—. Este es un viaje

a tu interior, un viaje para que decidas cómo quieres que sea tu vida. Y ese viaje no puedes hacerlo con nadie, Julia.

Su nieta negó con la cabeza después de pensarlo un momento.

—No me gusta la idea de dejarte sola en estas fechas...

—No estará sola —dijo Cristina—. Vendremos todos los días a verla. Ese día, también.

—¿Escocia? —Julia miró el folleto que había sobre la mesa, consciente de que lo tenían todo pensado—. ¿Por qué Escocia?

Su abuela asintió lentamente.

—El día antes de su muerte, tu madre habló conmigo de esto. —A Rosario le tembló la voz al recordarlo—. Creo que sabía lo que le iba a pasar, aunque no sé cómo. La cuestión es que me dijo que necesitaba hablar de algo importante y que quería que yo la escuchara con mucha atención. Lo primero que hizo fue preguntarme si me acordaba de cuál era su libro favorito. —La anciana sonrió—. ¡Claro que me acordaba! El anticuario, de Walter Scott, le dije. Asintió y su expresión cambió, como si el hecho de que yo supiese aquello le diese fuerzas para seguir hablando. Entonces empezó a hablar de su eterno deseo de ir a Escocia. Es cierto que desde niña le atrajo aquella tierra y también es cierto que la oí mencionar la idea muchas veces, pero nunca me di cuenta de que fuese algo tan importante para ella.

Julia miraba a su abuela con evidente emoción, como le ocurría siempre que le contaba alguna historia sobre su madre. Tenía su imagen tan vívida en su mente que era como si la hubiese visto el día anterior. Durante años no pudo pensar en ella sin derrumbarse, sin que el miedo y el horror atravesaran su pecho como una garra de dedos afilados que buscase arrancarle el corazón.

Gloria, así se llamaba su madre, era una mujer dulce y cariñosa con una fantasía desmesurada. Julia recordaba bien sus cuentos improvisados que nacían de cualquier hecho o suceso cotidiano y se convertían en narraciones mitológicas y heroicas. Siempre encontraba el momento para jugar con ella cuando era niña, no importaba si estaba muy ocupada o tenía que preparar la comida o la cena. Julia jamás se iba a la cama sin que le leyera un cuento y sin una ristra de besos encadenados. Incluso mientras él vivió con ellas y los gritos y las lágrimas formaban parte de su vida como si fuese un miembro más la familia.

Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas.

—No quiero entristecerte, hija —dijo su abuela cogiéndole la mano y mirándola con ternura—, pero me lo pidió y tengo que decírtelo.

—¿Te lo pidió?

Rosario asintió.

—Me dijo que si ella no estaba aquí cuando tú cumplieses los veinticinco años quería que hicieras un viaje. —Les hizo un gesto a las chicas que abrieron la carpeta y sacaron lo que había en ella.

Julia miró aquellos objetos y cogió uno de los cuadernos de dibujo de los muchos que hizo su madre.

—Tenemos muchos cuadernos como este —susurró.

—Sí —confirmó su abuela—, pero este me lo dio a mí para que te lo guardase. Todo lo que hay en esa carpeta era de tu madre y me lo dio ese día para que yo te lo diera a ti. Hoy.

—¿Hoy precisamente?

Su abuela asintió. Julia abrió el cuaderno y fue pasando las páginas con un estremecimiento en su ánimo que dotó a aquellos dibujos de un sentido mágico. El primero era una fachada de flores alrededor de una puerta de color azul. Al pasar la página vio que habían arrancado una hoja y pasó el dedo sobre el mordido papel mirando a su abuela de manera interrogadora, pero Rosario negó con la cabeza y dijo que no sabía nada. En el siguiente dibujo se veía un castillo en una colina y una mujer envuelta en una manta de cuadros mirando al horizonte. Después un prado verde con una lápida de forma triangular. Y el último un valle glacial con un macizo de tres cimas al fondo y una figura masculina de espaldas que señalaba hacia un lugar indeterminado.

—Tu madre dibujaba increíblemente bien —dijo María que no había perdido detalle de los dibujos—. Era una artista increíble.

—Desde niña Gloria imaginaba cosas y las dibujaba —dijo Rosario, recordando—. Decía que eran recuerdos de otras vidas, de otras personas...

Julia dejó el cuaderno de dibujo a un lado y examinó el resto de cosas. Había un folleto sobre Escocia, un tríptico sobre un pueblo llamado Forthland, la fotografía de las montañas que había dibujado y la fachada de una casa en la que había un letrero que indicaba que era un hotel. Miró a su abuela interrogadoramente.

—¿Mi madre te dio esto para mí?

Rosario asintió.

—Lo planificó todo: en qué hotel debías alojarte, los lugares que debías visitar, incluso el día exacto en el que debías iniciar el viaje.

—No entiendo nada. —Julia se recostó contra el respaldo de la silla



mirando todas aquellas cosas sobre la mesa y después a cada una de sus amigas—. ¿Vosotras entendéis algo?

Laura fue la que habló.

—Que tu madre imaginó todos estos lugares y los dibujó durante años. Mira —dijo pasando las páginas del cuaderno hasta la primera y señalando la fecha—, este lo dibujó cuando solo tenías cinco años. Y en este... siete.

—Seguramente era un lugar al que deseaba ir y por eso lo dibujó. Debió sacar las imágenes de fotografías —dijo Julia.

—Probablemente —corroboró María—, pero lo que está claro es que esto era muy importante para ella.

—¿Y tengo que irme a Escocia por eso? —preguntó molesta.

—Por supuesto. —Rosario atrajo la atención de las cuatro jóvenes y su expresión se había vuelto dura y firme—. Es la única cosa que harás por ella en tu vida.

Aquello le dolió a Julia como una bofetada.

—Lo dices como si no me importase.

—Claro que te importa y es como debe ser. Era tu madre —dijo su abuela, sin contemplaciones—. Ella lo habría dado todo por ti y la única cosa que pidió es que hicieses este viaje por ella.

—Ella está muerta —dijo Julia entre dientes—, nunca va a saber si lo hice.

—¿Y cómo sabes eso? —la increpó Rosario enfadada—. ¿Cómo saber lo que los muertos conocen o no de nuestras vidas? ¿No merece ella que te tomes la molestia de cumplir su deseo? Es una promesa.

—Yo no hice ninguna promesa.

—Pero la hice yo —asintió su abuela con expresión severa—, y yo tampoco te he pedido nunca nada hasta hoy. Hoy te lo pido. En tu mano está negarte, pero piénsatelo bien porque nuestras decisiones nos definen.

Julia miró a sus amigas que la observaban con expresión severa dispuestas a contraatacar si se negaba. Cogió el folleto del hotel y lo miró con un extraño sentimiento de pertenencia.

—¿Todavía existe? —preguntó.

Un suspiro de alivio cruzó la sala a toda velocidad al tiempo que las chicas esparcían los folletos informativos que ellas habían recopilado para la preparación del viaje.

—No solo existe, ha pertenecido a la misma familia desde hace más de cien años. Tienes una reserva para doce días —explicó Cristina.

Sus amigas empezaron a explicarle todo lo que habían descubierto siguiendo las notas de su madre y Julia levantó un momento la vista para mirar a su abuela. La anciana se limpiaba las lágrimas que caían sin parar por sus mejillas. Apartó la silla y se levantó haciendo que las chicas callasen y fue a abrazar a su abuela con sentida emoción.

Aquella noche Julia repasó detenidamente cada detalle de su viaje a Escocia. Su madre había marcado varios lugares como imprescindibles y se entretuvo buscando información sobre ellos en Internet, hasta que notó que se le cerraban los ojos. Estaba demasiado cansada para seguir, dejó el portátil y todo lo demás sobre la mesa, pero se llevó el cuaderno de dibujo a la cama.

Se tumbó de lado y fue pasando las hojas deteniéndose en los dibujos y analizándolos al detalle. María tenía razón, su madre era una artista. Debería haberse dedicado a dibujar en lugar de ser tan solo un ama de casa. Se sintió un poco mal por tener aquel pensamiento, estaba segura de que ella fue en gran parte el motivo por el que lo dejó todo. Ella y él, claro.

No le gustaba pensar en aquello, no le hacía ningún bien. Era inevitable que los sucesos de aquel día acabasen aflorando de nuevo en su mente, con pensamientos dando vueltas sin parar sobre las preguntas sin respuesta que quedaron después del vacío y el silencio. Recordaba cada detalle. El tenedor cayendo desde la mesa y la expresión de su rostro antes de desplomarse...

Su padre acudió al funeral. Nunca supo quién lo avisó, pero no dejó que se acercara a ella. Nunca le perdonaría, aunque pasaran mil años y se arrastrara suplicando. Fue por su culpa, no importaba lo que dijeran los médicos, para ella era como si él la hubiese matado con sus propias manos. No se hace daño a quién te ama.

Todavía dolía, dolía muchísimo, pero ahora ya era una persona adulta y podía odiarlo sin que nadie le dijese qué debía o no debía sentir. Recordaba bien sus gritos recriminándole que lo hubiese relegado por ella. Podía aceptar que no la quisiera, que no tuviese un solo recuerdo de alguna muestra de cariño. Cualquier cosa menos que la utilizase como excusa para justificar su rabia.

Aquellos pensamientos se desvanecieron al volver a la página arrancada y se preguntó qué sería lo que su madre dibujó y por qué arrancó aquella hoja. Nunca arrancaba una hoja, decía que si un dibujo no salía como esperaba al

menos servía para aprender de tus errores. Cerró el cuaderno, lo dejó sobre la mesilla de noche, se acurrucó de lado colocando una de sus manos bajo la mejilla y cerró los ojos.

Rosario se despertó al oír sus gritos y se levantó despacio. Ya tenía mucha experiencia y setenta años no son para tomárselos a la ligera. Se puso las zapatillas y salió del cuarto para recorrer los escasos cuatro metros que la separaban de la habitación de su nieta.

Entró en el cuarto sin encender la luz, ya sabía que no debía sobresaltarla. Se sentó en la cama y le cogió una de las manos mientras con la otra le acariciaba el rostro mojado por las lágrimas.

—Cariño, despierta —susurró sin dejar de acariciarla suavemente—. Tu abuela está aquí contigo. Nada malo va a pasar, abre los ojos.

Julia sollozó aterrada y Rosario siguió hablándole con dulzura hasta que su nieta despertó. A la anciana siempre la estremecía ver aquella mirada de terror en sus ojos. La joven se incorporó y se abrazó a ella. Necesitaba sentirla cerca, aspirar el olor de su piel, notar la calidez de su cuerpo.

—Ya pasó —dijo Rosario acariciándole el pelo.

Pero Julia sabía que nunca pasaba. Nunca.

Forthland era un pueblo tranquilo de casas y calles de piedra. Julia caminó por una de esas calles contemplando embelesada los alféizares de las casas repletos de flores. Se fijó en que en algunos dinteles de las puertas habían grabado fechas y letras y se preguntó qué indicarían. Atravesó la plaza y pasó junto a la fuente que la adornaba, hasta llegar frente a la fachada del Dragonfly Hotel. Era tal y como su madre lo había dibujado: con dos columnas blancas y el letrero de madera en color azul. Enfrente estaba la fachada de flores que su madre había dibujado y pudo comprobar que era exacta hasta en el más mínimo detalle.

Cruzó la puerta del hotel con cierto nerviosismo y caminó hasta el mostrador de recepción tras el que había un hombre maduro, de gran talla y pelirrojo, como era de esperar y una joven de piel muy blanca y cabello negro y rizado.

—Buenas tardes —saludó en un perfecto inglés—. Soy Julia García y tengo una reserva para los próximos doce días.

—Bienvenida al Dragonfly Hotel, señorita García. ¿Ha tenido buen viaje? —respondió el escocés con una sonrisa.

—Muy bueno, gracias.

—Mi nombre es Leod MacDonald y esta de aquí es Emma Berrow, la verá tanto aquí como en la taberna de mi hijo, que es esa de ahí enfrente —dijo señalando hacia la ventana—. En la taberna se sirve el desayuno y la cena, ambos incluidos en la reserva que nos hizo. En realidad solo funciona como taberna los fines de semana por la noche. Entre semana solo se dan desayunos y cenas.

Julia asintió después de mirar hacia donde le indicaba.

—¿Necesita algo? —preguntó el dueño del hotel—. ¿Algún mapa? ¿Itinerarios? ¿Horarios de transporte?

Julia negó con la cabeza, agradecida por su buena disposición.

—¿No has alquilado coche? —preguntó Emma hablando por primera vez—. Es el mejor modo de moverse.

—Me daba un poco de apuro tener que conducir por la izquierda —explicó Julia.

Emma sonrió con simpatía.

—No es difícil, se lo aseguro. Cuando estuve en París me temblaron las manos, pero ya verás que enseguida cambias el chip.

—¿Seguro que me aconsejas alquilar un coche?

La otra joven asintió decidida.

—Doy por hecho que estás acostumbrada a conducir —aclaró Emma.

Julia asintió.

—Entonces sí, te lo aconsejo.

—Debería haberlo alquilado en el aeropuerto —dijo la española frunciendo el ceño.

—Tranquila —intervino Leod—, nosotros podemos conseguirte uno a muy buen precio. Ahora Emma te acompañará a tu habitación para que te instales.

Julia se sintió muy cómoda al ser tratada con tanta familiaridad. No era lo que había esperado tratándose de ingleses.

«—Escoceses, —se dijo mentalmente—, son escoceses».

## Capítulo 3

La habitación era muy espaciosa; mucho más de lo habitual en hoteles tan pequeños. Estaba decorada con gusto, en un estilo clásico pero alegre.

—¿Te gusta? —preguntó Emma.

—Mucho, es preciosa.

—Es nuestra mejor habitación —dijo la joven acercándose a la cama y poniendo la mano en una de las columnas del dosel—. Ahora hay pocos huéspedes y por eso Leod te la ha otorgado sin suplemento.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? —preguntó Julia interesada, mientras colocaba la maleta en el banco de madera situado contra la pared que estaba frente a la cama.

—Un año —explicó la otra acercándose a mirar lo que había en su equipaje. Julia se sorprendió de su poco tacto, pero no dijo nada y empezó a sacar sus cosas—. Descubrí este pueblo en unas vacaciones con mis amigos y me gustó tanto que decidí quedarme a vivir aquí. Leod y Evan necesitaban ayuda y me ofrecí. A mis amigos no les hizo muchas gracias que los abandonara, pero ya hacía tiempo que quería librarme de ellos una temporada.

Julia asintió con una sonrisa, pero no dijo nada. No quería ser antipática, pero le apetecería poder deshacer su maleta sin público.

—Evan es el hijo de Leod —siguió Emma sin perder detalle de su ropa interior—. Es un hombre impresionante, cuando lo vi supe que tenía que quedarme. Estoy segura de que no habrás conocido a ninguno como él. ¿Tienes novio?

Julia la miró con el ceño fruncido y negó con la cabeza. No tenía mucha práctica en viajar sola, pero estaba segura de que el comportamiento de Emma no era el adecuado. Quizá se debiese a su juventud.

—¿Cuántos años tienes, Emma? —preguntó.

—Diecinueve —respondió.

Julia se sorprendió. Imaginaba que era joven, pero no tanto. ¿No debería

estar estudiando algo? Si llevaba un año trabajando allí quería decir que cuando llegó tenía dieciocho o menos.

—¿Y tú?

—Veinticinco —dijo Julia esforzándose en mostrarse relajada. Estaba claro que la impertinencia de Emma se debía a su edad y eso suavizó su juicio.

La joven se sentó en la cama, contraviniendo así todas las normas de comportamiento que pudieran aplicarse a las personas que trabajan en un hotel.

—Lo cierto es que me aburro un poco en este pueblo —explicó—. No suele venir gente joven a Forthland. Bueno, para ser exactos nunca viene gente joven. Eres la primera de menos de cuarenta años, en el tiempo que llevo aquí.

Julia terminó de guardar su ropa interior sin poder disimular su sonrisa ante el desparpajo de Emma. Parecía increíble que fuese inglesa.

—Soy irlandesa —dijo mostrándole el pin con un arpa que llevaba en la camiseta—. De Bunratty, un pueblecito muy pequeño. Siempre quise irme de allí, así que en cuanto tuve una excusa...

—¿Por qué un arpa? —preguntó Julia.

Emma se encogió de hombros.

—Los irlandeses somos muy de leyendas e historias que lo explican todo, pero para mí es solo un arpa. ¿Tú de dónde eres?

—De Madrid.

—¿Eso es la capital de España, no?

Julia asintió.

—No conozco España. Quiero ir a los Sanfermines... Tú debes conocerlos bien.

—Bueno, lo que he visto por televisión —respondió Julia sin mirarla, no quería alimentar al monstruo.

—Aquí no encontrarás mucha diversión —siguió la joven—. Castillos, bosques y lagos. ¿Por qué has venido?

—Un regalo de mi abuela y mis amigas.

—¿Y tus amigas te regalan un viaje para que lo hagas sola? Qué amigas más raras tienes. —Emma se puso de pie y se dirigió a la puerta—. Te dejo para que termines de hacer tus cosas, que yo tengo trabajo. Ya nos veremos luego en la taberna.

Julia se quedó mirando la puerta con cierta confusión. Después de unos

segundos se encogió de hombros y se centró en terminar de organizarse, quería salir a dar un paseo antes de que se hiciese de noche.

Con una chaqueta fina y un paraguas en la mochila, Julia salió del hotel dispuesta a recorrer el pueblo de Forthland y sus alrededores. Se quedó unos segundos parada en la acera mirando la fachada de la taberna, que seguía cerrada. Tenía los marcos de las puertas y las ventanas pintados de azul oscuro y las paredes de blanco. Había muchas flores en macetones grandes dispuestos en el suelo, pero también en otros que colgaban de las paredes dibujando una escena adorable.

Julia sacó el cuaderno de su madre y miró el dibujo con admiración. La había dibujado tal y como era hasta en el mínimo detalle. Frunció el ceño, desconcertada, y cogió el folleto que sus amigas habían recibido cuando hicieron la reserva. La foto debía ser de otra época y, aunque había flores, la disposición no era la misma. Volvió al dibujo de su madre y movió la cabeza dubitativa.

—Qué raro —musitó encogiéndose de hombros.

Lo guardó todo en su mochila y se puso en marcha alejándose del hotel. Atravesó la plaza y se detuvo un instante frente a la fachada de la iglesia, no era muy aficionada al arte sacro, pero sí le gustaban los edificios medievales, y aquel lo era. Las casas de piedra captaban su atención a cada paso, sus puertas de madera, los dinteles grabados, los tejados formando triángulos dentados, todo le resultaba atractivo.

Llegó hasta la carretera principal y la cruzó para acceder a un sendero que se adentraba en el bosque. Siguió caminando y pasó junto a unos contenedores de basura preguntándose para qué los habrían colocado allí si alrededor no había casas. Se puso los auriculares de botón que llevaba en uno de los bolsillos de la mochila y los enchufó a su móvil para escuchar música mientras paseaba.

Aquella era la definición de felicidad para Julia García: naturaleza, soledad y música. Apenas llevaba media hora caminando cuando la música se paró y sonó el teléfono en su oído. Descolgó apretando el botón de sus auriculares.

—Hola, chicas.

—¡Holaaaaa! —gritaron todas—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal el sitio? ¿Te gusta?

Las preguntas se sucedían y solapaban con voces distintas y Julia se echó a reír.

—Estoy bien —dijo elevando la voz—. El sitio es precioso y sí, me gusta mucho.

—¿Qué haces?

—Estoy dando un paseo por el bosque.

—¡Oh! Por las fotos parecía un lugar muy bonito —dijo María—, muy romántico.

—Sí, hija, es de lo más romántico pasear por este precioso bosque, sola y escuchando a Queen en mis auriculares —dijo Julia riendo.

—¿Has conocido a alguien interesante? ¿Son amables? —siguieron solapando las preguntas.

—Solo al señor del hotel y a su ayudante inglesa. Él es un hombre de lo más encantador y educado, me ha hecho sentir muy cómoda. La habitación es preciosa, la más bonita que he visto nunca. La chica es un poco entrometida, pero es que es muy jovencita. Por cierto, insiste en que debería alquilar un coche.

—¡Te lo dije! —exclamó Cristina—. ¿Ves cómo tenía razón?

—Según ella no es tan difícil como parece. He pensado que si el coche tiene marchas automáticas me costará menos.

—No seas tonta —dijo Laura—, tú puedes con todo.

Julia sonrió por el apoyo incondicional que le brindaban siempre.

—Os echo mucho de menos, niñas —dijo con tristeza.

—Ni se te ocurra —dijo María—. Piensa que es un viaje existencial, una conexión cósmica con tu madre.

—Pensaréis que estoy sugestionada —dijo deteniéndose en el camino por temor a que si se adentraba más perdiese la cobertura—. Realmente es extraño y no tiene ningún sentido, pero me siento más cerca de ella de lo que me he sentido en años. Es como si la tuviese aquí conmigo.

—No es extraño —dijo Laura—, seguramente eso es lo que ella buscaba.

—Pero mi madre nunca estuvo aquí —dijo negando con la cabeza—. No sé cómo explicarlo...

—Tienes que disfrutar a tope —apuntó Cristina sonriendo a sus amigas—. Cuando vuelvas queremos que tengas muchas cosas que contarnos.

—Cuidad de mi abuela —pidió.

—No hace falta que lo pidas, Julia —dijo Laura—, nos la rifamos. No le van a faltar atenciones, te lo prometemos.



—¿Y no has visto a ningún Highlander? —preguntó Cristina—. No me lo puedo creer.

—Si te vale Leod MacDonald —dijo Julia.

—¿Quién es ese? —Cristina arrugó la frente.

—El dueño del hotel. Debe tener cerca de los sesenta, pero se conserva muuuy bien —respondió su amiga.

—Creemos que puedes aspirar a algo más —dijo Cristina haciéndole un gesto a las otras, que aplaudieron con ganas.

—¡Deja el listón bien alto! —gritó Laura.

Las chicas rieron a carcajadas y Julia les sacó la lengua apartándose el teléfono de la oreja como si pudieran verla.

—Pásalo bien y no te prives de nada —dijo María cuando se despidieron.

—Os echo mucho de menos —dijo Julia después de colgar.

Se dio la vuelta sin darse cuenta de que mientras hablaba se había ido moviendo y tenía detrás un terraplén, perdió pie y cayó rodando con gran estrépito y poco daño.

—Seré estúpida —dijo enfadada sentándose y asegurándose de que no se había hecho nada.

—¿Te encuentras bien?

Julia miró hacia arriba por donde había caído y vio a un hombre alto y con rizos pelirrojos que la miraba entre divertido y preocupado.

—Estoy bien —dijo sacudiéndose la tierra y poniéndose de pie.

El hombre le señaló el lugar en el que había perdido el móvil y se quedó allí arriba mirándola mientras ella se levantaba, se sacudía la ropa y después subía de nuevo hasta el camino. No es que los escoceses sean muy amables, pensó Julia mientras se esforzaba en no resbalar de nuevo tratando de que su espectador no la viera tan patosa como se sentía.

Una vez de vuelta al camino se dio cuenta de que el tipo era muy alto y con evidentes músculos que se marcaban bajo la ropa de deporte. Estaba sudando y respiraba con jadeos más o menos controlados.

—No es buena idea llevar auriculares cuando no se conoce bien el camino —dijo de manera condescendiente—. ¿Te alojas en Forthland?

Julia se sentía ridícula por lo que le había pasado y molesta por su actitud, pero no había perdido su desconfianza natural. Esa que le venía de serie y que le advertía de que los psicópatas asesinos parecían siempre muy amables.

—Sssssí —dijo mirando a su alrededor—, mi marido debe estar por aquí. ¡Jorge!

El hombre miró también y después de unos segundos volvió sus ojos a ella con una expresión entre divertida e irónica.

—Como veo que estás bien, te dejo para que busques a tu marido. Seguro que está por aquí cerca —dijo mirando hacia los árboles—. Sí, creo que lo veo por allí.

Le hizo un gesto de saludo y, sin dejar de sonreír, se alejó corriendo. Julia lo observó hasta que desapareció de su vista sintiéndose la persona más estúpida del planeta.

Leod le había dicho que podía cenar a las ocho y Julia bajó después de darse una ducha, con ganas de probar la comida escocesa.

—Adelante, adelante —dijo el hombre acompañándola hasta la puerta—. Mi hijo es un poco rudo en su trato, pero tiene un grandísimo corazón. No le hagas mucho caso, es un bromista.

Julia salió del hotel, pero se volvió a mirar al dueño un poco desconcertada de aquel arranque de sinceridad. Cruzó la calle y entró en la taberna, después de detenerse unos segundos para observar de cerca las flores que adornaban su fachada.

Atravesó la puerta y se encontró con un cálido y concurrido local, algo que la sorprendió. Una larga barra a la izquierda frente a una pared repleta de estantes de la misma madera, con los típicos grifos de cerveza de diferentes marcas y colores. En la pared estanterías con un gran número de botellas. El resto del local estaba ocupado por algunas mesas redondas esparcidas y al fondo otras alargadas con bancos en lugar de sillas. Julia avanzó por el local sin saber si sentarse o preguntar en la barra.

—Hola, Julia —la saludó Emma saliendo de detrás de la barra con una sonrisa—. Puedes sentarte donde quieras menos en esa mesa de la esquina. Ese es el rincón de Craig y se mosqueará si la ocupas. Y, créeme, no quieres que Craig se mosquee contigo.

—Buenas noches, Emma —respondió con una amable sonrisa.

—¿Te parece bien ahí? —Emma le señaló una mesa para cuatro, la más alejada de la puerta.

—¿Para mí sola?

—Ahora hay muy pocos huéspedes en el hotel, no vendrá mucha gente a cenar y los que vienen solo a beber no suelen sentarse en esas mesas —dijo Emma asintiendo para dar énfasis a sus palabras.

La joven volvió detrás de la barra y Julia fue hasta la mesa del fondo sorprendida de que Emma la hubiese calado tan pronto. Se sentó observando el local con más atención. Todo allí era de madera robusta y brillante. Las paredes, los asientos, las mesas y la barra, todo. Había unos muretes, de metro y medio de altura, que separaban las mesas rectangulares para darles un poco más de intimidad.

De pronto sus ojos se cruzaron con los del hombre que se había encontrado en el bosque aquella tarde. Cuando lo vio acercarse notó cómo el rubor calentaba sus mejillas y trató de mostrar una expresión indiferente y relajada.

—Buenas noches, ¿quieres pedir ya o esperamos a tu marido? ¿Jorge, no?

Estaba vestido con una camisa blanca y un pantalón tejano, en lugar de la ropa de deporte que le había visto aquella tarde. Lo que seguía igual eran los insolentes rizos pelirrojos que adornaban su cabeza y daban contraste a unos brillantes ojos azules que parecían estar riéndose de ella. Julia no podía articular palabra, se sentía estúpida, ridícula y todos los demás adjetivos que tuvieran ese mismo significado. El hombre sonrió ya abiertamente y la española no pudo dejar de reconocer que tenía la sonrisa más bonita que había visto.

—Tranquila, entiendo que estabas sola en el bosque. Todos hemos tenido miedo alguna vez. —Se esforzaba demasiado en hablar con seriedad lo que lo hacía más cómico.

—Soy Julia —dijo ofreciéndole la mano—, me alojo en el Dragonfly.

El escocés asintió y le estrechó la mano también.

—Yo soy Evan, Evan MacDonald.

—Siento lo de antes —siguió Julia que aún sentía arder sus mejillas—, tienes razón, me asusté. Soy muy de asustarme. Y tú eres... muy grande.

Evan soltó una carcajada ante la espontaneidad de Julia y atrajo la atención de los clientes, pero no se inmutó y siguió mirándola a ella.

—Me ha dicho Emma que eres española. De Madrid.

A Julia le gustó cómo pronunció Madrid, remarcando la erre.

—Sí. Estoy de vacaciones.

Él asintió sin decir nada. Julia imaginó que se estaba preguntando por qué hacía vacaciones sola. Seguro que pensaba que era una tía con problemas. Rara. Y tenía razón.

—Es un regalo de cumpleaños de mi abuela y mis amigas —explicó—. Lo normal habría sido que viniésemos todas juntas, pero al parecer necesito

hacer esto sola. Al menos eso es lo que piensa mi abuela. Y mi madre. En realidad este viaje fue una idea de mi madre. De hace años, porque mi madre está muerta.

Evan la observaba con atención y desconcierto y Julia, al ver su expresión, supo que se estaba comportando como una perturbada y bajó la cabeza centrándose en sus manos que reposaban sobre la mesa.

—Voy a traerte el menú —dijo él sin moverse durante varios confusos segundos. Julia siguió con la mirada fija en sus manos mientras suplicaba mentalmente que se marchara de una vez.

Cuando el escocés se alejó ella, pudo volver a respirar con normalidad y sus pulmones se lo agradecieron. Pero ¿qué clase de imbécil se pone a contarle su vida al camarero de un bar? Un camarero al que le has dicho que tienes un marido invisible llamado Jorge. Sacó el móvil del bolsillo y miró el *WhatsApp* para distraerse. Tenía varios mensajes de las chicas y también de su abuela. En uno de ellos Rosario le había enviado una fotografía de su madre haciéndole una trenza. Recordaba ese día. Tenía ocho años y ya vivían con la abuela.

## Capítulo 4

—Aquí tienes. —Evan dejó el menú frente a ella—. Bonita foto.

Julia lo miró molesta por su indiscreción.

—Disculpa, no he podido evitar verla, no estaba fisgoneando.

Apagó la pantalla y dejó el móvil en la mesa para coger el menú y escoger lo que cenaría.

—¿Qué es *haggis*? —preguntó al ver que estaba remarcado como especialidad.

—Es un plato típico escocés a base de hígado, corazón y pulmones de cordero, embutido en la piel del est...

—Vale, vale no necesito más información —dijo ella sintiendo una enorme repugnancia.

—Tengo entendido que los españoles se comen las cabezas de los corderos —dijo él con expresión cínica.

—¿En serio? —preguntó horrorizada—. Te aseguro que en mi casa, no —respondió Julia.

—Pero seguro que has comido sangre frita —dijo él levantando una ceja.

—¡Puag! —Julia arrugó la boca mostrando su repugnancia.

—Morcilla, lo llamáis —dijo el escocés en un español que le sonó a Julia a chiringuito de playa.

—¿En serio la morcilla es sangre frita? —Si seguían hablando de esas cosas no iba a poder comer nada—. Tengo que revisar lo que como, no tenía ni idea de lo que era la morcilla. Claro que cuando era una cría tardé mucho en aceptar que la leche salía de la vaca. Como ves, ya apuntaba maneras. ¿No tienes una carta en la que explique qué es cada plato? Ahora me da miedo preguntar. Y comer, sobre todo, comer.

—Puedo explicarte lo básico. Mira —dijo señalando la carta—. Estas tres son sopas, esto de aquí es un puré de patata y rábano, esto merluza, esto cordero y esto de aquí arenque.

—Vale, pues tomaré una sopa y la merluza.

—¿Sopa de verduras?

—Perfecto —dijo Julia asintiendo.

Evan MacDonald no volvió a acercarse a ella durante la cena, pero Julia no podía evitar que sus ojos viajaran hasta la barra sin su consentimiento. Tenía unos brazos demasiado musculosos para aquella camisa que se apretaba cada vez que los doblaba para secar un vaso con aquellas enormes manos. Aquella apariencia ruda y fuerte, en lugar de parecerle atractiva le provocó un instintivo rechazo. Con su fuerza podría hacer mucho daño a alguien tan frágil como Emma, que estaba junto a él en la barra y lo miraba con auténtica devoción.

Estaba claro que aquella joven inglesa estaba coladita por el escocés. Julia negó con la cabeza y volvió a prestar atención a su sopa. Las mujeres siempre cayendo en las mismas trampas. Obnubiladas por sus fantasías proyectaban sus propios anhelos en figuras masculinas que nada tenían que ver con sus ideales. Volvió a mirar a Evan. Sí, era guapo, eso no podía discutirlo, mucho más guapo que ningún otro al que ella hubiese visto, pero ¿eso qué valor tendría a la hora de convivir con él? Cuando las cosas saliesen mal o algo no le gustase, ¿cuál sería su reacción? No parecía un hombre sensible y tierno, si es que eso existía.

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza y se centró en su cena mientras miraba en su móvil el programa del día siguiente. Sacó el mapa que llevaba doblado en el bolsillo trasero del pantalón y lo desplegó sobre la mesa. Tenía que preguntarle a Leod si le había conseguido el coche.

Durante toda la cena estuvo revisando el mapa y buscando en internet los lugares que su madre había marcado para hacerse una idea de lo que vería al día siguiente. De vez en cuando levantaba la vista y observaba a Evan charlando con algún cliente o simplemente trabajando detrás de la barra ensimismado en sus pensamientos.

Después de cenar volvió al hotel y al pasar por recepción le preguntó a Leod por el coche.

—Mañana a las ocho lo tendrás aparcado ahí delante —dijo sonriendo—. Te he pedido uno con marchas automáticas, aunque estoy seguro de que te habrías habituado enseguida, este te será más cómodo.

—¿Lo pagaré aquí?

—Sí, tranquila, el precio es el que convinimos.

Julia asintió y se despidió hasta el día siguiente. Subió las escaleras, entró en la habitación y cerró la puerta dando una vuelta a la llave. Le gustaba el

detalle de que la llave de la habitación fuese una llave de hierro antigua.

Caminó hasta la ventana y apartó las cortinas con la mano. Evan estaba regando las flores de la fachada de su taberna. Era tan alto que llegaba a todas partes solo estirando el brazo. Se parecía a su padre, los dos tenían esa mirada perspicaz y atrayente que captaba la tuya sin que pudieras resistirte. Pero Leod no tenía ese culo apretado y respingón...

Emma salió en ese momento y se apoyó en el hueco de la puerta mirándolo. Él siguió con lo que estaba haciendo y la joven inglesa acabó por tomar la iniciativa y se coló entre sus brazos y la regadera y lo abrazó por la cintura. Julia vio cómo él bajaba los brazos y la besaba. Soltó la cortina y se apartó de la ventana sintiéndose una cotilla. Sacudió la cabeza quitándose a aquellos dos de sus pensamientos y empezó a quitarse la ropa para ponerse el camisón y meterse bajo las sábanas.

A la mañana siguiente, Julia despertó con un ánimo melancólico y triste. Se sentó en la cama y contempló la habitación sintiéndose sola y desubicada.

—Este era tu viaje, mamá, no el mío —musitó al aire.

Apartó las cobijas y se dirigió al cuarto de baño, quizá una ducha la librase de ese deprimente estado de ánimo.

—Buenos días —saludó a Leod que estaba leyendo el periódico.

—Buenos días, Julia. ¿Has descansado bien?

—Muy bien, gracias —mintió.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó.

—Inverness y el castillo de Urquhart sobre el lago Ness.

—Oh, muy bien —dijo él—. ¿Necesitas algo? ¿Una guía, un mapa?

—No, gracias, tengo todo lo necesario. —Se sacó el mapa que llevaba en el bolsillo y lo desplegó en el mostrador—. Mira, este mapa era de mi madre. Ella marcó todos los lugares que quería que visitara, ¿lo ves? Tengo un itinerario completo para los doce días.

—Tu madre es muy organizada —dijo Leod sonriendo—, y está claro que conoce bien Escocia.

Julia negó con la cabeza.

—Mi madre nunca estuvo aquí —dijo—, planeó esto durante años para que lo hiciese yo al cumplir los veinticinco.

El escocés mostraba una clara curiosidad en su expresión y Julia sonrió al tiempo que asentía.

—Es curioso, lo sé —dijo.

—¿Y por qué no ha venido tu madre contigo?

—Murió hace casi diecisiete años.

—¡Oh! —exclamó Leod poniendo una mano en su brazo para tratar de transmitirle su sentimiento por ello—. Lo lamento mucho. Sé muy bien lo que es perder a alguien muy querido. Mi esposa murió hace dos años y, aun a riesgo de resultar empalagoso, debo decir que se apagó la luz de mi vida.

Julia lo miró conmovida, era evidente que la amaba mucho.

—Estuvimos casados treinta años —siguió contando—. Cuando le diagnosticaron el cáncer me hizo jurar sobre la Biblia que si a ella le ocurría algo me esforzaría en tener una vida plena y agradable hasta que volviésemos a estar juntos. Era una cabezota indomable. Estaba seguro de que saldría victoriosa.

Julia sonrió con ternura y lo escrutó con la mirada como si quisiera ver lo que había detrás de aquella dulce fachada. Leod percibió su resistente incredulidad y arrugó el ceño mirándola con su característica perspicacia.

—Espero que al menos tuvieras a tu padre contigo —dijo.

Julia apartó la mano y miró hacia la puerta con nerviosismo.

—Será mejor que vaya a desayunar o se me hará tarde. —Caminó hacia la puerta y salió del hotel dejando a Leod muy desconcertado.

—Buenos días —dijo Julia al entrar en la taberna.

Evan la miró y le hizo un gesto con la cabeza.

—Espero que hayas descansado bien —dijo.

—Muy bien, gracias —volvió a mentir.

—Puedes sentarte en tu mesa —dijo el escocés—. Emma ha puesto el cartelito de reservada, así la tendrás para toda tu estancia, si te apetece, claro.

—Muchas gracias. —Forzó una sonrisa y se dirigió a ella con movimientos inseguros.

Evan la observó con curiosidad. Parecía mucho más joven de los veinticinco años que tenía. Su aspecto era demasiado vulnerable para su edad. Dejó el trapo con el que estaba secando los vasos y salió de la barra.

—¿Te gustaría desayunar todos los días lo mismo o prefieres variedad? —le preguntó.

—Si puedo elegir, prefiero lo mismo todos los días. Soy muy aburrida, lo sé, pero cuando algo te gusta, ¿para qué cambiar?



—Perfecto. Pues dime lo que te gusta —dijo con el móvil en la mano para apuntar lo que dijera.

—Pues... café con leche y dos tostadas con mantequilla, no margarina.

Evan levantó la mirada esperando algo más.

—¿Y ya está? —dijo al ver que no decía nada.

—¿Te parece poco? —sonrió Julia.

El escocés la miró de arriba abajo y sonrió también.

—Pues la verdad es que viéndote, está claro que no comes mucho.

—Eso dice mi abuela —dijo ella.

Evan se guardó el móvil en el bolsillo.

—Creo que no necesito apuntármelo, podré recordarlo. ¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó antes de marcharse.

—Voy a Inverness.

—¿Has alquilado coche?

—Sí. Bueno, me lo ha alquilado tu padre. Está aparcado ahí enfrente. Espero no provocar una catástrofe.

—¿Por conducir por la izquierda?

Julia asintió.

—No te preocupes, enseguida te harás a ello. Lo peor es la primera vez que llegas a una rotonda, pero tú ve pensando todo el tiempo izquierda, izquierda, izquierda y verás cómo después de la segunda todo es más fácil. En Escocia tenemos muchas rotondas, tendrás tiempo de practicar.

—Eso me han dicho.

—Bueno, voy a por tu desayuno.

Evan se dio la vuelta y recogió los platos de otra mesa en la que ya habían terminado y se alejó hacia la cocina.

Salió de Forthland con el estómago encogido y temiendo que las tostadas acabarían sentándole mal si no se relajaba. Escuchar la voz del GPS indicándole el camino a seguir la tranquilizó un poco y decidió aceptar el hecho de que estaba sentada en el lado del copiloto, pero no pasaba nada. Todo era normal.

—Izquierda, izquierda, izquierda —repitió en voz alta al acercarse a la primera rotonda siguiendo las indicaciones de Evan.

Y no ocurrió nada, entró por la izquierda y trazó la curva sin problemas.

Sonrió satisfecha y contenta de haberse decidido y segura de que a partir de ese momento todo sería mucho más sencillo.

Le sorprendió el caos circulatorio de la capital de las Highlands, teniendo en cuenta que Inverness no era una gran ciudad. El corazón de la ciudad se ve atravesado por el paso del río Ness, en gaélico: Inbhir Nis, que significa «la boca de Ness», y desemboca en el fiordo de Moray, leyó Julia en las notas de su madre, aún sentada dentro del coche.

Salió del vehículo algo tensa aún por la conducción, aunque se sentía orgullosa de haber llegado ilesa. Se dirigió al centro de la ciudad y visitó la Old High Church, del siglo XII, que contaba con el dudoso honor de haber sido el lugar en el que los ingleses ejecutaron a los jacobitas tras la batalla de Culloden. La bella iglesia y sus terrenos, que se deslizan hacia el río, contrastaban con la lúgubre historia de su cementerio. Una placa señalaba dos piedras que supuestamente utilizaron para las ejecuciones: una marcaba el lugar para el prisionero y la otra para el soldado que portaba el mosquete con el que debía matarlo.

Se detuvo frente a la Catedral de St Andrews para admirar su fachada que tenía un gran parecido con Notre Dame de París, teniendo en cuenta que solo había visto la catedral francesa en fotos y en películas, porque nunca había estado en París.

Las vistas desde la colina del castillo también resultaron espectaculares. El castillo actual no tenía nada de medieval, lo que la decepcionó un poco, pero fue construido en el mismo emplazamiento que tenía el anterior, mucho más antiguo. Por supuesto fue destruido por los ingleses durante la rebelión jacobita de 1748. Una constante en la Historia de Escocia.

Después bajó hasta el río Ness y caminó siguiendo su curso hacia las Ness Islands. Le sorprendió ver a los lugareños metidos en el agua y cuando preguntó a unas personas que también miraban le dijeron que estaban pescando salmones.

A medio día volvía a encontrarse frente al castillo con un importante dolor de pies. Se dio cuenta de que llevaba horas caminando y que no se había sentado ni un momento. Así que se metió en el primer restaurante que encontró: el Castle Restaurant y tuvo que esforzarse para no ronronear de gusto al sentarse por fin.

Disfrutó de su comida, pero, sobre todo, del descanso. Cuando estaba tomándose el café el móvil empezó a vibrar sobre la mesa y la foto de

Cristina le sonrió desde la pantalla.

—Estoy sentada en el Castle Restaurant de Inverness tomándome un café —explicó sonriendo.

—Mírala ella, una auténtica turista —dijo Cristina hablando por el manos libres para que todas lo oyeran.

—He tenido mi bautizo de conducir por la izquierda —dijo Julia orgullosa. Las chicas aplaudieron al otro lado del teléfono dando vítores y haciéndola reír—. Evan me ha dicho que una vez pasara la primera rotonda lo demás sería sencillo, y tenía razón.

—¿Evan? —preguntó Laura al tiempo que hacía callar a las otras dos—. ¿Quién es Evan?

—El hijo del dueño del hotel.

—¿Qué clase de hijo? ¿Un hijo de menos de dieciocho o de más de cuarenta?

—No sé, supongo que treinta —dijo Julia pensando en ello.

—¡Un highlander de treinta años! —gritó Cristina.

—No empieces, Cristina.

—¿Es guapo? —Reconoció la voz de María y sonrió.

—Sí, María, es muy guapo. Si queréis luego le hago una foto y os la envío.

—¡Síííí! —gritaron al unísono.

—Estáis tontas, lo decía en modo irónico.

—Queremos ver al escocés, por supuesto. Y haz el favor, Julia, —dijo Cristina—, ya bastante difícil es haber dejado que te marcharas sin nosotras como para que no tengas en cuenta nuestras ansias por saber.

—¿Dejado? ¡Me obligasteis! —exclamó y al darse cuenta de que había elevado la voz miró a su alrededor avergonzada.

—Sabes que no fue cosa nuestra —dijo Laura—, tu abuela nos explicó la conversación con tu madre y no tuvimos más remedio que ayudarla. Igual que tú no tuviste más opción que aceptar.

—Nosotras habríamos preferido ir contigo —añadió María.

—Eso ni lo dudes —confirmó Cristina.

—Vale, dejemos el tema —dijo ella aceptando pulpo como animal de compañía.

—¿Estás siguiendo el guion de tu madre? —preguntó María.

—Sí. Y no entiendo cómo pudo hacerlo tan bien sin haber venido nunca.

—Si lo piensas es muy bonito lo que estás haciendo —dijo Laura—, no

solo estás cumpliendo una promesa, de algún modo es como si estuvieses compartiendo algo muy íntimo y profundo con ella. Es como si la hubieses traído un poco de vuelta.

Julia pensó en lo que decía su amiga y se dio cuenta de que así es cómo lo sentía ella misma.

—Bueno os dejo que aún tengo que ver un castillo y un monstruo antes de regresar. No me gustaría tener que conducir de noche.

—Ten mucho cuidado, Julia —dijo María con preocupación.

—Tranquilas, lo tendré. —Colgó el teléfono y lo apoyó en sus labios pensativa.

## Capítulo 5

Cogió el coche y bordeó el lago hasta llegar al castillo de Urquhart. Encontró sitio en el aparcamiento, lo que fue un alivio, porque había mucha gente. Desde allí tenía un pequeño trecho caminando, muy fácil de seguir. Pensó en lo agradable que habría sido poder recorrer aquellas tierras sola y sonrió, seguramente a los demás también les hubiera gustado.

A pesar de la gente la visión de la fortaleza en ruinas a orillas del lago le hizo contener la respiración. Bordeó todo el límite del recinto para disfrutar de las diversas vistas del lago, evitando en la medida de lo posible a los demás visitantes, tarea no demasiado fácil. Buscó un lugar alejado en el que sentarse para leer las notas de su madre.

—Siempre te gustaron los cuentos —leyó en voz alta después de asegurarse de que nadie la escuchaba— y estoy segura de que ahí sentada, contemplando la Historia en forma de fortaleza, te sentirás imbuida por el espíritu de aquellos valientes escoceses cuyas vidas estuvieron marcadas por las tumultuosas relaciones que mantuvieron con sus hermanos ingleses. Especialmente entre los siglos XIII a XVIII. Eduardo I de Inglaterra obtuvo ese castillo en 1296 y después de él pasó por diferentes manos, entre las que se encontraba el clan MacDonald, Señores de las Islas.

Se detuvo sorprendida. ¿Los MacDonald? Sonrió divertida. Levantó la mirada y la clavó en el castillo. ¿Tendrían algo que ver Leod y Evan con aquel clan? Cuando regresara al hotel trataría de averiguarlo.

Siguió leyendo y allí estaban de nuevo los jacobitas: Los ingleses destruyeron el castillo en 1692 para evitar que lo recuperaran sus empecinados enemigos. Julia cerró la libreta de su madre y la guardó en la mochila. Observó el paraje tratando de imaginarlo desierto. Solo ella y el castillo. El viento soplaba suavemente y la temperatura era agradable. Se dispuso a visitar el monumento sin más dilación.

No quedaba mucho de la antigua fortaleza y tuvo que utilizar toda su imaginación ayudada por los carteles que indicaban qué había en cada lugar.

Aquí la herrería, un poco más allá las cocinas. El foso, por supuesto, con su puente levadizo. La capilla, la gran torre...

Al entrar en la cámara privada, imaginando que allí donde solo estaba el vacío había una pared que resguardaba a sus ocupantes, se sintió como si estuviese profanando un lugar sagrado. Casi podía sentir la presencia de sus antiguos ocupantes e imaginarlos en sus cotidianos quehaceres. Qué razón tenía su madre al pensar que se dejaría impregnar por la atmósfera misteriosa del pasado.

Subió por la escalera de caracol para llegar a la terraza y desde allí contempló el lago Ness. Sus aguas turbias cargadas de misterio le hablaron en silencio mientras se abstraía de todo lo que la rodeaba. Imaginó a Evan y a su padre, vestidos de época, con las espadas en el cinto y los brazos cruzados delante del pecho contemplando con ella el estrecho curso del lago. Sonrió para sí. Tenían el físico apropiado.

Después de un rato de contemplación que se vio alterado por los gritos de un pequeño monstruo al que las ruinas le importaban más bien poco, salió del castillo y observó las distintas terrazas que conformaban la visita. Lo habían organizado muy bien y el recorrido abarcaba cada pedazo de roca que se mantenía en pie. Por supuesto, cuanto menos vistoso menos gente, así que buscó un lugar apartado y sin apenas restos en el que pudiese estar más o menos sola. Cuando lo encontró se felicitó de que nadie se hubiese dado cuenta aún de que allí había unas preciosas vistas del lago.

Se sentó en una piedra y sacó el cuaderno de dibujo de su madre. Allí estaba, el pedazo de muro del castillo con las vistas, como si lo hubiese dibujado sentada en la misma piedra en la que estaba ella en ese mismo instante. Solo faltaba la mujer envuelta en una manta. Una fría brisa la atravesó provocándole un estremecimiento y Julia se volvió convencida de que no estaba sola.

—¿Mamá? —susurró.

Esperó unos segundos con el corazón en la garganta. No era una persona creyente. No creía en Dios ni en ninguna otra clase de magia. Respetaba profundamente las creencias de los demás, su abuela era católica practicante, pero ella no. Aun así durante unos segundos quiso creer que era posible que su madre estuviese allí con ella.

—Vamos a sentarnos aquí un poquito. Me duelen mucho los pies.

Julia se volvió hacia la mujer que hablaba en español y que acababa de entrar en el único reducto de paz que había podido encontrar en todo el

recinto. Se esforzó en no fulminarla con su mirada y forzó una sonrisa.

—¿Molestar? —dijo la mujer utilizando el inglés con poca soltura.

—No, tranquilos —respondió Julia en español.

—¿Hablas español? —La mujer no disimuló su alivio—. Mira, Carlos, esta muchacha habla español. ¿De dónde eres, reina?

—De Madrid.

—¡Madrid! Qué alegría da encontrarse a alguien de casa cuando estás por ahí, ¿verdad? —dijo la mujer sentándose en otra piedra—. Está una cansada de oír hablar tanto en inglés y se agradece un poco de lo «nuestro».

Julia sonrió con timidez, pero no supo qué responder a eso. El inglés nunca había sido un problema para ella.

—Nosotros somos de Cádiz —siguió la mujer—. Llevamos aquí una semana, mañana acabamos nuestro viaje y debo decir que ya estoy un poco cansada. Me gusta mucho viajar, no te pienses, pero es que una tiene sus cosas y estar tanto tiempo lejos de casa... Tengo a mi niño, ¿sabes? No me gusta dejarlo solo mucho tiempo. Tiene veinte años y ya se sabe que a estas edades no saben cuidarse. Seguro que echa de menos a su madre lo que no está escrito. Nosotros estamos en Edimburgo. ¿Estás en Edimburgo, niña?

—No —respondió Julia aliviada—. Mi hotel está en Forthland.

—¡Oh! ¿No es ese pueblo tan bonito que hemos visto esta mañana? —preguntó mirando a su marido.

—No, ese era Falkland.

—Precioso —dijo la mujer tomando de nuevo la palabra. Hablaba como si temiese enmudecer para siempre y que aquella fuese su última oportunidad de taladrar a otro ser humano con su verborrea—. Si no has estado, tienes que verlo. Es una preciosidad de pueblo. A ver, no es que sea una preciosidad, preciosidad. Para preciosidad Cadiz, por supuesto. Por algo la llaman la tacita de plata. Aunque para mí es de oro puro.

Julia asintió con expresión amable, aunque por dentro clamaba porque la dejaran sola.

—Por cierto —dijo la mujer—, hay una loca por ahí. ¿La has visto? Va envuelta en una de esas telas de cuadros. ¿Cómo se llaman las telas esas, Carlos?

—Kilt —dijo el hombre.

—Kilt es la falda escocesa —aclaró Julia sin poder contenerse—, la tela de cuadros con la que las confeccionan es el tartán.

—¡Uy, tartán! Qué gracia —dijo la mujer riéndose a carcajadas—. Pues

entonces esa mujer va envuelta en un tartán rojo y verde. Mírala —señaló hacia la torre—, allí está. Va hablando sola y si te mira se te ponen los pelos de punta.

—Nos llaman. —Su marido le hizo un gesto para que se levantase.

—¡Uy sí, nos vamos! —dijo la mujer poniéndose de pie—. ¿Tu grupo se queda un rato más?

—Yo he venido sola —dijo Julia con los ojos clavados en aquella mujer que iba envuelta en una tela de cuadros.

—¿Sola? ¡Pobrecita! —dijo la turista siguiendo a su esposo que ya se marchaba—. Qué pena que no estés en Edimburgo, podríamos hacerte compañía, que cuando uno está fuera de su tierra se agradece la compañía de los paisanos. Bueno, que lo pases muy bien, niña.

—Gracias —musitó elevando una muda plegaria al cielo—. Igualmente.

En cuanto la locuaz paisana se marchó, Julia olvidó por completo la conversación y se centró de nuevo en disfrutar de su agradable soledad rodeada de tanta gente. Por eso fue tan impactante ver a la mujer envuelta en el tartán en lo alto del castillo observando el horizonte. Bajó la mirada al cuaderno de dibujo y buscó aquel en el que su madre había captado exactamente aquella misma imagen. Al levantar la vista para cerciorarse de que su mente no le había jugado una mala pasada descubrió que la mujer había desaparecido.

—¿Qué me está pasando? —susurró.

Guardó el cuaderno en la mochila, con manos temblorosas y se concentró en las vistas tratando de borrar aquellos pensamientos tan inquietantes. De nuevo sintió que no estaba sola y se giró sobresaltada.

—Te estaba esperando —dijo la mujer sacando la mano de debajo de la tela, de cuadros verdes sobre fondo rojo, para ofrecérsela como saludo.

Julia no se movió y la loca se encogió de hombros.

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó.

—Dos días —respondió titubeante sin saber por qué contestaba a su pregunta.

La anciana asintió como si aquello significase algo para ella.

—Tuve un sueño, ¿sabes? Hace una semana, soñé contigo y desde entonces he venido todos los días esperando encontrarte.

Julia miró a su alrededor con disimulo. Ya no le parecía tan agradable estar en un lugar apartado. Realmente aquella mujer le daba bastante miedo.

La anciana la miró con una sonrisa triste.



—¿Me tienes miedo? —preguntó—. No hace falta que mientas, sé que provoco ese efecto en la gente. No estoy muy bien de la cabeza, lo sé, pero no soy peligrosa, tranquila, es que es difícil convivir con ellos.

Julia frunció el ceño, pero no se atrevió a preguntar.

—Me hablan todo el tiempo, incluso cuando duermo.

Esquizofrenia, pensó Julia, eso se llama esquizofrenia.

La anciana se sentó junto a ella en la misma piedra. A Julia le sorprendió que no oliese mal, con aquel tartán encima en pleno verano se esperaba lo peor, pero se equivocaba, la mujer desprendía un suave aroma floral muy agradable.

—No hay que temer a los muertos —dijo mirando hacia el horizonte—, no tienen ningún interés en hacernos daño.

Julia la miró con el ceño fruncido.

—Yo no creo en estas cosas... —dijo sin poder contenerse.

La anciana la miró con una ceja levantada y la hizo enmudecer ante la firmeza de sus ojos.

—¡Mallaichte bàs! ¡Mallaichte bàs! —repitió la escocesa en voz alta—: Naciste cubierta por el negro manto. Él no te quiso, pero sí quiso acunar tu llanto. Su alma pena esperando su castigo, mientras ella te muestra el sendero correcto...

Julia se apartó de manera un tanto brusca, estremecida por sus palabras.

—Discúlpeme, pero tengo que irme —dijo dispuesta a marcharse lo más rápido posible de allí.

—Gloria lo vio todo. Gloria lo sabe todo.

Julia empalideció y por más que quiso moverse, no pudo. Se volvió muy despacio.

—Está aquí y quiere que te cuente una historia.

—¿Quién está aquí? —preguntó temblando.

—¿Conoces la historia de La dama del anillo? —preguntó la anciana sin responder.

Julia negó con la cabeza al tiempo que miraba a su alrededor tratando de ver lo invisible.

—Margaret era su nombre —dijo la demente con sus oscuros ojos clavados en ella—. Su padre la crió en una estricta devoción religiosa y un profundo respeto por su virtud. Una familia humilde, que sobrellevaba su miseria con un férreo amor a Dios. Conoció a Alexander MacDonald, se enamoraron y se unieron como hombre y mujer. Alexander no podía casarse

sin el permiso de su padre y, cuando se lo dijo a Margaret, ella lloró desconsolada temiendo que si se marchaba no regresaría jamás, llevándose su honra con él. Alexander juró que no le fallaría y como símbolo de esa promesa colocó un anillo de oro en su dedo.

La anciana miró hacia el lago como si en sus oscuras aguas se estuviesen desarrollando las escenas que narraba.

—Margaret le creyó y volvió a su vida cotidiana esperando su regreso. — La mujer clavó sus ojos en Julia, unos ojos vidriosos y desquiciados que la estremecieron—. Se sentía culpable por lo que había hecho y por mentir a su padre, y creía que Dios estaba enfadado con ella. Aun así, puso todas sus esperanzas en el hombre que amaba y esperó pacientemente que cumpliera su promesa. El padre de Alexander tenía otros planes para él y no aceptó su petición negándole el permiso para desposarla. Y el joven, a pesar de sus sentimientos, envió a uno de sus amigos con una carta para Margaret que al leerla cayó muerta.

Julia escuchaba su narración estremecida y con una inexplicable congoja.

—Durante el año que siguió a la muerte de Margaret, Alexander estuvo sufriendo de terribles pesadillas que no lo dejaban descansar. Sus amigos y familiares fueron conscientes de su deterioro físico sin que entendieran el motivo que lo causaba. Un día llegó al castillo de Inveraray una comitiva del clan Fraser que pidió alojamiento para unos días. Y durante la cena de la primera noche relataron una historia que despertó el interés de todos los presentes, en especial de Alexander. Era sobre una joven que había muerto un año atrás y a la que su padre enterró cerca de su casa, a la sombra de un árbol. Por la mañana cuando se levantó vio con horror que el cuerpo de su hija estaba sobre su tumba, con la mano que portaba el anillo de oro descansando sobre el pecho. Volvió a enterrarla y al día siguiente volvió a encontrarla en el mismo lugar y en idéntica posición. El padre pensó que quería que le quitase el anillo, declaración silenciosa de su vergüenza, pero por más que lo intentó no pudo hacerlo. Finalmente el dolido padre la cogió en sus propios brazos y se la llevó de allí sin decirle a nadie adónde la llevaba. Cuentan que el cuerpo de su hija no estaba rígido a pesar de la pátina blanca que lo cubría. La dejó en una secreta cueva, por si despertaba, y regresó hasta la aldea con el ánimo derrotado y la muerte en los ojos. Cogió una cuerda y se colgó del árbol que daba sombra a la tumba profanada, no sin antes maldecir a los MacDonald, por los siglos de los siglos.

La anciana se persignó varias veces antes de arrebujarse dentro del tartán

y Julia sintió un escalofrío deseando tener también algo con lo que taparse. La miró con ansiedad, ahora sí quería conocer el final de su narración.

—El joven MacDonald preguntó quién era esa joven y dónde habían escuchado semejante historia. Le explicaron que era de Glen Coe y que su nombre era Margaret. El muchacho perdió la cabeza sabiendo que era su amada y que había muerto por su traición, atrayendo con ello la desgracia a su familia. Dicen que no dejó de buscar la cueva en la que la abandonó su padre, hasta que murió dos años después. Incluso hay quien dice que paseando por los valles de Glen Coe se puede escuchar al viento repetir su nombre.

La anciana calló y Julia se dejó impregnar durante unos minutos por aquella historia, contada con tanta vehemencia que parecía un relato cierto y no un cuento inventado para entretener a los niños en las noches de tormenta.

Pero lo que la anciana había dicho al llegar volvió a repetirse en su cabeza y se dio cuenta que la historia de Margaret la había alejado de lo verdaderamente importante.

—¿Por qué ha dicho que Gloria lo sabía todo? —preguntó.

La anciana la miró con expresión confusa.

—¿Gloria? ¿Qué Gloria?

—Usted ha dicho que Gloria lo vio todo y que lo sabía todo?

La mujer frunció el ceño.

—No tengo ni idea de lo que hablas, niña. No conozco a ninguna Gloria. No trates de distraerme, te he contado una historia y lo menos que puedes hacer es darme unas monedas para que coma algo caliente esta noche —dijo y, poniéndose frente a ella, sacó la mano por debajo del tartán esperando su pago.

Julia la miró sorprendida pero sacó el monedero y le dio lo que le pedía. La mujer se alejó tarareando una cancioncilla infantil y Julia caminó hasta el borde de la terraza para mirar las oscuras aguas del lago.

—Margaret necesita ser encontrada.

Se volvió a mirar a la mujer que se había alejado sin volver la vista atrás. Sacudió la cabeza con incredulidad. Habría jurado que había escuchado esas palabras en la voz de su madre.

## Capítulo 6

Julia entró en la taberna y fue hasta la barra en lugar de dirigirse a su mesa.

—Ponme un whisky o un brandy o lo que sea —pidió.

Evan la miró extrañado.

—Aún no he abierto —dijo mirando el reloj—. Falta una hora.

Julia lo miró con expresión cínica.

—Pues yo creo que estoy dentro —dijo—. Y a menos que quieras echarme, soy una clienta.

Evan la miró con atención y la palidez de su rostro unida al temblor de sus manos hizo que se volviese hacia una de las estanterías y cogiese una botella y dos vasos. Vertió whisky en cada uno de ellos y cogió el suyo empujando el de Julia hacia ella.

—Salud —levantó el vaso antes de beber y esperó a que ella lo imitara.

Julia se llevó el líquido ambarino a la boca y dio un largo trago. Su expresión se contrajo al sentir que le abrasaba la garganta y la dejaba sin respiración.

—¡Dios! —exclamó cuando pudo volver a hablar.

Evan sonrió sorprendido.

—¿No habías bebido whisky antes? ¿Y por qué lo has pedido?

—Es lo que hace la gente para recuperarse de un susto, ¿no?

—Bueno, depende del susto. Algunos sobresaltos se calman mejor con un té —dijo divertido.

—Este no, te lo aseguro.

Evan comprendió que realmente le había ocurrido algo importante porque a pesar del lingotazo que se había pegado sus manos seguían temblando.

—Ven, vayamos a mi despacho —dijo cogiendo los dos vasos y dejando la botella en su sitio—. Si alguien quiere entrar y nos ve bebiendo no podré decirle que no.

Cerró la puerta con una vuelta de llave y se dirigieron a la trastienda.

—Siéntate ahí —señaló la silla colocada frente a un escritorio—. Esto es una especie de despacho-almacén, disculpa el desorden.

Se sentó frente a ella y volvió a rellenar los vasos.

—No debería haber hecho este viaje —empezó Julia dando vueltas al vaso entre sus manos—. No sé por qué dejé que me embaucaran de este modo. Se me está yendo la pinza...

Evan la miró expectante. Desde esa distancia los ojos del escocés resultaban aún más irresistibles y el contraste del intenso azul con el pelo rojo era demasiado atractivo para que Julia lo ignorase. Dio un pequeño trago y esta vez el calor sí la reconfortó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—No lo sé. —Se recostó en el respaldo del banco sin soltar el vaso y sin apartar la mirada—. No tengo ni idea de lo que ha pasado. No sé si me he vuelto loca o si he sido víctima de una broma estúpida...

—Quizá si lo cuentas sea más fácil librarse de ello.

Julia sintió la calidez de su mirada y la reconfortó tenerlo allí delante.

—El viaje ha ido bien. He recordado lo que me dijiste y después de la segunda rotonda todo empezó a ser más normal. Llegué a Inverness sin problemas y aparqué donde me indicaste. Buen truco porque la ciudad esta imposible. —Evan sonrió satisfecho—. Después he caminado toda la mañana recorriendo las calles y visitando monumentos como cualquier turista. Por la tarde he ido a ver el castillo de Urquhart. Por cierto, he descubierto que ese castillo perteneció a los MacDonald.

Evan asintió y después bebió un largo trago.

—Así es —dijo con expresión algo turbada, no solía mencionárselo a los turistas por temor a decepcionarlos—. Mi familia es una de las más antiguas de Escocia, pero me temo que los MacDonald de Forthland pertenecen a una rama pobre y sin reclamo.

Julia se encogió de hombros.

—Pues espero que hayáis conseguido liberaros de la maldición de la que me ha hablado la escocesa loca envuelta en un tartán —dijo muy seria—. Ella es la culpable de mi estado de ansiedad.

Evan la miró entre divertido y desconcertado.

—He buscado un lugar apartado para relajarme y percibir la auténtica esencia del lugar —siguió Julia—. ¿Tú me entiendes? No se puede una abstraer en un lugar histórico, tratando de impregnarse de lo que fue aquello en otra época, cuando estás rodeada de gente haciéndose fotos y hablando de

sus cosas.

—Te entiendo bien. Por eso suelo visitar esos lugares cuando no hay nadie.

—¿Y eso es posible?

Evan asintió.

—Claro que es posible. Prueba a ir un día de lluvia y verás que lo tienes para ti sola. Los turistas temen a la lluvia más que a Nessie.

Julia se lo imaginó bajo la lluvia, recortada su imagen contra el horizonte del lago, contemplando las vistas. Con todo aquel paraje maravilloso para ellos dos solos.

—¿Has dicho una loca envuelta en un tartán? —preguntó el escocés, volviendo al tema que les ocupaba y trayéndola de su abstracción.

—Sí, me ha contado una historia de esas para turistas: amores no correspondidos, doncellas muertas y fantasmas vagando en busca de su amada, ya sabes. Pero lo más raro es lo que me ha dicho antes de eso. No es que yo crea en esas cosas, pero parecía convencida de estar escuchando a alguien. No lo ha dicho con esas palabras, pero yo he entendido que estaba hablando con mi madre. Bueno, lo primero que me ha dicho es que me estaba esperando y eso ya me ha parecido: ¡Ostras! —Julia cogió el vaso y bebió un trago para calmar la excitación que aumentaba al ritmo de su narración—. Y entonces va y me dice que había soñado conmigo dos o tres días antes y que había estado yendo al castillo desde entonces esperando encontrarse conmigo.

—¡Wow! —exclamó—. Te has topado con una auténtica lunática.

Julia asintió, aliviada por poder hablar de ello con alguien.

—Pero lo más raro ha sido cuando se ha puesto a darme un mensaje del más allá. A ver si puedo repetírtelo —hizo un gesto con la mano para que esperara mientras buscaba en su cabeza—. ¡Mallaichte bàs! ¡Mallaichte bàs! Naciste cubierta por el negro manto. Él no te quiso, pero acunó tu llanto. Su alma pena esperando su castigo, mientras ella te muestra el sendero correcto... Y para terminar va y me suelta: Gloria lo sabía todo. Gloria lo vio todo.

—¿Quién es Gloria? —preguntó Evan con expresión de estar divirtiéndose.

—Mi madre —dijo la española estremeciéndose al decirlo en voz alta.

Aquello ya no tenía ninguna gracia. Evan pensó unos segundos antes de hablar.

—Ahora entiendo por qué te ha afectado tanto —dijo—, pero sabes que esa mujer es solo una pobre loca y el hecho de que haya acertado por casualidad el nombre de tu madre no significa nada.

—Eso me he dicho a mí misma durante todo el trayecto desde Urquhart. Pero había una voz en mi cabeza interpeándome, preguntándome cómo podía estar tan segura. Quiero decir, ¿qué sabemos realmente de lo que pasa después?

—Esa gente se aprovecha de los incautos turistas para sacarles unas libras —dijo Evan con expresión condescendiente—. No hay nada más que eso, Julia.

Se sintió repentinamente irritada.

—Te parezco estúpida, ¿no? —dijo muy seria.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo digas, está bastante claro en esa mirada cínica que tienes. —Se llevó el vaso a los labios y bebió buscando el calor que ya conocía.

—No pretendía ofenderte.

Julia se mojó los labios con la lengua y luego los mordió nerviosa. Sentía las lágrimas bajando pugnando por salir, pero no iba a montar un espectáculo.

—No sé qué narices hago aquí —dijo poniéndose de pie para marcharse.

Evan fue más rápido y la agarró por ambos brazos.

—No te vayas. Discúlpame si te he molestado, no era mi intención...

Julia se tapó la cara con las manos intentando controlar sus emociones y Evan no la soltó consciente de lo vulnerable que se sentía en ese momento.

—¡Dios, qué rabia! —La joven se apartó y fue hasta la mesa, cogió el vaso y lo apuró de un trago. Esta vez no se atragantó—. Ahora sí que piensas que soy estúpida.

—Qué empeño tienes con eso —dijo Evan sentándose de nuevo frente a ella mientras sonreía con suavidad.

—¿Sabes lo que ocurre? ¡No, claro que no lo sabes! ¿Por qué lo ibas a saber? Pues es muy sencillo: No quiero estar aquí —explotó Julia limpiándose la humedad de la cara sin ninguna delicadeza—. Este viaje no era para mí, era para ella. Para mi madre. Dibujó un cuaderno con imágenes de Escocia y decidió que yo debía hacer este viaje antes de cumplir los veinticinco años. Y ni a mi abuela ni a las chicas le importó si yo quería venir o no. ¡Y no, no quería!

—¿Tan malo es? —preguntó él con expresión interrogadora.

—No es eso —dijo agotada—. Este es un país precioso. Pero yo no...

Se levantó y deambuló por la habitación entreteniéndose en tocar las cosas que había en las estanterías.

—Ellas lo han hecho por mi bien, lo sé. Sé que se preocupan por mí. Temen que acabe sola en una casa llena de gatos. —Trató de sonreír sin demasiado éxito—. Y no las culpo, estoy haciendo méritos para ello. No me gusta viajar, no me siento cómoda en lugares que no conozco ni con personas a las que acabo de conocer. Soy un bicho raro, lo sé, no me mires con esa cara, soy consciente de ello. Mi abuela dice que si pudiera no saldría nunca de casa. Vivo con mi abuela, ¿te lo había dicho?

Evan asintió, embargado por un extraño e inquietante sentimiento

—Mi abuela ha cuidado de mí todos estos años y nunca me ha pedido nada. Ni siquiera me exigía que sacara buenas notas en los estudios. Siempre ha sido paciente y cariñosa conmigo. Ha tolerado mis neuras y manías. Me dejó dormir con ella hasta que fui capaz de volver a dormir sola... —Se detuvo como si aquel fuera un tema prohibido y Evan entrecerró ligeramente los ojos tratando de ver más allá. Cogió la botella para llenar el vaso, pero no quedaba más whisky—. ¿No podría beber un poco más?

El escocés negó lentamente con la cabeza.

—No quiero que salgas de aquí borracha, dañarías mi imagen —dijo sonriendo.

Julia no veía el chiste y levantó una ceja que mostraba su descontento. Miró a su alrededor buscando alguna botella de algo bebible, pero otra cosa llamó su atención.

—¿Te va lo antiguo? —preguntó acercándose al tocadiscos colocado sobre una de las estanterías.

—Me gustan los vinilos, es cierto, pero no soy de los que piensan que cualquier tiempo pasado fue mejor. De hecho creo que mientras el denominador común sea el ser humano no habrá gran diferencia.

Julia curioseó entre sus discos.

—Veo que te gusta Billy Joel —dijo al ver que tenía todos sus LP's—. Las chicas dicen que también soy muy rara en cuanto a música. Me gustan Eagles, Roxy Music y Billy Joel, por supuesto.

Evan se recostó en el respaldo de su silla y la observó ahora con mayor atención.

—Está claro que eres un bicho raro —corroboró.



—Tenemos en casa un armario repleto de cosas de mi madre. Hay cuadernos de dibujo, ropa y otros objetos. También un tocadiscos roto. Y cuando digo roto, no quiero decir estropeado, digo roto, hecho pedazos. Mi abuela lo guardaba convencida de que nunca volvería a funcionar. Lo hice arreglar para su cumpleaños —se volvió hacia él—, fue hace tres días, cumplió setenta años y ese fue mi regalo: arreglar un tocadiscos roto. Y, ya ves, sé que le hizo muchísima ilusión. Lo de ser un bicho raro me viene de familia.

—Todos tenemos nuestras rarezas —dijo Evan—. Mi madre jamás se puso un anillo de oro, le daba repelús. Y a los dos les gustaba pasear bajo la lluvia, costumbre que me transmitieron, debo decir.

—Espero que solo la practiquéis en verano —dijo Julia sonriendo.

—Por supuesto. Somos raros, no estúpidos.

Los ojos de Julia se quedaron prendados de los suyos y durante unos segundos ninguno dijo nada, pero tampoco apartaron la vista.

—Evan no sabes lo mucho que te agradezco esto —dijo con sinceridad.

—No tienes nada que agradecer.

¿Por qué la miraba así? No es que ella tuviese mucha experiencia en mensajes subliminales, pero el calor que sentía en todo su cuerpo nacía directamente de esa mirada, así que algo debía estar queriéndole decir.

—No suelo hablar de mis cosas con desconocidos —dijo apoyada en la estantería—. De hecho ni te imaginas lo poco que hablo de nada con nadie. Excepto con las chicas o mi abuela.

—¿No tienes novio? —Se sintió estúpido por hacer aquella pregunta y esperó cualquier bordería del tipo: ¿y a ti qué te importa?

Julia negó con la cabeza mientras sus ojos se perdían en el fondo de sus zapatos.

—Evan, te has despis... —La puerta se abrió de golpe y Emma se detuvo en seco al verlos—. Julia, ¿qué haces aquí?

—Hola, Emma —saludó sin responder a su pregunta.

Emma miró a Evan que se había puesto de pie y luego se fijó en los vasos vacíos que había sobre la mesa. Lentamente dibujó en su rostro la mejor de las sonrisas.

—Podríaís haberme invitado a la fiesta —dijo.

—No ha sido ninguna fiesta —dijo Julia consciente de la tensión que emanaba de la joven inglesa—. Necesitaba hablar con alguien y lo de hablar con el barman es un clásico.

Julia se dio cuenta de que aquello no había sonado muy amable. El escocés miró el reloj de su muñeca.

—¿Has abierto? —le preguntó a Emma.

—Ya hay varios clientes esperando para cenar —dijo asintiendo.

—Perdona que te haya entretenido —dijo Julia volviéndose a él con expresión mortificada.

—No tienes de qué disculparte —dijo escueto.

—¿Quieres cenar ya? —preguntó Emma cuando salieron los tres del almacén.

—No, vendré más tarde. A los españoles no nos gusta cenar tan temprano —se excusó Julia, que solo quería alejarse de allí y dejar de sentirse tan vulnerable cuanto antes.

Salió de la taberna sintiendo las miradas de ambos empujando su espalda.

## Capítulo 7

—¿Qué tal tu visita a los dominios de Nessie? —Leod la saludó con una gran sonrisa.

—Bien, muy bien —mintió.

El escocés la miró desde detrás de sus gafas con suma atención.

—Así que bien... —dijo con expresión irónica.

Julia sonrió dándose cuenta de que no engañaba a nadie.

—Ha sido un día un poco raro, pero nada que no se arregle con una ducha.

—Tengo algo mucho mejor que eso. ¿Has probado el *drambuie*? —preguntó, a lo que Julia respondió que no al tiempo que fruncía el ceño con desconocimiento—. Ya veo que no sabes lo que es.

Julia negó apretando su sonrisa con los labios y lo siguió al pequeño cuartito que había detrás de la recepción. El mobiliario lo formaban una mesa y tres sillas, además de un mueble bajo sobre el que estaba colocado un calentador de agua, una caja con sobres de té y varias tazas en una bandeja. Leod abrió una puertecita y sacó una botella y dos copas mientras Julia se acercó a la pared en la que había colgados dos curiosos objetos: una espada y un fusil.

—El *drambuie* es un licor de whisky, miel, hierbas aromáticas y nuez moscada —explicaba Leod sirviéndolo en las copas—. Mi Margaret lo preparaba como nadie y yo lo elaboro siguiendo su receta.

—¿Margaret? —preguntó, volviéndose sorprendida.

—Sí.

—Qué curioso —dijo pensativa.

Leod se sentó en una de las sillas.

—¿Qué te parece tan curioso? Margaret es un nombre bastante normal.

Julia se sentó también, sin dejar de mirar aquellas dos armas antiguas. Se llevó la copa a los labios y cuando miró al escocés su expresión fue más elocuente que cualquier palabra.

—Sabía que te gustaría —afirmó Leod.

—¡Está delicioso! —exclamó bebiendo otro traguito.

Leod soltó una carcajada.

—Sí, lo es. Y entra muy suave por lo que es fácil emborracharse. Ten cuidado.

Julia bebió otro trago y cerró los ojos extasiada.

—No me importaría emborracharme con esto, la verdad.

—Y ahora cuéntame por qué te parece curioso el nombre de Margaret —pidió el escocés.

—Pues verás, hoy me ha pasado una cosa muy extraña. Cuando estaba en el castillo de Urquhart se me ha acercado una mujer... digamos que no estaba muy bien de la cabeza. Iba envuelta en un tartán y decía cosas muy extrañas —resumió—. Me ha contado la historia de La dama del anillo.

—¿La dama del anillo? —Leod la miró sorprendido.

—¿Conoces la historia?

El escocés asintió.

—Mi esposa era muy aficionada a las leyendas populares. Cuando compramos los anillos para nuestra boda me la contó.

—Qué momento más oportuno —dijo Julia sonriendo.

—Margaret era una mujer muy inteligente, tenía la carrera de Historia. Pero también era muy creyente y aficionada a la cultura tradicional. Solía decir que la mala suerte de los MacDonald fue por culpa de aquella maldición.

—Ahora lo entiendo —dijo Julia señalando las armas colgadas con la mano que sostenía la copa.

Leod frunció el ceño.

—Supongo que esas armas son por su afición a la Historia, ¿no? —dijo Julia.

Leod soltó una carcajada.

—No, esas armas han pertenecido siempre a mi familia —explicó.

—¿Se refiere al Clan MacDonald?

Leod asintió y, dejando la copa en la mesa se levantó y fue hasta el mueble para coger algo.

—Esta bolsa perteneció al mismo MacDonald que las armas que ves ahí —dijo poniéndola encima de la mesa, frente a ella.

Julia bebió lo que quedaba en su copa saboreando aquel delicioso licor mientras observaba la bolsa de cuero que tenía unas letras escritas en negro:

ECD.

—¿A quién perteneció?

—No lo sabemos —dijo Leod mirando las armas en la pared.

Julia asintió mirándolas también. Resultaba estremecedor contemplar aquellos objetos que habían convivido con personas que vivieron hacía varios siglos. Esas armas y la bolsa de cuero habían viajado en el tiempo.

—Habrás hecho muchas fotos —dijo él tapando la botella y devolviéndola a su sitio.

—No tengo más remedio, si vuelvo sin fotos mis amigas me matan. — Abrió la cremallera de la mochila para sacar el móvil que había tirado dentro y al hacerlo el bloc de dibujos cayó al suelo.

Leod se inclinó para cogerlo y al ver que eran dibujos los miró con expresión admirada.

—Son magníficos —dijo contemplando la fachada de la taberna—. Dibujas increíblemente bien.

—No los he dibujado yo. Son de mi madre.

Leod la miró extrañado y volvió a mirar el dibujo.

—¿Tu madre hizo este dibujo? —preguntó con extrañeza.

Julia asintió.

—Sí, ella era la artista de la familia —dijo con una sonrisa—. La única artista.

—Imposible. —Leod se rio pensando que era una broma—. ¿Estás diciendo que este dibujo de la taberna lo hizo tu madre? ¿La misma madre de la que me hablaste y que murió hace años?

Julia frunció el ceño, desconcertada, y la sonrisa de Leod se congeló en su boca. La española sintió que una corriente de aire agitaba sus cabellos sobre su oreja y se estremeció.

Leod se levantó con el cuaderno en las manos y fue hasta la ventana. Miró la fachada de la taberna, el dibujo y otra vez la pared. Después se volvió a Julia y sin decir nada se sentó de nuevo.

—La taberna y el hotel han pertenecido a mi familia durante los últimos ciento diez años y en ese tiempo no se hizo apenas ningún cambio estético —explicó Leod concentrado en el cuaderno—. Hasta hace dos meses, cuando Evan quiso adornar la fachada con esos macetones de flores.

Julia empalideció mirando, como Leod, el cuaderno abierto sobre la mesa. El dibujo que su madre pintó hacía más de dieciséis años mostraba una fachada exacta a la actual.

—Es imposible —dijo en voz alta.

Las manos de Julia temblaron y si no hubiese sido por la rápida actuación de Leod habría volcado su copa sobre el cuaderno. La campanilla de la puerta les advirtió de que alguien había entrado.

—Debo atenderlos —dijo levantándose y poniendo una mano en su brazo —, pero tenemos que hablar de esto.

—Yo voy a subir a ducharme —dijo Julia cogiendo sus cosas y apresurándose a salir del cuartito.

Leod la dejó marchar, tenía una familia esperando frente al mostrador, pero la observó desaparecer por las escaleras con una desconcertante inseguridad.

Julia entró en su habitación y dio una vuelta al cerrojo, después dejó la mochila en el suelo y se dejó caer de espaldas en la cama, agotada.

¿Cómo era posible? No podía ser. Seguro que había algo que Leod no sabía. Le preguntaría a Evan. Estaba convencida de que habría visto alguna fotografía antigua y de ahí sacó la idea de la decoración de la fachada. La misma fotografía que debió ver su madre en alguna parte mientras organizaba el viaje.

Suspiró dejando que el aire saliese de sus pulmones con fuerza tratando de relajar los nervios. Cuántas cosas querría preguntarle...

Casi todo lo que recordaba de su madre eran instantes. Momentos concretos en situaciones muy específicas. Sentadas en el suelo haciendo un puzzle, a través del espejo mientras la peinaba, recostadas en la cama escuchando uno de sus fantasiosos cuentos. Y luego estaban las otras imágenes, aquellas que debía esforzarse para no recordar.

Cerró los ojos y las palabras de la anciana de Urquhart se repitieron en su cabeza mezclándose con los recuerdos que había mantenido a raya durante años. Cogió la almohada y se cubrió el rostro apretando con fuerza para enmudecer los gritos que salieron de su garganta.

Apenas probó la comida y evitó que su mirada se cruzase con la de Evan que se mantuvo alejado durante toda la cena. Emma fue la encargada de atenderla y Julia trató de disimular lo poco que le apetecía su incontenible charla.

—Te aconsejo que mañana vayas a Edimburgo. Está lejos, pero merece la pena, ya verás.

—Gracias, lo pensaré esta noche —dijo tratando de ser educada, aunque lo que le apetecía era que la dejara en paz de una vez.

—A mí me gustaría vivir allí, pero lo tengo difícil —dijo mirando hacia la barra.

Julia siguió su mirada y se topó con la de Evan que charlaba con uno de sus clientes habituales. El escocés le hizo un gesto con los ojos apenas perceptible, pero suficiente para que ella sintiera esa complicidad que habían tenido esa tarde. Al volver a mirar a Emma sintió una punzada de celos y se sintió estúpida por ello.

—¿Quieres postre? —preguntó la joven captando de nuevo su atención.

—No, gracias, no quiero nada más. —Se puso de pie—. Me iré a descansar, ha sido un día muy largo.

—¿No te apetece una copita? —preguntó Emma.

—No —dijo escuetamente y salió del local después de despedirse de Evan con la mano ignorando el gesto con que pretendía detenerla.

Iba a entrar en el hotel cuando el teléfono vibró en su bolsillo.

—Hola, abuela.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Qué tal tu segundo día en Escocia? —Rosario estaba sentada en el sillón de su salón y miraba el dibujo que sostenía en una de sus manos.

—Muy bien, esto es precioso —dijo—. Hoy he estado en Inverness. He visto el castillo de Urquhart y el Lago Ness, ya sabes.

—¡Qué emocionante! Cuéntame.

—Pues no sé qué contarte. He ido en coche y a pesar de los nervios por conducir por la izquierda, he disfrutado mucho.

—¿Has ido sola? —La anciana analizaba las facciones del retrato maravillada por la intensidad de aquella mirada.

—Claro, abuela.

—No sé, pensé que quizá habrías hecho alguna amiga... o amigo.

—No —dijo escueta.

—¿Estás bien, niña? —preguntó la anciana con preocupación.

—Claro, muy bien. Bastante cansada, pero bien —mintió—. Acabo de salir de cenar y ya me iba directa a la cama, con eso te lo digo todo.

—¿No hay un sitio donde pasar un rato agradable después de cenar? —insistió su abuela—. No sé, uno de esos bares de escoceses en los que puedas conocer gente.

Julia frunció el ceño, desconcertada por la actitud de su abuela.

—Parece que mi madre no lo tuvo en cuenta y me envió a un pequeñísimo pueblo que solo tiene una taberna. Una taberna que solo abre los fines de semana por la noche. El resto del tiempo es más una cafetería. De hecho es donde desayuno y donde acabo de cenar. Así que no es que vaya a tener muchas oportunidades de hacer amigos —dijo sin darse cuenta de que Evan estaba en la puerta de la taberna escuchándola—. Aparte de Leod y su hijo Evan, claro.

—Leod, qué nombre tan peculiar —dijo Rosario.

—Estoy segura de que él pensaría lo mismo del tuyo.

—¿Y ese hijo es una criatura o está ya crecidity? —Rosario sintió que aquellos ojos podían verla y dio la vuelta al dibujo que Gloria había arrancado del cuaderno.

—Pues tendrá unos treinta y es un chico muy agradable.

—¿Agradable cómo? ¿Cómo para tomarse un chocolate con churros después de una noche de fiesta? ¿O más como para tomárselos en la cama? —preguntó su abuela con mucha perspicacia.

—Abuela, mira que... —La risa de Julia se congeló en su boca al darse la vuelta y toparse con la divertida expresión de Evan.

—Saluda a tu abuela de mi parte —dijo, con las manos en los bolsillos como si no supiese qué hacer con ellas.

—Abuela, Evan te saluda —dijo ella sin apartar la mirada.

—Así que nos ha pillado —dijo la anciana dándole la vuelta al dibujo—. Bueno, no tienes de qué preocuparte, no has dicho nada incriminatorio. Y además seguro que no entiende ni papa del castellano. Los ingleses son unos estirados.

—Estoy en Escocia, abuela.

—Bueno, para el caso es lo mismo.

—¿Van a verte las chicas? —preguntó, tratando de abstraerse de la atención de Evan.

—Claro. Se turnan para asegurarse de que no necesito nada, como tú les pediste —dijo Rosario sonriendo—. Por cierto, a Laura le ha salido un pretendiente, ¿te lo ha contado?

—No. ¿Lo conozco yo?

—No lo sé. Es un chico que va a su gimnasio y con el que ha hablado muchas veces. Jose, se llama.

—Sí, ya sé quién es. Pero no sabía que le gustara.

—Ella tampoco —dijo su abuela riéndose—. Ya te lo contaré.



—¿Y tú estás bien, abuela?

—Yo estoy perfectamente —dijo.

—¿Seguro? Abuela no me engañes.

—Que no, que estoy bien. Bueno, vale, he estado limpiando el extractor y me he hecho un poco de daño en el lumbago, pero no es nada importante. El médico me ha dicho que nada de reposo, que es peor.

—Mira que eres cabezota —la regañó su nieta—, te dije que lo haría yo.

—Tienes toda la razón, te prometo que no lo volveré a hacerlo.

—Eso espero.

—Que duermas bien, tesoro. Disfruta del viaje, estoy segura de que es importante—dijo Rosario esforzándose en no emocionarse.

—Buenas noches, abuela. Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña.

Rosario miró el teléfono cuando acabó la llamada y durante unos segundos se preguntó si hacía bien ocultándole aquel dibujo. Estaba casi segura de que aquel montañés arrogante y de mirada intensa tenía algo que ver con su viaje. Quizá fuese ese Evan o su padre. ¿Por qué Gloria lo arrancó? ¿Qué significado creyó que tenía?

La anciana se levantó del sillón y volvió a guardarlo donde lo había encontrado: dentro de uno de los vinilos de su hija. Se dejó tantas preguntas sin responder que aquella tan solo sería una más.

## Capítulo 8

—¿Entiendes algo de español? —preguntó Julia volviéndose a Evan con el móvil apoyado en la mejilla.

—Ni una palabra —dijo con expresión inocente.

Estudió aquella expresión tratando de averiguar si la estaba engañando, pero tuvo que darse por vencida; era demasiado hermético.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó el escocés acercándose.

—¿Y dejas la taberna? —Julia señaló hacia la puerta.

—¿Pero tú has visto a qué hora has venido a cenar? Si prácticamente teníamos abierto por ti. —Se adelantó unos pasos y se volvió a mirarla—. Vamos, nos irá bien dar un paseo antes de dormir.

—¿Y Emma? —preguntó sin que su boca le diese tiempo a pensar.

—¿Qué pasa con Emma? —Evan frunció el ceño—. Le toca a ella cerrar.

Julia miró hacia la taberna, algo indecisa, y después lo siguió. Caminaron durante unos minutos sin decir nada, el silencio de las calles no animaba a hablar. La noche era apacible y la enorme luna los miraba con curiosidad desde su lugar en el cielo.

—¿Estás ya más tranquila? —preguntó el escocés rompiendo aquel extraño silencio.

—Sí. —Julia acompañó su afirmación con una cálida sonrisa—. Después de hablar contigo esta tarde he tenido un curioso episodio con tu padre.

Evan la miró con curiosidad.

—¿Con mi padre?

Julia asintió.

—Hemos estado charlando en ese cuartito que tiene detrás de la recepción.

Evan la miró con expresión sorprendida.

—¿Te ha llevado al cuartito?

—¿Qué? —se paró desconcertada.

—No sé... —dijo él parándose también—, nadie entra en ese cuartito, ni

siquiera Emma. Es algo... familiar.

Siguieron caminando mientras Julia se preguntaba qué había querido decir con aquello.

—He probado el *drambuie* de tu madre...

—No puede ser. —Volvió a detenerse y la miró con una enorme sonrisa—. ¿En serio mi padre te ha llevado al cuartito y te ha ofrecido *drambuie*?

—Estás haciendo que parezca algo muy raro.

—Tú no lo entiendes —dijo él riéndose—. Es que es muy raro.

—¿Qué tiene de raro? —preguntó ella siguiendo con el paseo.

—Verás, ese cuartito era el lugar privado de mis padres —explicó—. Muy privado. Y después de morir mi madre él lo convirtió casi en un santuario. Lo tiene todo tal y como ella lo colocaba. Las bolsitas de té colocadas en el orden que a ella le gustaban. ¡Él ni siquiera toma té!

Julia visualizó el lugar desde otra perspectiva.

—Casi ni me atrevo a entrar yo. —Había un deje de tristeza en su voz.

Julia lo miró con atención. Había estado tan ofuscada por sus cosas que no se dio cuenta de que siempre era ella la que hablaba y apenas sabía nada de él.

—Debió de ser muy duro para vosotros —dijo.

Evan la miró y asintió.

—Está claro que no es lo mismo que perder a tu madre con ocho años —dijo él—, pero mi madre era el eje de esta familia. Era la persona que nos conocía mejor a los dos. Era capaz de saber incluso lo que estábamos pensando antes de que nosotros mismos fuésemos conscientes de ello.

Julia sonrió con ternura.

—Háblame de ella.

—Pues —suspiró—, era una mujer fuerte y decidida, con las ideas muy claras y un corazón que no le cabía en el pecho. Era divertida y nada superficial. Sabía decirte la palabra exacta en cada momento. Si necesitabas empuje, si te hacía falta cariño... siempre lo sabía. Durante su enfermedad estuvo más pendiente de nosotros que nunca, y ya es decir...

—¿Sufrió mucho? —Lo preguntó con cuidado, no era curiosidad, era interés.

Evan asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—No sabía que se llamaba Margaret —dijo Julia enternecida al ver lo mucho que la quería.

—¿Te lo ha dicho mi padre?

—Sí, hemos tenido una charla muy rara los dos. —Evan la miró desconcertado—. Verás, cuando te he contado lo de la loca del tartán... Deberíamos llamarla de otro modo, no me parece bien llamarla loca del tartán, es un poco despectivo, ¿no crees?

—Pues la que habla con fantasmas tampoco sería un nombre espectacular —dijo riendo— y es el único que se me ocurre.

—¿Y si le ponemos un nombre? Total, ella no se va a enterar. —Julia pensó qué nombre le pegaba—. La llamaremos señora Danvers.

Evan la miró extrañado.

—¿Cómo el ama de llaves de Rebecca?

Julia abrió los ojos y la boca completamente anonadada.

—No puede ser. ¿Sabes quién es la señora Danvers?

Evan soltó una carcajada.

—Es una película magnífica —dijo.

Julia arrugó el ceño y la nariz.

—¿Significa eso que no has leído el libro? —El escocés negó con la cabeza—. Acabas de perder dos puntos.

—¿Cuántos tenía?

—Diez, por supuesto. Conocer la historia de Rebecca se merece un ocho, por lo menos.

—Lo de llamarla señora Danvers supongo que es porque daba miedo.

—Y por su mirada, tendrías que haber visto cómo me miraba. Estoy segura de que si hubiésemos estado frente a una ventana me habría convencido de que me lanzase por ella —dijo haciendo alusión a una escena de la película.

—¿Y mi padre y tú habéis hablado de la señora Danvers?

Julia asintió con entusiasmo.

—Le he dicho que me contó la leyenda de La dama del anillo.

—Margaret y Alexander —dijo Evan asintiendo—. Y de ahí lo de que mi madre se llamaba Margaret.

—Vaya —dijo Julia sonriendo—, eres rápido.

—Gracias. Supongo —dijo con el ceño fruncido.

—Al parecer tu madre era muy aficionada a las leyendas —dijo con tacto, no quería que pensara que la estaba juzgando.

—Puedes ser más clara: Era sorprendentemente supersticiosa —dijo él—. Siempre discutíamos sobre eso. Los dos estudiamos Historia y yo le insistía en que era incompatible una cosa con la otra.

Julia no disimuló su sorpresa. ¿Un historiador llevando una taberna? ¿Y qué tenía que ver ser supersticioso con haber estudiado esa carrera?

—Ya sé que parece raro que prefiera la taberna a dar clases, por ejemplo, pero es un negocio familiar y me gusta. No estudié Historia porque quisiera dedicarme a ello. A mí me educaron para ser plenamente consciente de que solo tengo una vida y que lo que quiera hacer debo hacerlo aquí y ahora.

—Buena enseñanza —afirmó ella—. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con el hecho de que seas supersticioso o no.

—No puedes creer que los antibióticos son magia porque sabes cómo se han fabricado. Pues con las supersticiones pasa lo mismo. La Historia te muestra el porqué de esas supersticiones y después de eso ya no puedes obviarlos.

Julia entendía lo que decía, pero había una idea que no dejaba de bailar en su cabeza.

—Esto que te voy a pedir es raro, pero no es lo que puede parecer a simple vista —dijo dándole vueltas en voz alta—. O sea, quiero que me acompañes a mi habitación, pero no te estoy proponiendo que te acuestes conmigo. Ni nada que tenga que ver con el sexo, vaya, ya sé que no hace falta acostarse para tener sexo... Lo que quiero decir es que quiero enseñarte algo y está en mi habitación. Claro que también podría ir a buscarlo y enseñártelo en la calle, pero sería muy raro, y más a estas horas...

Evan la miraba entre sorprendido y divertido. De hecho Julia creyó que se estaba aguantando la risa, y no era la primera vez.

—Me gustaría enseñarte el cuaderno de dibujo de mi madre —atajó al fin.

Evan pareció decepcionado con el desenlace, pero asintió y dio la vuelta para dirigirse hacia el hotel.

—¿A dónde piensas ir mañana? —preguntó Evan.

—Según las notas de mi madre, a Culloden Moor.

—Drumossie Moor, en realidad —la corrigió—. Es el lugar en el que se libró la batalla entre ingleses y jacobitas, más conocida como batalla de Culloden, de ahí el error.

—Gracias, profesor —dijo sonriendo.

Llegaron frente al hotel cuando Emma salía de la taberna.

—¡Hola chicos! —dijo demasiado efusivamente—. Qué bien que estáis aquí.

—¿Todo bien? —preguntó Evan cuando se acercó a ellos.

—Perfecto. ¿Os apetece hacer algo? —Miró a Julia.

—Pues, estoy bastante cansada —respondió y al ver la decepcionada expresión en el rostro de la joven miró a Evan—, pero vosotros...

—No —dijo Evan bastante serio—, yo también quiero descansar.

—Como queráis, abuelitos —respondió Emma con evidente cinismo—. Que descanséis.

—Buenas noches, Emma —dijo Julia sorprendida mientras la veía alejarse.

—Hasta mañana —dijo la joven.

Entraron en el hotel y Leod los recibió con expresión alegre.

—Buenas noches, chicos —saludó.

—Hola, papá.

—Buenas noches, Leod —saludó Julia—. Voy a enseñarle los dibujos a Evan.

Leod los observó atentamente mientras se dirigían a las escaleras, pero no dijo nada.

Evan estaba sentado en la banqueta y miraba el dibujo de su taberna con atención. Después miró a Julia que estaba apoyada en el dosel de la cama con los brazos cruzados a la espera de su reacción.

—Mi madre pintó ese dibujo hace más de dieciséis años, que es el tiempo que lleva muerta —explicó.

—Sí —dijo Evan señalando la fecha—, en 1998, más concretamente.

—¿Y qué explicación tienes para eso? —preguntó ella.

Evan siguió pensando durante un buen rato y se recostó contra la pared sin dejar de mirar el dibujo.

—No tengo ninguna explicación —confesó desconcertado—. ¿Seguro que no lo has pintado tú?

—No tengo modo de demostraros que yo no lo he dibujado, pero así es.

—Tranquila, te creo —se apresuró a decir.

Julia se sentó en la cama y miró hacia la puerta como si esperase que la respuesta a todas sus dudas entrase en cualquier momento.

—Mi madre planificó este viaje antes de morir para que lo hiciese yo antes de cumplir los veinticinco —explicó—. Y no solo dibujo esa fachada cuando ni siquiera estaba en tu cabeza y yo acababa de nacer. También dibujó a la señora Danvers tal y como yo la he visto esta tarde.

Evan pasó la página y vio el dibujo del castillo de Urquhart y la figura de

la mujer envuelta en el tartán. Volvió a mirar a Julia sin disimular su estupor.

—Exactamente en el mismo lugar en el que estaba cuando la he visto por primera vez. Es como si mi madre hubiese dibujado lo que yo veía, veinticinco años antes de que ocurriera.

—Esto es Drumossie Moor —dijo Evan al ver el siguiente dibujo. Julia se levantó de la cama y fue a sentarse junto a él en la banqueta—. Y esta es la lápida que colocaron para marcar la fosa común del Clan Donald.

—¿Donald es por MacDonald? —preguntó Julia señalándola.

Evan giró la cara para mirarla y asintió. Sus rostros estaban demasiado cerca.

—Donald fue el primer Señor de las Islas. Su hijo fue el «Mac» original. Mac significa «hijo de» —hizo una pausa para asegurarse de que lo entendía—. De ahí viene el nombre.

—MacDonald: hijo de Donald —dijo Julia asintiendo—. Y mi madre dibujó justamente la lápida de tu clan.

—Eso parece —dijo Evan en un tono profundo, sin dejar de mirarla.

Julia volvió a centrarse en el dibujo, no podía aguantar más la tensión de esa mirada. Evan pasó la página y asintió con la cabeza antes de explicarle el siguiente dibujo de Gloria.

—Estas son Las tres hermanas, de Glen Coe —dijo señalando los tres picos montañosos—. Gearr Aonach, Aonach Dubh y Beinn Fhada. Las tres pertenecen a Bidean nam Bian, un munro al sur de Glen Coe.

—No he entendido nada —dijo Julia.

Evan amplió su sonrisa mostrando sus perfectos y blancos dientes.

—Perdona. A ver —volvió a poner el dedo sobre cada una de las montañas—. Esta es Gearr Aonach, que significa cresta corta. Esta es Aonach Dubh, que significa cresta negra y Beinn Fhada, es larga colina.

—¿Y qué es un munro?

—Munro es como llamamos los escoceses a una montaña de más de tres mil pies —explicó—. Esta zona de aquí se llama el valle perdido y se dice que era el lugar en el que el Clan MacDonald escondía ganado robado. Podría ser cierto ya que el valle sería ideal para algo así. Está bloqueado por un deslizamiento glaciar y desde Glen Coe se llega por una garganta estrecha. Ahora es un paseo muy agradable por la montaña. Debes comprobarlo.

—Está en mi lista —dijo Julia levantándose a buscar el planing de su viaje—. Mañana Culloden, pasado mañana Glen Coe...

—¿Debes hacerlo así? —preguntó sorprendido—. ¿No puedes cambiar el

itinerario si lo deseas?

—En realidad, no —explicó Julia—. Según el planing, los primeros cuatro días debo cumplir los pasos, pero a partir de Glen Coe seré yo quien decida a dónde ir. Supongo que mi madre pensó que con cuatro días era suficiente para aclimatarse y coger confianza.

De repente los dos fueron conscientes de su cercanía. Sus brazos se tocaban y sus ojos estaban presos del otro. Fue un acto natural, casi instintivo. Evan se inclinó y posó sus labios sobre los de Julia como si fuese lo único que podía hacer.

Pero algo ocurrió, algo mágico y estremecedor, que hizo que Julia se levantara y lo mirase de un modo intenso, casi salvaje. Él se levantó también y acarició sus labios con el pulgar sin apartar la mirada. Sus ojos le dijeron que también lo había sentido y se lanzó de nuevo contra su boca, hambriento de su sabor.

Julia se sentía aturdida por el deseo y ya no era dueña de sus manos que subieron por la espalda masculina hasta rodear su cuello con los brazos. Evan la apretó más contra su pelvis, presionándola con el duro miembro que guardaba en sus finos pantalones. Se movió suavemente para colocarse entre sus muslos y el cuerpo de Julia se acopló a él como si ya no la necesitara para tomar sus propias decisiones. Lo único en lo que podía pensar era en que lo necesitaba dentro de ella.

El escocés decidió que había llegado el momento de deshacerse de la ropa y metió las manos por debajo de la camiseta del pijama buscando sus turgentes senos. Cuando Julia sintió aquella mano acariciándola gimió al tiempo que absorbía la descarga eléctrica que erizó sus pezones. Su cuerpo ardía, su cabeza ardía. Aquel hombre había despertado algo en ella, algo que había permanecido dormido durante toda su vida y que lo reconoció en cada gesto. Evan había llegado hasta un lugar prohibido, un lugar secreto y misterioso que albergaba un profundo pozo de sentimientos. Julia se apartó de golpe y se alejó de él. Evan la siguió hasta la ventana.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendido.

—Esto no está bien.

—¿El qué no está bien?

—Esto —dijo Julia señalándolos a ambos.

Evan sonrió desconcertado.

—Dijiste que no hay nadie en tu vida, no veo por qué...

—Pero tú estás con Emma.



Evan frunció el ceño y apartó la mirada.

—Eso no es nada —dijo.

—¿Que no es nada? Así que eres de esos.

—¿Ahora a qué esos te refieres?

—A esa clase de tíos que creen que le hacen un favor a las mujeres con las que están —dijo irritada.

—Ya veo que eres una persona con muchos prejuicios —replicó él con desprecio—. Ni siquiera te planteas que pudiera ser al revés.

Julia levantó una ceja con escepticismo.

—He visto cómo te mira.

—Claro y tu opinión es infalible. —Hizo una profunda inspiración con las manos apoyadas en la cintura—. Creía que tú también lo había sentido, ya veo que me equivocaba.

Esperó a que Julia dijese algo, pero ella apretaba los labios y los puños inmóviles.

—No tengo ganas de discutir —se rindió—. Siento haberte besado.

Julia sintió aquel comentario como una bofetada. Dejó que se fuera sin decir nada, sentía un incomprensible enfado y se juró que a partir de ahora se mantendría alejada de Evan MacDonald.

## Capítulo 9

Leod escuchó los gritos a pesar de que dormía en la planta de abajo. Se levantó de la cama y se puso la bata para salir a ver qué ocurría. Fue trastabillando hasta la escalera y se topó con su hijo que se le había adelantado.

—Vuelve a la cama, voy yo —dijo Evan haciéndole un gesto.

Subió las escaleras de dos en dos y corrió hasta la habitación de Julia. Tocó suavemente a la puerta y la respuesta que obtuvo fue un grito de auxilio, desgarrador y contenido. Sacó la llave que llevaba en el bolsillo y abrió.

Julia dormía con las cortinas abiertas y la luz de las farolas iluminaba la habitación. Se acercó a la cama y la vio encogida y con el pelo empapado de sudor. Se retorció como si alguien la estuviese sujetando y gemía angustiada.

Se sentó en la cama y se inclinó apoyando una mano a la altura de su cintura, sin tocarla.

—Julia —susurró—, despierta, estás teniendo una pesadilla.

Ella seguía gimiendo y retorciéndose y Evan la agarró de los hombros con firmeza y la llamó de nuevo, esta vez con más decisión.

Después de varios intentos ella abrió los ojos y se sentó de golpe arrastrándose hasta el cabezal de la cama y con una mirada aterrada que golpeó al escocés en plena cara. Miró a su alrededor, situándose y volvió a mirar a Evan que no encajaba en la escena que se desarrollaba en su cabeza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confusa.

—Estabas gritando —explicó él mirándola con fijeza.

Julia cerró los ojos y masculló una maldición.

—¿He despertado a todo el mundo?

—Espero que no. Al único que he visto ha sido a mi padre.

La joven se frotó la cara y bajó de la cama por el lado contrario al que estaba el escocés. Evan se levantó también.

—Debía ser de las buenas. La pesadilla, digo.

Julia se apartó el pelo de la cara y se miró de arriba abajo para asegurarse de que iba vestida. Un pantalón corto y una camiseta de tirantes podía considerarse un atuendo respetable, pensó. En cambio el escocés... ¿Era necesario enseñar tanto músculo? La única prenda de ropa que llevaba era un pantaloncito corto y se le pegaba tanto que Julia no se sentía cómoda ni mirándolo a los ojos.

Se acercó a la cajonera en la que había una jarra de agua y un vaso y vertió una cantidad para aclararse la garganta y también para hacer algo, porque tener a aquel escocés en su habitación en plena noche y con tan poca ropa se prestaba a todo tipo de divagaciones eróticas por su parte. No podía evitar pensar en sentir de nuevo el contacto de su cuerpo y el sabor de sus labios.

Se volvió hacia él con el vaso en la mano y se apoyó en el mueble de manera relajada.

—Ya puedes irte, prometo no volver a comportarme como una loca — dijo después de beber.

—¿Quieres hablar de ello? —Evan se cruzó de brazos y se apoyó en el dosel de la cama cruzando también un pie sobre el otro.

La cabeza ligeramente inclinada provocaba que sus rizos rojos cayeran sobre sus ojos y a Julia le pareció que su atractivo escalaba posiciones por momentos. Aquella atracción no deseada provocaba un rechazo visceral en su ánimo. La hacía sentir vulnerable, expuesta, y eso la convertía en una víctima propiciatoria. Ahora Evan MacDonald no estaba entre sus personas favoritas.

—No necesito terapia, gracias —dijo esforzándose en sonar desagradable.

—Como quieras —dijo él apretando después la mandíbula—. Solo pretendía ser amable. A veces uno necesita hablar con alguien y resulta más sencillo con un extraño.

Julia lo miró con expresión irónica, pero no dijo nada. No se le ocurría nada desagradable que decir a eso, al contrario, le había parecido un detalle tan tierno por su parte que sintió una punzada de culpa. Sabía que estaba siendo injusta con él, pero también sabía que los hombres como él siempre consiguen lo que quieren. Al principio son amables y dulces, unos auténticos caballeros andantes, pero después se convierten en horribles Orcos de Mordor.

Al ver que no decía nada, Evan se dio por vencido y se dirigió a la puerta.

—Gracias —dijo Julia sin poder contenerse. Evan volvió la cabeza—.

Siento haberos despertado.

El escocés asintió y se marchó dejándola con un sentimiento agridulce.

A la mañana siguiente Julia pasó por la recepción y Leod la recibió con una de sus agradables sonrisas.

—Buenos días, Julia. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, gracias. Siento haberte despertado con mis gritos. Tuve una pesadilla.

—No te preocupes, hacía muy poco que me había acostado. Estuve charlando con Evan hasta tarde.

—¿Los demás clientes se han quejado? —preguntó Julia, ignorando su comentario.

—No, nadie ha dicho nada. También es cierto que estás un poco aislada, no hay huéspedes en tu planta —explicó—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —dijo apartándose el pelo de la cara—. Soy propensa a tener pesadillas cuando estoy nerviosa.

—¿Estabas nerviosa por la mujer que te contó lo de *La dama del anillo*? —preguntó con sincera preocupación.

Julia sintió una espontánea ternura al ver su preocupación. No podía decirle que era por su hijo, que la había puesto a mil y rechazarlo había sido lo más difícil que había hecho en su vida.

—Un poco, quizá —mintió.

—¿Hoy adónde vas?

—A Drumossie Moor.

—La batalla de Culloden —asintió Leod satisfecho.

—Voy a presentar mis respetos al Clan Donald —dijo sonriendo con simpatía—. ¿Quieres que les dé algún mensaje?

Leod sonrió también.

—Anda, vete a desayunar —dijo despidiéndola.

Entró en la taberna y saludó casi sin levantar la mirada del suelo. Se dirigió a la mesa en la que se sentaba todos los días y se sorprendió al ver que ya estaba ocupada. Miró hacia la barra y Evan señaló a Emma con un leve gesto de cabeza. Después le indicó que escogiera otra mesa y Julia se sentó. En pocos minutos el escocés le llevó el café con leche y las tostadas.

—Buenos días —dijo—, siento lo de la mesa. Emma no tiene un buen día

y se la ha dado a otros.

—¡Si no te gusta así, te aguantas!

Julia miró hacia la joven y respiró aliviada al ver que no se lo decía a ella. Estaba despotricando contra uno de los clientes sentado dos mesas más allá.

—Perdona, tengo que solucionar esto —dijo Evan alejándose de ella—. ¿Está todo bien? Disculpe, caballero, ahora mismo le traigo otra infusión, tranquilo.

—¿Tranquilo? Le he traído lo que me ha pedido, si ha cambiado de opinión no es nuestro problema —Emma lo miraba furiosa y Julia se sintió abochornada por el espectáculo.

El escocés cogió a la joven inglesa del brazo y la llevó casi a rastras hasta la trastienda. Julia escuchó cerrarse la puerta tras ellos y después el silencio. Al cabo de cinco minutos Emma salió del cuartito seguida de Evan. La inglesa atravesó el local y al pasar junto a la mesa del caballero de la infusión tiró la taza al suelo con el consiguiente destrozo. Después se volvió hacia Evan y levantó el dedo medio de la mano derecha antes de salir de la taberna.

Julia se sintió responsable. Tenía la certeza de que fuese lo que fuese lo que hubiese pasado entre ellos, de algún modo, ella tenía la culpa. Intentó centrar la atención en su almuerzo mientras Evan recogía el destrozo y se esforzaba en atender todas las mesas y la barra con dificultad. Iba y venía de la cocina con evidente nerviosismo y Julia se sentía cada vez peor. Cuando terminó de desayunar y recogió la mesa llevando las cosas a la cocina.

—¿Qué haces? —dijo él mirándola muy serio.

—No das abasto —respondió sin hacer caso a su reprobadora expresión.

—Solo será un día —explicó él—. Mañana tendré a alguien.

—Pues hoy me quedaré a ayudarte —dijo ella—. Tú encárgate de la cocina y yo atiende las mesas.

—Pero ¿qué dices? —parecía molesto.

—Sé cómo servir mesas, lo hago a menudo —dijo Julia sonriendo por primera vez desde que había entrado—. Una mañana de trabajo no me arruinará las vacaciones, tranquilo. No necesito todo el día para ver un campo de batalla.

Se puso el mandil que Evan le dio y empezó a atender mesas.

—Has resultado ser una camarera muy eficiente —dijo Evan cerrando la

puerta con el cerrojo para que no entrase ningún despistado.

Julia limpió las mesas con el trapo húmedo y colocó las sillas en su sitio.

—Tienes un modo muy eficaz de organizar el trabajo —dijo Evan con una sonrisa complaciente.

—En la panadería hay un volumen de trabajo muy elevado durante todo el día.

—¿Una panadería no es un lugar donde se vende pan? —preguntó divertido.

Julia sonrió también quitándose el delantal.

—También tenemos cafetería y terraza. Te aseguro que esto ha sido un entretenimiento al lado de lo que hago en una jornada de trabajo normal.

Hubo un momento de esos raros. Se miraron y se sintieron como si de repente descubriesen que estaban desnudos.

—Deberí...

—Lo que...

Se echaron a reír.

—Di tú —cedió Evan.

—¿Lo que ha ocurrido esta mañana con Emma tiene algo que ver conmigo? —preguntó Julia con evidente timidez.

Evan la miraba con .

—Una parte, pero no todo —confesó—. Emma es demasiado joven y no entiende que la vida no puede ser siempre diversión y hacer lo que uno quiere. Me ha llamado viejo anticuado y se ha despedido. Lo que menos la ha afectado ha sido lo otro.

Julia se quitó el mandil y lo dejó sobre la barra dispuesta a marcharse.

—No te vayas, por favor —pidió él.

Julia se quedó presa de aquellos ojos. No fue necesario que la sujetara, sus pies quedaron clavados en el suelo y su mirada danzaba entre aquellas dos teas azules y su boca.

—Emma y yo no estábamos juntos —empezó—. No del modo que piensas. Sí ha habido sexo entre nosotros, pero nada más.

Julia lo miró con desdén.

—Quizá Emma no pensaba lo mismo —dijo.

—Te aseguro que te equivocas con Emma. Desde el primer día quedó claro entre nosotros que no habría nada más. Ella insistió en que no quería una relación...

—¿Tú sí la querías?

Evan negó con la cabeza.

—Con ella desde luego que no. No tenemos nada en común. No pensamos lo mismo de nada y damos importancia a muy distintas cosas. Éramos dos personas solas que se lo pasan bien juntos... de vez en cuando. —La señaló con la mano—. Seguro que tú has tenido muchos más amantes que novios.

Julia apartó la mirada avergonzada. Si la descubría se moría allí mismo. El escocés se acercó despacio, como si temiese que ella echase a correr si era más directo.

—Los dos lo sentimos —dijo con aquella voz aterciopelada que le había escuchado la noche anterior—. No sé qué es, pero desde que te besé no he podido dejar de pensar en ti. Y cuando me miras veo en tus ojos que sientes lo mismo.

Julia apartó la mirada maldiciéndose por ser tan transparente.

—Te doy mi palabra de que entre Emma y yo no había nada más que lo que te he dicho. Y te aseguro que no entiendo qué me impulsa a confesarte semejante cosa. Estamos en el siglo XXI y que yo sepa no tendría por qué darte explicaciones de lo que haya hecho con mi vida antes de ti. —Al ver que no se apartaba de él le rodeó la cintura con las manos y todo su cuerpo se encendió como una hoguera—. Mírame, Julia, mírame y dime que no sientes lo mismo que siento yo ahora mismo y te juro que te dejaré en paz.

El corazón de Julia no podía ser más elocuente, latía desenfrenado mientras su cerebro no dejaba de gritarle que lo abrazara, que le comiera la boca como si no hubiera un mañana.

No era simplemente una atracción, era una pulsión atronadora que la empujaba hacia él en todos los sentidos, no solo a un nivel físico. Era algo irracional. Solo hacía tres días que se conocían y ya sentía que lo necesitaba como el aire.

Como él había dicho estaban en el siglo XXI, una chica podía desear a alguien y eso no tenía nada de malo. Incluso aunque la chica estuviese sin estrenar. Julia trató de borrar aquel pensamiento de su cabeza, un pensamiento que la avergonzaba como si hubiese algo malo en ella. Lo que sentía era real, pero no tenía nada que ver con la lógica o la razón. Lo apartó con suavidad y esta vez sin eludir su mirada.

—No sé qué está pasando, la verdad —dijo optando por la sinceridad como única arma—, pero sí, yo también lo he sentido.

Evan sonrió con satisfacción, claramente aliviado.

—Pero solo hace tres días que te conozco —se apresuró a continuar—. No sé nada de ti y, aunque no me enorgullezco de ello, no soy del tipo de chica que va por ahí besando a los tíos. Ya me gustaría a mí y, sobre todo, ya les gustaría a las chicas.

Sintió que estaban detrás de ella gritándole por estúpida. Evan la miraba de un modo extraño, como si le sorprendiese y fascinase su reacción a partes iguales. Entrecerró los ojos, pensativo. ¿Quería conocerlo más?

—Me gustaría acompañarte —dijo.

Julia lo miró con suspicacia.

—¿A Drumossie Moor?

—A donde quiera que vayas.

Julia asintió y una tímida sonrisa se fue dibujando en sus labios.

Evan caminaba con las manos en los bolsillos de su pantalón tejano y Julia se agarraba las tiras de su mochila.

—¿No vas a hacer de guía turístico? —dijo Julia para picarle—. Ya sabes, mostrar tus expertos conocimientos y sabiduría...

—¿Te estás burlando? —preguntó con sorna—. Lo cierto es que puedo explicarte muchas cosas de la batalla que se libró aquí el 16 de abril de 1746, en la que murieron cerca de dos mil jacobitas y unos cuatrocientos ingleses.

—Espera que saco el cuaderno para apuntar —dijo abriendo la cremallera de su mochila—. No quiero que luego me preguntes y no me lo sepa.

Evan soltó una carcajada.

—Eres muy mala —dijo, aún riéndose.

Pasearon por los senderos que recorrían el campo de batalla, ahora cubierto de arbustos y brezo. Evan le explicó que en el siglo dieciocho era un área de pasto. Le habló del uniforme escocés, un plaid con cinturón. Del ejército jacobita y su falta de soldados entrenados: una mayoría de montañeses con mucha voluntad, pero poca traza para la estrategia.

—El aguanieve soplaba desde el noreste y llovía torrencialmente cuando el ejército jacobita avanzó exhausto hacia su enemigo —relató Evan—. La mala comunicación entre los oficiales hizo que se abrieran brechas entre sus huestes. Bonnie Prince Charlie se mantenía fuera de la lucha y no ordenó atacar a pesar de que los Highlanders estaban bajo el fuego del ejército inglés. Esa inacción minó la moral de los soldados y los líderes de los clanes, enfurecidos, presionaban a Charles para que diera la orden.



Julia miraba hacia el campo con aquellas imágenes en la retina. Casi podía escuchar el fragor de la batalla, los gritos y los estridentes disparos de los mosquetes de uno y otro bando.

—La batalla estaba en su cenit —siguió Evan con apasionada voz—, Highlanders y casacas rojas luchaban por sus vidas, con mosquetes y bayonetas. En el extremo izquierdo el Clan MacDonald, furioso porque lo habían insultado al negarle su sitio a la derecha, se negó a cargar cuando se le ordenó. Los jacobitas se debilitaban y finalmente los MacDonald avanzaron por un terreno pantanoso que los frenaba. Pero ese terreno también era malo para los casacas rojas que, al ver que no podían alcanzarlos, se volvieron hacia los irlandeses de Sullivan.

Julia miró hacia atrás y vio que a su alrededor se había formado un corrillo de gente que escuchaba atentamente las explicaciones de Evan. El escocés, con la mirada puesta en el brezal no era consciente de la atención que había despertado entre los visitantes.

—El flanco izquierdo colapsaba y los jacobitas enviaron a sus últimas fuerzas, pero a esas alturas ya estaba todo decidido. El Clan Campbell, que luchaba con los ingleses, los obligó a retirarse con su fuego de artillería, llevándolos hasta Colin Campbell que les tendió una emboscada. Colin fue asesinado junto a cinco de los suyos, pero consiguió su propósito y los jacobitas se vieron obligados a salir a páramo abierto —señaló con el dedo el lugar y todos lo siguieron—. Tres escuadrones de Dragones los atacaron entonces. Los jacobitas solo podían huir tratando de esquivar las balas. Fue entonces cuando los irlandeses acudieron a cubrir su retirada, evitando así una masacre aún peor.

Julia veía el campo plagado de cuerpos mientras escuchaba los gemidos de los que habían caído heridos. Podía imaginarse el horror que vivieron aquellos hombres, algunos meros campesinos, la mayoría montañeses que no entendían de guerras ni de reyes.

—Charles Edward Stuart vio que los regimientos del Clan MacDonald se desmoronaban y supo que había llegado el momento de escapar. Las fuerzas jacobinas aún en pie huyeron en dos grupos: los Lowlanders se retiraron hacia el sur y los Highlanders hacia el norte, pero los de las Tierras Altas fueron interceptados por regimientos de Dragones. El pretendiente al trono huyó a Francia y nunca regresó a Escocia. Los casacas rojas recibieron la orden de matar a todo jacobita que quedase en el campo, también a los heridos... —Evan se dio cuenta entonces de que hablaba para un nutrido

grupo de oyentes y sonrió divertido—. Vaya, de haberlo sabido me lo habría preparado mejor.

—Lo has hecho fenomenal, muchacho —dijo un señor de considerable edad que llevaba un sombrero, tendiéndole la mano—: Albert MacKinnon.

—Evan MacDonald —respondió el escocés estrechándole la mano.

Algunos se acercaron a preguntarle detalles y varios pensaron que era un guía del gobierno. Cuando Julia pudo recuperarlo al fin se alejaron de los demás por uno de los senderos.

## Capítulo 10

—Has tenido un gran éxito —dijo ella mirándolo con agrado—. Debo reconocer que tu manera de explicar es hipnótica.

—¿Hipnótica? —se mostraba escéptico.

—Sí, no podía dejar de escucharte y todas esas imágenes se visualizaban como si hubiese un gran proyector invisible en medio del campo. Con sonidos y todo.

Evan trataba de averiguar si le estaba tomando el pelo, pero parecía estar hablando en serio.

Llegaron frente a la lápida del Clan Donald y Julia la contempló con respeto.

—Debe ser muy especial para ti —dijo—. No puedo imaginarme estar frente a algo tan simbólico con relación a mis antepasados.

Evan no contestó inmediatamente.

—Es extraño, pero sí. Siempre que vengo aquí me embarga una emoción extraña, casi visceral. No tengo ningún lazo con aquellos hombres, lo cierto es que sería la vergüenza de cualquier highlander que se precie: odio la violencia, creo que nacer en un lugar u otro no debería significar demasiado. Sin embargo, vengo aquí y es como si hubiera otro ser en mí, alguien que siente la tierra como suya, alguien que sangra por viejas heridas...

—Yo no puedo ayudarte en eso —dijo Julia—. Para mí tampoco significa nada nacer en un sitio u otro, no concibo que la gente se mate por sus creencias y no tengo una idea romántica del pasado. Más bien me parece aterrador.

Evan la miró con una sonrisa.

—¿No eres de esas que sueñan con un vikingo musculoso?

—¡No, por Dios! —exclamó espantada.

Siguieron el sendero un trecho hasta la granja con techo de paja de Leanach que databa de 1760.

—Probablemente fue edificada sobre una anterior que sirvió de hospital

de campaña para los heridos ingleses.

Julia no preguntó por los heridos escoceses porque había quedado bastante claro lo que hicieron con ellos.

—Este lugar es como una oda a la estupidez humana —dijo en voz alta sin poder resistirse—. Todo lo que podría lograr el ser humano si no emplease la violencia contra sus iguales.

Evan la miró muy serio y de repente la cogió de la mano entrelazando sus dedos, Julia se colocó el pelo detrás de la oreja tratando de ocuparse en algo, pero no se apartó.

El ambiente del restaurante era agradable y tranquilo, probablemente porque solo había gente mayor.

—Hemos venido a comer con el Imsero —dijo Julia mirando a su alrededor con una divertida expresión.

—¿Imsero? ¿Qué significa? —preguntó Evan con el ceño fruncido.

—Instituto de mayores y servicios sociales —respondió diciéndolo primero en español y luego traduciendo su significado.

—¡Oh! Ya veo. Piensas que soy un anciano. Si no te gusta, podemos ir a otro sitio.

—Es una broma, Evan —dijo mirándolo con fingida severidad—. Si quieres que nos llevemos bien tendrás que aceptar mis bromas. La mayoría de las veces no tienen gracia.

—Me esforzaré en ello —dijo el escocés.

El camarero se acercó con las bebidas que habían pedido y les tomó nota de la comida. Siguieron con la conversación cuando se quedaron solos de nuevo.

—Me ha encantado el paseo —dijo Julia—, pero ha sido mérito tuyo. Eres un grandísimo guía, deberías dedicarte a ello.

Evan dejó su jarra de cerveza en la mesa después de beber.

—Ya sé que puede parecer raro, pero me gusta mucho el trabajo en la taberna. Me encanta ser mi propio dueño. Yo decido las horas que destino a trabajar y el resto es tiempo para lo que yo quiera.

—Como, por ejemplo, para salir a correr —dijo ella cogiendo su refresco.

—Me gusta mucho el deporte —asintió—. En especial la escalada.

—¿La escalada? —Julia se sorprendió.

—Suelo ir a escalar dos veces por semana y el resto del tiempo corro,

hago pesas y nado. Tengo un pequeño gimnasio en el hotel, si quieres utilizarlo...

—¿Gimnasio? ¿Pero tú me has visto? —dijo riéndose—. Soy completamente inútil en cuanto a deporte se refiere. Cuando era pequeña mis amigas decían que tenía pies en lugar de manos porque era incapaz de atrapar una pelota. Siempre temía que me golpease en la cara y en lugar de cogerla ponía las manos así —dijo mostrando las palmas en resistencia.

Evan se rio.

—Así no ganaríais muchos partidos.

—Conmigo ninguno, te lo aseguro. Mira —se señaló el bíceps—, aquí solo hay piel y huesos.

—Si quieres ponerte en forma, puedo ayudarte —se ofreció él.

—¿En ocho días? —Aquella pregunta les recordó a ambos que aquella situación era meramente temporal y que no duraría mucho.

En ese momento les sirvieron el primer plato y durante unos minutos prestaron atención a la comida.

—¿Y tú? —preguntó Evan—. ¿A ti qué te gusta? Háblame de tu vida en Madrid.

—Pues... acabo de terminar la carrera. Debería haberla acabado hace tiempo, pero no pude hacerla a pleno rendimiento porque tenía que trabajar para pagármela. Mi abuela no trabajó nunca y tiene una pensión asistencial.

—Debió ser difícil para las dos.

—No verás a mi abuela quejarse por cómo son las cosas. —Julia lo miraba orgullosa—. Me parece a mí que tu madre y ella se habrían llevado muy bien.

Durante toda la comida siguieron hablando como si se conocieran de toda la vida. Evan le habló de Tommy, su mejor amigo, al que Julia no podría conocer porque estaba de vacaciones en Riviera Maya con Kevin, su novio. Le habló de Mary, la chica que le rompió el corazón al dejarlo por Douglas Buchanan a la tierna edad de once años.

—No creas —dijo apesadumbrado—, es un golpe que aún no he llegado a superar.

Julia se rió a carcajadas. Después ella le habló de las chicas, de su amistad duradera y sorprendentemente profunda a pesar de lo distintas que eran. Le hizo un retrato exhaustivo de cada una de ellas de manera que Evan sintió como si ya las conociese.

—Háblame de tu clan —pidió Julia—, no todo el mundo tiene una

genealogía tan evidente y fácil de seguir.

Hizo un relato exhaustivo de todo lo que había descubierto y que se prolongaba hasta principios del siglo XVII. Julia lo escuchaba tan atenta que apenas prestó atención al camarero cuando les trajo el segundo plato. En su familia había condes y duques que participaron en numerosas guerras.

—Hay un episodio especialmente trágico en el pasado de mi clan —dijo Evan rellenando los vasos—. Espero que no te parezca una clase de Historia.

Julia lo miró intrigada.

—Me encanta escucharte —dijo—. Si te sirve como promesa...

—Me sirve —sonrió seductor—. En 1689 Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia intentó recuperar el trono, que su hermano William II le había robado un año antes. Para ello recibió la ayuda de un gran número de clanes, entre los que se encontraba el clan MacDonald. Cuando regresaban de una de las numerosas batallas, los MacDonald de Glen Coe, saquearon las tierras de Robert Campbell de Glenlyon, clan aliado del rey William, y robaron su ganado. Jacobo fue derrotado —sentenció Evan—. El rey William, para asegurarse de que ningún clan volvería a levantarse contra él, ofreció el perdón para todos aquellos que firmaran un juramento de lealtad dentro de una fecha límite, teniendo claro que quien no firmase sería considerado desleal a la corona y condenado a muerte. Los MacDonald pidieron permiso al rey Jacobo para hacer el juramento ya que no parecía viable una invasión por su parte antes de la fecha límite. Alasdair MacDonald, Señor de las Islas y perteneciente al Clan MacDonald esperó hasta que llegó la respuesta de Jacobo, una semana antes del fin del plazo. Con el permiso de Jacobo partió hacia Fort William para dejar constancia de su juramento. Allí lo recibió el teniente coronel John Hill, que dijo no estar autorizado a tomarle dicho juramento y lo envió a Inveraray, al castillo del Clan Campbell. ¿Recuerdas que los MacDonald habían saqueado y robado su ganado?

Julia asintió.

—Sí, y que el Clan Campbell era aliado de los ingleses. Lucharon con el bando inglés en la batalla de Culloden, ¿verdad?

—Sí, siempre fueron sus aliados, por eso conservaron sus posesiones cuando los demás clanes lo perdieron todo.

Julia pensó que siempre era igual, en todas las guerras, si te aliabas con el vencedor salías beneficiado. Lástima que no se supiese por adelantado, se ahorrarían muchas vidas.

—Sigue, sigue. Alasdair iba hacia Inveraray.

—Curiosamente cuando Alasdair llegó, el magistrado que debía tomarle juramento, que era un Campbell, no estaba lo que lo retrasó aún más. La cuestión es que cuando el representante del clan MacDonald firmó el juramento ya se había pasado el plazo de largo.

—¿Lo retrasaron a propósito?

—Parece evidente —confirmó el escocés—. Aun así, el magistrado le aseguró que se tendría en cuenta la fecha en la que se presentó en Fort William. Alasdair MacDonald regresó a casa convencido de que había hecho un juramento válido, pero lo que él no sabía es que los hombres del rey William querían hacer un escarmiento con los escoceses de las Highlands y que él les había brindado la excusa perfecta.

—¿Van a querer postre? —preguntó el camarero retirándoles los platos.

—Yo un café, gracias —dijo Julia.

—Para mí otro.

El camarero se fue y Julia apremió a Evan para que continuase. El escocés sonrió al verla tan interesada.

—A finales de enero de 1692 dos compañías, ciento veinte hombres comandados por Robert Campbell de Glenlyon, ya sabes, su viejo amigo, llegaron a Glen Coe. Los MacDonald era un clan con pocos amigos y poderosos enemigos —siguió—. Pero a nadie le pareció raro que Robert Campbell pidiese alojamiento para él y sus hombres, ya que estaba emparentado con los MacDonald a través de una sobrina suya que estaba casada con uno de los hijos de Alasdair.

—¿Emparentados? ¡Pero si les habían robado!

—En esa época las filias y fobias cambiaban de acuerdo a los intereses de cada uno. Los que hoy eran amigos mañana se convertían en contrarios y al revés. La cuestión es que los MacDonald alojaron a los Campbell y compartieron mesa y mantel durante días. Para ser justos debo decir que a los Campbell les habían ordenado alojarse con los MacDonald, pero no sabían nada más. El doce de febrero el comandante del regimiento recibió la orden de matar a todos los MacDonald, especialmente a Alasdair y a sus hijos. En la misiva le advertían que debían cumplir las órdenes y que de no hacerlo se les consideraría traidores al Rey y al Gobierno y serían condenados a muerte. Jugaron a cartas con los MacDonald, bebieron y comieron y cuando todos estaban durmiendo iniciaron el ataque. El primero en morir fue Duncan Rankin, derribado mientras intentaba escapar. Alasdair MacDonald, el Señor de las Islas, recibió dos disparos y murió en su cama. Sus hijos se despertaron

a tiempo y pudieron escapar. Los mataron a traición, mientras dormían, sin darles opción a defenderse. Las mujeres y los niños escaparon cuando quemaban sus casas y muchos murieron por el frío.

—¡Dios mío! —susurró Julia horrorizada—. Acabas de contarme La boda roja, de Juego de Tronos.

Evan sonrió asintiendo.

—De ahí sacó R. Martin su idea, eso es.

Julia se recostó contra el respaldo de la silla cuando el camarero depositaba el café en la mesa. Miraba a Evan con una extraña expresión.

—Trato de imaginarme cómo eran aquellos hombres —explicó ella—. Y he de decir que teniéndote delante, es fácil. Tienes un físico que encaja con la idea que tengo de aquellos hombres. Estoy segura de que podrías manejar bien una espada de esas que pesan tanto y tenías una mirada fiera mientras explicabas la batalla de Culloden. No puedo dejar de pensar que Alasdair MacDonald no debía ser muy diferente de ti.

—Vamos —dijo Evan poniéndose de pie—. Quiero llevarte a un sitio. ¿Me dejas conducir a mí?



## Capítulo 11

—¿A dónde me llevas? —preguntó sentada en el asiento del copiloto.

El escocés la miró un instante sonriendo.

—Creo que ya has tenido bastante de guerra y muerte. Quiero enseñarte uno de mis lugares favoritos y al que no suelen llegar los turistas. El castillo de Turlom.

Gracias a Evan Julia ya sabía que a pesar de ser un país pequeño el clima podía variar mucho de una región a otra. Le advirtió de que veinte minutos en coche podrían cambiar por completo su percepción del tiempo. Y que todo eso era a causa de su geografía montañosa y los vientos procedentes del Atlántico.

—Lo cierto es que Turlom es como una casa más grande de lo normal. Más alta y con una torre, pero una casa al fin.

—Lo que viene siendo un castillo —dijo Julia riendo.

—Vale. —Evan también se rio—. Tienes razón.

En veinte minutos aparcaron el coche al lado del camino e iniciaron la ascensión. Había oído hablar mucho de las Highlands, pero en ese momento hubiese preferido que el camino fuese un poco menos angosto y empinado. Cuando llevaban casi una hora subiendo Julia comprendió por qué aquel lugar no recibía la visita de los turistas.

Las rocas que formaban la elevada montaña parecían sacadas de un cuento de esos con druidas y brujas danzando alrededor de una hoguera. Julia estaba segura de que, al otro lado, un abrupto barranco la saludaría en cuanto hubiese alcanzado la cima. Puso especial cuidado en no engancharse con los espinosos matorrales y le pareció ver un cervatillo a lo lejos, a pesar de que Evan repitiese que se lo había imaginado.

El ascenso fue bastante arduo, pero ella disfrutó enormemente del paseo, en contra de lo que pensó en un principio. Apenas llevaba tres días en Escocia, pero ya tenía claro que era un país hermoso y mágico.

Evan caminaba delante de ella como si estuviese dando un paseo por el

Retiro y Julia miraba su enorme espalda preguntándose cómo le resultaba tan fácil mover todos aquellos músculos. Trataba de dar pasos más largos e impulsarse con los brazos, pero con ello solo consiguió cansarse aún más y que le dolieran las rodillas.

—Hace quince minutos dijiste que ya llegábamos —dijo resoplando.

—Ya llegamos —repitió él.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó parándose con las manos en la cintura—. Evan del Clan de los MacDonald, mírame a los ojos y dime cuánto falta.

Se volvió a mirarla y mostró sus perfectos dientes en una espectacular sonrisa.

—¿Ves ese árbol de ahí? —señaló unos cien metros más adelante—. Después de eso hay una pequeña bajada y la explanada del castillo. Un kilómetro más.

A Julia la palabra kilómetro le sonó a la distancia entre el punto en el que estaban y la China.

—¿A quién perteneció el castillo? —preguntó buscando una escapatoria para sus pensamientos.

—A Alexander MacDonald y su esposa Agnes de Albany. —Se volvió a mirarla y cuando vio su expresión no pudo disimular el júbilo que le provocaba—. Sabía que te encantaría la idea.

—¿Alexander MacDonald?

Evan asintió y Julia corrió hasta colocarse a su lado.

—Parece que has recuperado las fuerzas —dijo riendo.

—Has dicho su esposa. ¿Se casó después de lo de Margaret?

—La historia no es tan mágica como la cuentan.

—Ya salió el historiador aguafiestas —dijo ella mofándose.

—Entiendo que prefieras los desvaríos de una loca —dijo el escocés—, pero la verdad suele ser mucho más simple y aburrida.

—Quedamos en no llamarla loca —le recordó ella—. Señora Danvers.

—Tienes razón. Bien, la historia que te contó la señora Danvers es una leyenda que persiguió a mi antepasado hasta su muerte, pero no hay ningún dato que la pruebe. Es cierto que su matrimonio con Agnes de Albany fue un matrimonio de conveniencia. Se escribieron poemas en la época en los que se daba a entender que ni siquiera yacieron juntos. Y lo cierto es que Agnes nunca se quedó embarazada y Alexander no tuvo descendientes.

—¿Entonces no se pasó un año vagando en busca de la cueva en la que el

padre de Margarita la había escondido? —preguntó decepcionada.

—Si lo hizo lo cierto que es que después volvió a su casa y se casó con Agnes, tal y como quería su padre. —Se encogió de hombros a modo de disculpa.

—¿Y qué les pasó?

—Los dos murieron en el incendio que dañó la fachada este.

Julia lo miraba profundamente decepcionada.

—¿Y ya está? ¿No hay fantasma ni reencuentro después de muertos?

Evan fingió estar muy apenado.

—Lo siento —dijo—. Pero, si lo necesitas, puedo inventarme algo.

El castillo de Alexander MacDonald se mostró impávido y solitario frente a ellos. Era rudo pero firme, sin florituras, como buen Highlander. Una gran edificación con paredes de piedra y altas ventanas.

—Gracias a su abandono no vienen turistas a verlo —dijo Evan.

—A su abandono y a la terrible caminata, que tengo los pulmones pidiendo auxilio. ¿Podemos entrar?

—Aconsejan no hacerlo —dijo el escocés con expresión traviesa.

Julia caminó a su lado hacia el edificio. Atravesaron el arco en el que una vez hubo una puerta y se encontraron con las hierbas que habían ido tomando terreno entre las piedras. Dentro la temperatura bajaba unos cuantos grados y Julia se abrazó de manera instintiva. Avanzaron por los pasillos que separaban las distintas dependencias.

—No debía ser muy cómodo vivir en un lugar así —dijo Julia.

—No si lo comparamos con las viviendas actuales, pero sí en relación a las que tenían los campesinos, por ejemplo. Es una cuestión de puntos de vista —dijo girando la cabeza para mirarla.

Entraron en una habitación no muy espaciosa.

—Ahí está la chimenea —señaló Evan—. Este era uno de los dormitorios.

Julia miró las estrechas ventanas por las que se colaba la luz del día y dejó que su imaginación hiciese el resto. Colocó mentalmente una cama junto a la pared y algunos muebles de madera maciza, de esos que ya no se hacen, diría su abuela. Para aquellas personas vivir sin luz eléctrica no era ningún drama, no conocían otra cosa.

—¿De qué siglo es este castillo? —preguntó con curiosidad.

—Del catorce. —Evan se acercó a la chimenea y pasó la mano por la piedra de la pared.

Julia se dirigió a la puerta, quería continuar explorando. Evan la siguió de

cerca, no estaba seguro de que no se hiciese daño.

—¿Subimos? —preguntó ella señalando la escalera de la torre.

—Veo que no te amilanas fácilmente —dijo él sonriendo.

Julia lo tomó como un sí e inició el ascenso por la escalera de piedra. Llegaron hasta otra habitación bastante más grande que la que habían visto abajo.

—Este debía ser el dormitorio de los señores del castillo —dijo Julia—. Alexander y Agnes.

—Un dormitorio en el que, al parecer, no se vivieron muchas alegrías —dijo él mirándola provocador.

Julia se paseó por la habitación y observó los huecos de las ventanas en los que imaginó las hojas batientes que se abrirían hacia fuera dejando entrar el aire fresco de las Highlands. Sintió un estremecimiento que erizó el vello de su nuca y se volvió encontrándose de lleno con los azules ojos del escocés que la miraba de un modo extraño.

—¿No lo sientes? —preguntó ella con una expresión dramática—. Hay una atmósfera estremecedora.

—Es el viento de las Highlands —dijo Evan aguantándose la risa.

Julia le sacó la lengua y lo miró retándolo.

—No deberías mirarme así —dijo él con expresión intensa—. Debo informarte de que hace mucho rato que me muero por besarte. Como vuelvas a sacarme la lengua, no respondo.

Julia se estremeció y una oleada de calor la sacudió desde dentro. Evan se acercó despacio y cuando estuvo frente a ella le cogió la cara entre las manos y la besó profundamente, asaltando su boca con su hambrienta lengua. Julia lo deseaba tanto como él, pero no estaba preparada para la devastadora intensidad de aquel beso. Sintió que tomaba posesión de su boca, y su cerebro liberó todo tipo de sustancias enajenantes enviándolas a cada parte de su cuerpo que deseaba que él tocara.

Evan atrapó su labio inferior con los dientes y jugueteó con él antes de volver a atacarla con su lengua. Julia lo sentía jugar, la provocaba, le exigía y tomaba a su libre voluntad. La estaba poseyendo literalmente y ella se aferraba a su espalda como si temiera caer inconsciente sobre la dura piedra.

La levantó del suelo como si no pesara más que una pluma y Julia le rodeó la cadera con sus piernas cruzando los tobillos en su espalda. Evan la llevó hasta la pared sin dejar de besarla.

—Creo que hay demasiada ropa entre nosotros —dijo el escocés.

—Me preguntaba cuánto tardarías en darte cuenta —respondió ella nerviosa.

Evan la dejó en el suelo y se apartó el pelo de la cara soltando el aire que había retenido. Julia se estiró la camiseta y también se arregló el pelo con nerviosismo. Se sintió un poco decepcionada al ver que no continuaba.

—Está claro que entre nosotros pasa algo —dijo él.

—No me has dado mucho tiempo para pensar, la verdad —dijo Julia con espontaneidad—. Y tampoco sé por qué has parado.

Evan entrecerró los ojos y la miró con evidente interés.

—Será mejor que tengas cuidado o acabarás tumbada sobre este frío suelo —amenazó.

Julia no era consciente de lo terriblemente seductora que la veía Evan y con cada nuevo gesto o cada palabra sentía más y más esa atracción irresistible.

—Salgamos de aquí —dijo el escocés cogiéndola de la mano y sacándola de aquella estancia.

Bajaron hasta el que debía ser el salón principal, al que se accedía cruzando el arco que debió contener una enorme puerta. Las losas de piedra del suelo habían sido colocadas de forma aleatoria. Las ventanas eran amplias y robustas hasta llegar al fondo donde eran tan altas como gigantes vigilando a ambos lados de una enorme chimenea, tan alta como un hombre.

Julia se volvió hacia Evan con expresión suficientemente elocuente.

—¿Cómo han podido dejar que se arruine algo así?

Evan la miró sin responder. Estaba apoyado en la pared, con un pie descansando contra el muro y la cabeza ligeramente inclinada. Julia pensó que estaba irresistiblemente guapo y sus pensamientos viajaron veloces hasta un momento antes. Apartó la vista rápidamente y se movió por la estancia tratando de imaginar cuál había sido su uso. Quizá fue el comedor y alojó allí a decenas de comensales en alguna de las muchas recepciones que organizarían los señores del castillo. O quizá se utilizase para dar audiencia a los súbditos que necesitaran consejo y ayuda. ¿Pensaría en ella? Se preguntó Julia mientras caminaba despacio para sortear los muebles imaginarios y a los inquietos invitados a la recepción.

—¿Por qué las pesadillas? —preguntó Evan de repente sin moverse de donde estaba.

Julia lo miró sorprendida y su rostro empalideció. Evan no se movió y mantuvo sus ojos clavados en ella con aquella expresión que le quemaba la

piel.

—Gritabas pidiendo auxilio —dijo en el mismo tono—. Suplicabas que parara... ¿Quién tenía que parar?

Julia apartó la mirada y siguió deambulando por la estancia sin responder. Evan se acercó a ella y la agarró del brazo con firmeza, pero sin violencia. Lentamente la giró hasta que estuvo frente a él.

—¿Tan grave es que no puedes contármelo? —Al ver que no quería ni mirarlo suspiró y la soltó—. Si no quieres decírmelo no insistiré, pero creí que...

No terminó la frase y movió la cabeza como si no supiese qué debía decir. Julia clavó sus ojos en él. ¿Realmente era como parecía? ¿De verdad su enorme físico era tan solo un don de la naturaleza que no pensaba emplear para ejercer su poder? ¿Esas grandes manos y esos desarrollados músculos serían usados tan solo para dar placer y calor?

Los padres de Evan se amaban profundamente. Leod aún lloraba la muerte de su esposa. Estaba claro que el escocés había vivido en un hogar lleno de amor y comprensión. Le había hablado de su madre y a través de sus ojos había conocido a una mujer fuerte y segura de sí misma. Una mujer que estudió una carrera y optó por llevar el negocio familiar con su esposo por voluntad propia. Una mujer respetada.

—Mi padre pegaba a mi madre. —Se escuchó decir en voz alta.

Evan mudó su expresión y fue como si una nube oscureciese su mirada. Julia sintió las lágrimas secas quemándole los ojos. Aquellas lágrimas no eran como las otras. No era lágrimas que alivian, lágrimas que curan. Eran lacerantes, arañaban su piel allí por donde pasaban. Eran lágrimas de sangre, de las que se lloran en silencio, en soledad. Lágrimas que no mojan, que no arrastran con ellas el dolor. No calman, no sirven de nada. Solo hacen daño, mucho daño.

Evan observaba con atención, diciéndole con la mirada que no iba a marcharse, que escucharía lo que tuviese que decir.

—Cuando yo era niña creía que mi madre se golpeaba constantemente con las cosas. Unas veces era en las piernas, otra en la espalda o en el pecho y casi siempre en la cara. Se reía de sí misma mientras me decía que era tan despistada y torpe que su vida era como una carrera de obstáculos. Pero que no le dolía. —La angustia emanaba de ella de tal modo que resultaba visible para el escocés—. Hasta el día que lo vi, el día en que vi cómo se chocaba con las cosas. Entendí como él la había vapuleado y lanzado contra las cosas.

Cómo la cogía del pelo y la tiraba contra la pared. Las patadas. Los puñetazos...

Evan apretaba los puños con un sentimiento de impotencia brutal. Debía imaginarla aún más vulnerable que en ese momento y eso se le hacía imposible. Julia se apretó los ojos y respiró hondo intentando borrar aquellas imágenes.

—Después de eso mi madre lo denunció y se separaron —siguió—. Él argumentó que tenía problemas con el alcohol y aceptó someterse a tratamiento. Le impusieron una orden de alejamiento y mi madre y yo nos marchamos a vivir con mi abuela.

—Mejor —dijo Evan.

—Sí. —Julia bajó la cabeza mirándose las uñas necesitaba entretenerse con algo para poder contar lo que faltaba—. Mi madre murió de un derrame cerebral un año después. Él la mató, no me importa lo que digan, yo sé que fueron los golpes que le dio durante años los que la mataron.

Evan comprendía que necesitaba un culpable.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Que era imposible afirmar tal cosa —dijo mirándolo—. Pero cuando mi abuela le dijo al médico que la mirara a los ojos y le dijera que aquellas palizas no tuvieron nada que ver, él apartó la mirada y dijo que no podía asegurarlo.

Evan la abrazó y Julia apoyó la cabeza en su hombro mirando hacia los restos de la chimenea frente a la que se calentaría Alexander MacDonal pensando en quién sabe qué. Algunos hombres podían ser muy crueles con quien los amaba. Pero Evan no. Cerró los ojos y lo abrazó también. Nunca se había sentido tan reconfortada como en ese momento.

## Capítulo 12

—El tiempo cambiante va creando un nuevo paisaje en distintos momentos del día y ha ido configurando este maravilloso paisaje.

Julia miraba a su alrededor mientras escuchaba a Evan. Las nubes se movían interceptando el paso del sol a su antojo. No había árboles, solo las montañas y los páramos casi desiertos acariciados por el viento. En un momento casi mágico se sintió abrazada por el paisaje, convirtiéndose aquel en uno de esos instantes que desearías poder guardar para volver a él de vez en cuando.

—Creo que hoy nos mojaremos. —Evan sonrió mientras le tendía la mano.

Julia la agarró con cierta timidez y el corazón latiendo agitado. Sus emociones se dispararon después de la conversación con las chicas la noche anterior, que resonaba ahora en su cabeza en el omnipresente silencio que los envolvía.

—¿Te has acostado con él? —Cristina verbalizó lo que todas estaban pensando después de escuchar su narración.

—No, no me he acostado —respondió Julia metiéndose en la cama—. Pero no ha sido por falta de ganas.

—¿Y qué te lo ha impedido? —preguntó María.

—No sé, algo lo ha frenado. Quizá no le gusto lo suficiente, aunque he tenido la sensación de que más bien le gusto demasiado.

—En serio Julia, necesitamos una fotografía —dijo Cristina.

—Esperad, tengo alguna. Hoy nos hemos hecho fotos. —Buscó en su móvil y les envió una que le había hecho en el campo de Culloden.

Las chicas esperaron a que se cargara la foto y la abrieron en sus móviles.

—¡Es guapísimo! —exclamó María.

—¡Dios, qué ojos! —Laura amplió la zona de la cara—. Es muy guapo, Julia.



—¡Y vaya cuerpo! —Cristina se interesó más por otras partes de su anatomía.

Julia miraba la fotografía también y su pecho se inflamó con un sentimiento mucho más profundo, una emoción que iba más allá del hecho de estar ante un buen físico.

—Está claro que es un bombón —dijo Cristina—, pero tengo la impresión de que te ha afectado mucho más que eso.

Las chicas esperaron la respuesta de su amiga que tardaba en llegar. Las tres se miraron con preocupación. Era evidente que aquel escocés significaba algo para Julia, el simple hecho de que se hubiese planteado acostarse con él ya era más que suficiente para verlo. Julia era la única de las cuatro que no había follado aún con nadie. Era cierto que ninguna de las cuatro había tenido suerte en el amor. Tan solo María afirmaba haberse enamorado de verdad y fue una historia bastante corta. Laura y Cristina habían tenido algunas relaciones en las que iba incluido el sexo, pero enamorarse no se habían enamorado nunca.

Lo de Julia era otra cosa y lo sabían. No dejaba que ningún chico se le acercase lo suficiente. Siempre veía algo en ellos que la hacía ratificarse en sus prejuicios. Cosas insignificantes que a ella le parecían evidencias de una personalidad oscura que trataban de ocultar.

—Creo que me he enamorado —confesó de repente y no estaba claro cuál de las cuatro se vio más sorprendida por aquella afirmación. Encogió las piernas en la postura siddhasana de yoga y respiró hondo—. Me siento segura a su lado y cuando me toca... No sé cómo explicároslo, chicas, es como si me incendiara por dentro. Solo puedo pensar en que me abrace, en que me bese...

—Está claro que te has enamorado —dijo María con conocimiento de causa—. ¿Y él?

—Parece que también siente algo muy fuerte por mí —explicó Julia—, pero me da la impresión de que lo ve como algo mágico, algo trascendental.

—¿Mágico? —la voz de Cristina sonaba como cuando alguien le hablaba del Reiki.

—Sí, es como si creyera que hay algo que nos empuja al uno contra el otro. Como de una energía que fluye cuando estamos juntos.

—Se llaman hormonas —dijo María sonriendo—, dile que son sustancias naturales que produce nuestro cuerpo para que cumplamos con el deber de procrear.

—Muy graciosa —Julia movió la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro para relajar el cuello mientras charlaba—. Lo cierto es que yo también lo he sentido. Es una sensación de irremediable. Como si todo estuviese dirigido a ese momento en el que nuestros cuerpos se tocan. No hagáis chistes, por favor, sé que suena cursi de la leche y sabéis lo mucho que me cuesta hablar de estas cosas.

—Nadie se está riendo aquí —dijo Cristina—. Nos damos cuenta de que es algo importante. No todos los días te escuchamos planteándote la idea de perder tu virginidad.

—No lo llares así. —Julia sintió que llevaba un cinturón de castidad—. Es darle demasiada importancia.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Laura—. Quizá por eso se ha echado atrás.

—No, no se lo he dicho. —Julia puso una expresión de alucine—. ¿Cómo quieres que se lo diga? Oye, una cosita, que ahí donde quieres entrar no ha estado nadie antes que tú, a lo mejor te cuesta un poco.

La carcajada al otro lado fue inevitable y acabaron por contagiarla.

—Al menos no lo has llamado «mi flor» —dijo Cristina, provocando que la risa aumentara un grado.

—Me imagino la cara de susto del muchacho —añadió María—. Eso no hay highlander que lo resista.

Julia se tumbó en la cama apoyando el móvil sobre su pecho y colocando las manos bajo la nuca.

—La verdad es que ahora, aquí en frío, me doy cuenta de que me da un poco de... miedo.

—¿Miedo? —dijo Cristina.

—Sí, no sé, de sentirme torpe cuando llegue el momento. De hacerle daño, de no ser nada sexy y que pierda las... ganas.

—Tranquila —dijo Laura—, la naturaleza es sabia y no hacen falta manuales para eso. Recuerdo mi primera vez y te aseguro que la tuya con Evan no será así. Lucas no sabía ni por dónde tenía que meterla.

—Eso les pasa a muchos al principio —explicó Cristina—. Hay que ponerse en su lugar, no es fácil.

—No, no lo es —confirmó María.

—Chicas, no me estáis ayudando nada —advirtió Julia.

—No seas tonta —dijo Laura—. Evan no es virgen, sabe muy bien lo que tiene que hacer. Tú solo déjate llevar, tu cuerpo te guiará.

Julia sabía que era así porque ya lo había sentido. Cada vez que él la besaba y sus manos la acariciaban, todo su cuerpo respondía como un instrumento más de la orquesta. Pero cuando la soltaba y su cabeza tomaba el control de sus emociones aparecían de nuevo los temores y las inseguridades.

—Yo te recomiendo que empieces cuanto antes —dijo Cristina—. Así podrás disfrutar mucho más de tu viaje.

—¡Un highlander, Julia! —exclamó María admirada—. ¡Eres increíble!

—¿A que ya no te parece tan mala idea este viaje? —preguntó Laura con una sonrisa.

Julia levantó la mirada hacia *Las tres hermanas* y suspiró, mientras Evan tiraba suavemente de ella avanzando por el agreste sendero. Había una atmósfera melancólica mientras caminaban y se veía aumentada por el hecho de que estuviesen solos.

—Pensaba que habría turistas.

—Nos amenaza una tormenta —dijo Evan mirándola con una sonrisa—, ya sabes que a los turistas los espanta la lluvia.

—De hecho ya me han caído algunas gotas —dijo Julia mirando las nubes que ya cubrían el sol por completo.

—En caso de necesidad conozco algunos lugares en los que podremos resguardarnos —dijo Evan—. Espero que no te de miedo.

Julia sonrió con timidez, pero no se atrevió a decir en voz alta que con él se sentía más segura de lo que se había sentido jamás.

La bruma fue envolviéndolos lentamente, mientras la humedad se palpaba en el aire. Siguieron ascendiendo por la montaña y el barro y las piedras húmedas la hicieron resbalar unas cuantas veces.

La lluvia arreció y Julia se encontró empapada en pocos minutos, aun así Evan aceleró el paso y prácticamente echaron a correr riendo a carcajadas. Julia no sabía a donde la llevaba, pero tampoco le importaba, se lo estaba pasando en grande.

—Ahí delante hay una cueva en la que podremos refugiarnos —explicó el escocés mirándola a través del pelo mojado que le caía delante de los ojos. Julia asintió sin decir nada.

Entraron en la pequeña caverna y se sacudieron el agua riendo.

—Si no cogemos una pulmonía —advirtió Julia.

—Tranquila —dijo Evan utilizando la linterna del móvil para adentrarse

en la oscuridad. Al cabo de un momento volvió con unos troncos que colocó en el suelo y sacó un mechero del bolsillo buscando algo a su alrededor.

—¿Tienes algún papel? —preguntó.

Julia lo miró con el ceño fruncido pero cogió su mochila y sacó una libreta.

—¿Vas a encender un fuego?

Evan sonrió.

—¿Para qué crees que guardé esos troncos la última vez que vine? —se puso de rodillas y arrancó varias hojas de papel que depositó en el centro de los troncos—. No es la primera vez que me pongo como una sopa al venir aquí. La cueva es pequeña y pronto se caldeará el ambiente y será más fácil que se nos seque la ropa.

—Ya veo —dijo Julia asintiendo—. Tienes respuesta para todo.

La miró desde la posición en la que estaba y sus ojos azules brillaron por efecto de las llamas que ya habían prendido en los troncos.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo sentándose él primero—. Comeremos algo y beberemos té caliente. ¿Te apetece?

Julia dejó su mochila en el suelo y fue a sentarse junto a él, que ya sacaba los sándwiches de su mochila. Durante unos segundos ninguno dijo nada, tan solo contemplaron las llamas mientras fuera arreciaba la lluvia.

—¿Mejor? —preguntó él mirándola.

Julia asintió y sonrió con agrado. Después miró hacia atrás, al fondo oscuro de la cueva.

—¿Es muy profunda? —preguntó.

—No —sonrió para tranquilizarla—, apenas cinco metros más.

—Podría haber alguien escondido y no lo veríamos —dijo Julia y dio otro mordisco a su bocadillo.

—¿Y para qué se iba a esconder nadie ahí? —preguntó él sorprendido—. Tienes una forma muy extraña de pensar.

—Quizá sí. —Julia sonrió y dedicó su atención a la cortina de lluvia que caía frente a la entrada mientras acababa con su comida—. ¿Vienes mucho por aquí?

Evan hizo un gesto de asentimiento y le ofreció el termo de té. No estaba muy caliente, pero lo bastante para que los reconfortara.

—¿Y cómo encontraste esta cueva? Está muy escondida.

—Me la mostró mi padre cuando era un niño. Y a él el suyo. Nunca he visto a nadie por aquí, está muy lejos del camino y no es visible desde

ninguna parte.

Julia sonrió mirando a su alrededor.

—Tienes una cueva en propiedad —dijo.

Evan se encogió de hombros.

—¿Vienes a escalar?

—También —respondió sacudiéndose las migas que habían caído sobre su ropa—, pero no solo a eso. Me gusta mucho caminar por la montaña. Me hace sentir vivo.

—Es muy diferente vivir en una ciudad —dijo ella—. Te acostumbras a la rutina, al ajetreo, a los coches. No nos damos cuenta de que es como si no viviéramos en el mundo real, como si hubiésemos creado una fortaleza, hermosa, pero artificial.

—Es exactamente lo que hemos hecho —confirmó Evan y doblando las piernas rodeó sus rodillas con los brazos enlazando las manos pensativo—. No creo que pudiera vivir en una gran ciudad. Me sentiría perdido.

—¿Siempre has vivido en Forthland?

El escocés asintió.

—He viajado por el mundo. Hace dos años estuve en Shanghai. China es un país increíble con una Historia apasionante. También he estado en Nueva York, Roma, París, Madrid. Tú país es muy hermoso también. Pero... —negó con la cabeza—, definitivamente no podría vivir en ninguno de esos lugares.

Julia no dijo nada, pero una estúpida tristeza infantil la embargó. Sabía que aquello no tenía nada que ver con ella, pero no podemos controlar lo que sentimos por muy absurdo que nos parezca.

—¿Tú nunca te has planteado cambiar de vida? —preguntó Evan.

Julia lo miró desconcertada por aquella pregunta.

—¿A qué te refieres? ¿A vivir en un pueblo?

Evan negó con la cabeza.

—A cambiar de país.

La española lo miró esforzándose por contener sus emociones dentro de un límite de seguridad, que incluía no lanzarse en sus brazos y pedirle que la hiciese suya allí mismo, en el suelo de aquella cueva.

—Nunca he pensado en ello —dijo aparentemente tranquila.

Evan contempló la lluvia unos segundos.

—¿Podrías soportar vivir en Forthland? —preguntó con evidente timidez.

Julia lo miró anonadada.

—¿Qué? —frunció el ceño y apartó el termo de té para cambiar de

posición.

—Podrías quedarte un tiempo —dijo él con la misma expresión acobardada—. Ver si te aclimatas, si te gusta... Si te gusto.

Julia no daba crédito. Parecía más vulnerable que ella y mucho más sensible sin lugar a dudas. Ahora mismo ella se sentía con la sensibilidad de una alpargata.

—¿Me estás pidiendo que me quede? Pero si apenas nos conocemos. Nos hemos besado un par de veces...

Evan la miró los ojos y había algo en ellos tan profundo que hizo que enmudeciera.

—No han sido simples besos, Julia. He besado a muchas mujeres en mi vida y te aseguro que lo que he sentido contigo no lo había sentido nunca antes. —Se puso de pie y se acercó a la entrada de la cueva dándole la espalda.

Julia seguía con la vista clavada en el lugar que había ocupado como si aún continuase allí. Evan se volvió hacia ella.

—No he llegado más lejos porque tengo miedo —dijo con la voz contenida, como si temiese dejarse llevar—. Me da miedo que lo que siento se haga más grande y luego te vayas.

Julia se levantó muy despacio, tenía la cabeza dando vueltas con un montón de sentimientos danzando en ella. Se sentía flotando y clavada al suelo. ¿Le estaba diciendo que la amaba? ¿Era eso? Porque ella no tenía experiencia en esos temas y si era eso lo que le estaba diciendo le hubiese agradecido un poco más de concreción. Que fuese más directo, vaya.

En dos zancadas la tenía entre sus brazos y, con un placer insoportable, la besó al tiempo que sus manos se afanaban en apresarla contra su cuerpo. Julia se abrazó a él centrando toda su atención en aquel beso intenso y devastador. Cuando Evan separó sus labios, ella no pudo evitar un gemido que era más un lamento. Él la miraba con voracidad cuando tomó sus cabellos entre los dedos, que envolvió con sus mechones. Después llevó la mano hasta su cuello y bajó lentamente hasta el valle que había entre sus pechos.

Julia se mordió el labio conteniendo la respiración y se ofreció con la boca entreabierta. Él se inclinó ligeramente, acercándose tanto que su aliento le hizo cosquillas debajo de la nariz y, sin poder contenerse más, la joven metió las manos debajo de su camiseta buscando el contacto de su terso y duro abdomen.

Evan apretó los labios contra la comisura de su boca y Julia lo buscó

despacio. Sintió su lengua explorando el interior de su boca y el mundo desapareció para él. Todo se volvió fuego y deseo. La estrechó con fuerza contra su cuerpo haciendo que sintiera la dureza de su miembro.

Julia se apartó lo suficiente para poder quitarse el jersey, que aún seguía mojado, y lanzarlo al suelo, junto al fuego. Evan miró sus turgentes pechos escondidos dentro del sujetador de color verde hoja y que hacían juego con las diminutas braguitas que acababa de mostrarle al quitarse el pantalón.

Él seguía totalmente vestido mientras la miraba dispuesta y temblorosa, pero no tardó más de dos segundos en quedarse completamente desnudo. Julia no podía apartar la mirada de aquello que apuntaba hacia ella como una promesa y que hizo que se estremeciera con involuntario temor.

—Aún llevas ropa puesta —dijo el escocés con voz ronca.

Julia asintió despacio, se bajó las tiras del sujetador y lo desabrochó dejándolo caer al suelo. Después se quitó las braguitas y las depositó con cuidado sobre el resto de su ropa.

Evan se acercó a ella, cogió una de sus manos y la colocó alrededor de su miembro. Gimió con una contención casi dolorosa y volvió a besarla, ahora con intensidad desmedida.

El deseo atravesó el cuerpo masculino con excesiva violencia y lo dejó perplejo. Se apartó para mirarla. La pasión que sentía parecía fruto del reconocimiento más que de una necesidad física. Era una sensación devastadora, como si no fuese la primera vez que besaba aquella boca y los recuerdos de un poderoso sentimiento se hubiesen despertado de repente.

Y como si quisiera demostrarse a sí mismo que todo eso era una estupidez, que lo que sentía no era posible, volvió a besarla. Emitió un sonido contra sus labios, un ronco gemido casi doloroso y la rodeó con sus brazos pegándola a su cuerpo. El beso se hizo más y más profundo, sentía en el pecho una fiera emoción que amenazaba con partirlo por la mitad.

Julia no quería pensar, tan solo dejarse llevar por lo que su cuerpo le pedía. Y lo que le pedía era que se entregase por completo, quería sentirlo dentro de ella. Contuvo la respiración al notar su mano entre los muslos buscando el lugar secreto al que nadie más que ella había tenido acceso. Cuando lo sintió adentrarse, suave pero decidido, resbalando a causa de la humedad que él mismo había provocado, creyó que se desmayaría. Seguía acariciándola con su boca, provocándola con su lengua, disfrutando del dulce sabor de sus labios, mientras su mano se hundía en las profundidades de su sexo.

De pronto Evan se detuvo y separó su boca para mirarla a los ojos con aquellas dos piedras azules.

—¿Eres virgen? —preguntó como si hubiese descubierto que tenía la lepra y no supiese que no es contagiosa.

De repente Julia fue plenamente consciente de que estaban en una cueva en medio de las Highlands, completamente desnudos y se sintió una completa imbécil.



## Capítulo 13

Se vistieron sin mirarse, como si los dos tuvieran algún motivo oculto para avergonzarse y ninguno fuese capaz de verbalizarlo. Julia se había apartado de él molesta por su reacción y enfadada consigo misma por no haberlo mencionado en alguna de sus muchas conversaciones, algo que lo habría hecho todo mucho más sencillo. ¿Cuándo dejaría de mirarla con aquella expresión alucinada?

—Tranquilo, no me pasa nada raro en la cabeza —dijo en tono hiriente cuando terminó de abrocharse las zapatillas—. Y tampoco me han tenido encerrada en un sanatorio mental. Simplemente no he encontrado a nadie con quien... No es que estuviera esperando al príncipe azul ni nada de eso...

—Julia, por favor —la hizo callar.

Se miraron como si se acabasen de descubrir. Los ojos de Evan la acariciaban como antes lo habían hecho sus labios y Julia sintió unos irrefrenables deseos de llorar. Era una estúpida por ello y habría salido de aquella maldita cueva si no hubiese estado diluviando fuera.

Se acercó al fuego de nuevo y se arrodilló frente a él para calentarse. De repente sentía el frío de su ropa como algo desagradable.

Evan no se movió, estaba perplejo y con un revoltijo de emociones danzando sin control por su cuerpo. Por un lado la deseaba como no había deseado nunca a nadie y por otro se sentía aterrado. No es que no hubiese tenido experiencias semejantes, de hecho había sido el primero para varias chicas, pero aquello era distinto. Julia no era cualquier chica. Tenía veinticinco años y era tremendamente atractiva. Su rostro era de una delicada belleza y su cuerpo... ¡Dios! ¡Su cuerpo era arrolladoramente deseable!

Se llevó las manos a la cabeza y se apartó el pelo como si así pudiese hacer aflorar los pensamientos que le llevarían a la solución. Porque estaba claro que allí había un problema.

—¿Por qué? —preguntó desde donde estaba.

Julia lo miró y frunció el ceño sin comprender la pregunta.

—¿Por qué soy virgen o por qué no te lo he dicho?

—Las dos cosas.

Ella se encogió de hombros.

—A la primera ya te he contestado: no he encontrado a ninguna persona con la que me apeteciera —repitió con sinceridad—. No te negaré que había llegado a pensar que era frígida, que no me va el sexo, vaya.

Evan torció la boca en una mueca que quería ser una sonrisa, él daba buena fe de que eso no era cierto, la había sentido estremecerse entre sus brazos.

—En cuanto a la segunda, está claro que soy imbécil. Ser virgen se limita únicamente al hecho de tener una pequeña barrera física que estoy segura de que habrías podido superar sin problemas con eso que tienes ahí —señaló el bulto de sus pantalones.

Después de decirlo apartó la mirada tratando de ocultar que se había puesto roja. No soportaba comportarse como una tímida florecilla. ¡Qué asco!

Evan se acercó a ella y se arrodilló también frente al fuego, sentándose sobre sus pies. Julia lo miró y luego volvió a mirar las llamas que crepitan sobre los troncos.

—¿Tan terrible es? —preguntó apesadumbrada.

El escocés cogió una de sus manos y entrelazó sus dedos.

—No es terrible, es una responsabilidad —dijo.

—¿Nos hemos teletransportado a la Edad Media? —preguntó ella asombrada mirando a su alrededor—. Que yo sepa no se trata de ti, en este caso.

—No es eso —explicó él—. Me muero de ganas de hacerte el amor, pero ¿aquí? ¿Tu primera vez iba a ser de pie en una cueva, apoyada contra la pared? Si al menos hubiésemos traído una manta.

—Hubiera sido buena idea, sí —dijo ella sonriendo pero sin atreverse a mirarlo.

—Ahora quiero dejar un recuerdo imborrable en tu memoria —sentenció Evan—. Quiero que esa estúpida barrera física signifique algo para los dos y eso no me había pasado nunca antes, ¿lo entiendes? Es como si...

—Quieres darle un simbolismo —dijo Julia mirándolo ya sin disimulos—, pero yo no quiero que lo hagas. Por favor. —Se giró para estar frente a él y, antes de hablar, buscó las palabras exactas que quería decir—. Nunca he confiado en ningún hombre lo suficiente como para dejar que pasara esa

barrera, y no me refiero a la de ahí abajo, me refiero a la que tengo dentro de esta cabeza tan dura. Entregarme suponía para mí derribar todos los muros, permitir que traspasaran el foso con los cocodrilos, que conquistaran el puente y atravesaran todas las puertas hasta llegar a mi cama.

—¡Dios! Me agoto solo de oírte.

—Idiota —sonrió ella.

Bajó la cabeza y Evan observó cada detalle de su rostro mientras acariciaba su mano con los dedos. Sus largas pestañas se movían como alas de mariposa, sus ojos miraban a uno y otro lado evitando cruzarse con los suyos. Tenía la nariz más bonita que había visto nunca, con una pequeña y redondeada punta que se movía cuando hablaba. Y sus labios, esos labios que lo habían removido por dentro como si una mano invisible se hubiese colado en su pecho y le hubiese apretado el corazón sin piedad.

—Está dejando de llover —dijo Julia levantándose y yendo hasta la entrada de la cueva.

Evan sintió el tirón de su mano dentro de la caja torácica y dejó escapar un suspiro silencioso junto a su corazón.

Julia contemplaba el paisaje desde la ventanilla del copiloto como si en realidad viese a través de los ojos de otra persona. Los dos se habían sentido extraños e incómodos después de lo que había pasado, y sus palabras falsamente distendidas y las sonrisas forzadas no hicieron más que aumentar la incomodidad. Llegaron a Forthland con los nervios tensos como las cuerdas de una guitarra y se despidieron con excusas absurdas que ninguno escuchó.

Enseguida que entraron en el hotel se dieron cuenta de que pasaba algo raro. Leod no estaba en la recepción y la puerta del cuartito estaba cerrada, cuando él no la cerraba nunca para estar pendiente de los huéspedes. Julia miró a Evan y su expresión le demostró que él pensaba lo mismo.

Corrieron y al abrir la puerta de su refugio lo encontraron tirado en el suelo con una brecha en la cabeza y un charco de sangre.

—¡Papá! —gritó Evan arrodillándose junto a él y buscándole el pulso—. ¡Llama a una ambulancia!

Julia ya había sacado el móvil del bolsillo y marcado el número de emergencias. Cuando vio que Evan iniciaba el masaje cardíaco se le cortó la respiración.

—Necesitamos una ambulancia —dijo apremiando a la persona que descolgó al otro lado.

Evan estaba sentado en uno de los bancos de la sala de espera, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada clavada en el suelo. Llevaba así desde que llegaron. Julia, sentada a su lado, quería decirle algo que lo tranquilizase, pero no se le ocurría nada que decir.

Colocó una mano en su espalda con suavidad esperando su reacción para quitarla si le molestaba. Evan no se movió y ella lo acarició con cariño. Se inclinó hacia a él y apoyó la barbilla en su hombro.

—¿Quieres que te traiga un café? —preguntó en voz muy baja.

Evan negó con la cabeza y la miró por primera vez desde que estaban allí. Sus ojos estaban vidriosos y apagados. Cogió su mano y volvió a mirar al suelo.

A Julia se le partía el corazón de verlo así, podía hacerse una clara idea de lo que estaba pasando por su cabeza. Ella misma tenía una congoja indescriptible y apenas conocía a Leod.

Cuando vieron aparecer al médico se levantaron presurosos sin esperar a que llegara hasta ellos.

—¿Es usted el hijo de Leod MacDonald? —preguntó dirigiéndose a Evan, que asintió con la cabeza—. Su padre está estabilizado, ha perdido mucha sangre, pero gracias a su intervención creemos que saldrá de esta. Tenía una herida de arma blanca en un costado y un golpe en la cabeza, además de algunas otras contusiones. La policía hablará con usted enseguida. Si quieren pueden irse a descansar, lo tendremos toda la noche en observación y no podrán verlo hasta mañana.

Evan asintió y el médico se alejó quitándose el gorro de quirófano.

—¿Crees que querían robar? —preguntó Julia cuando se quedaron solos.

Evan asintió con la cabeza. Julia lo miró desconcertada mientras repasaba mentalmente el cuartito. Las bolsitas de té estaban esparcidas por el mueble y la cajita que las contenía estaba vacía.

—¿Tu padre guardaba el dinero debajo de las bolsas de té?

Evan asintió.

—Era una costumbre de mi madre —confirmó—. El que lo ha hecho lo sabía o tuvo mucha suerte al mirar.

—Dijiste que nadie entraba en ese cuartito —dijo Julia frunciendo el ceño.

Dos agentes entraron en la sala y se acercaron a ellos.

—Señor MacDonald —dijo uno de ellos estrechándole la mano—, ¿podría venir con nosotros para hacer una declaración? Las primeras horas son decisivas y deberíamos poder trabajar cuanto antes. No será más de una hora, se lo prometo.

Evan se volvió hacia Julia.

—Te dejo mi coche para que vuelvas a Forthland. —Le tendió las llaves.

Julia negó con la cabeza.

—No, tranquilo, me quedaré por aquí hasta que regreses —dijo decidida.

—El médico ha dicho...

—Sé lo que ha dicho, pero tampoco podría dormir aunque quisiera. Ve tranquilo y vuelve cuando acabes.

Evan asintió y se inclinó para darle un suave beso en los labios antes de marcharse con los dos agentes.

Julia lo observó mientras se alejaba con una tierna y dulce sensación en el pecho. Miró a su alrededor pensando en qué podía hacer y al ver a una enfermera se acercó rápidamente a ella.

—Perdone, ¿podría indicarme el lugar en el que pudo donar sangre?

La mujer mostró una enorme sonrisa y le pidió que la siguiera.

Estaba sentada con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados. Sintió en los labios el dulce sabor que ya conocía tan bien y abrió los ojos para encontrarse con aquellos dos cristales azules.

—Buenos días, dormilona —dijo muy cerca de su boca.

Julia sonrió con una cálida sensación recorriendo su cuerpo.

—Buenos días —dijo desperezándose y mirando a su alrededor—. Espero no haber roncado.

Evan miró los asientos vacíos en aquella sala y luego a ella.

—Me temo que has espantado a todo el mundo. Según me ha dicho la enfermera la sala estaba llena y todo el mundo salió despavorido por los ruidos que salían de tu garganta.

—Mentiroso —dijo ella burlándose—, aquí no había nadie.

Evan se sentó junto a ella y estiró las piernas con un suspiro de cansancio. Julia miró el reloj sorprendida.

—¿Cuatro horas? —preguntó Julia.

—Me han tenido esperando bastante rato y total para nada, no he podido

ayudar mucho —dijo el escocés con los ojos cerrados—. Si sospechara de alguien jamás lo diría en voz alta sin tener pruebas.

—¿Sospechas de alguien? —En la voz de Julia se notaba su preocupación.

—Es inevitable que se te pasen nombres por la cabeza, pero no puedo acusar a nadie.

Julia asintió, no sería justo despertar las dudas sobre alguien. Se metió la mano al bolsillo y tocó el pequeño objeto con expresión distraída.

—Además de llevarse el dinero del hotel, también cogieron las llaves de la taberna y vaciaron la caja —explicó Evan sin abrir los ojos.

—¡Oh! —exclamó Julia, mirándolo apenada—. Lo siento mucho. Si no hubieses venido conmigo esto no habría ocurrido.

—Si no hubiese ido contigo no habríamos encontrado a mi padre a tiempo —dijo con firmeza—. Era mi día de escalada y te aseguro que habría vuelto mucho más tarde. Y si no me hubieses dicho lo que me dijiste tampoco habríamos vuelto tan pronto. Así que técnicamente podemos decir que con este viaje que te impuso tu madre has salvado a Leod.

Julia lo miró sorprendida.

—¿Lo estás diciendo en serio? —Trataba de averiguar si se estaba burlando de ella—. No puede ser que creas en esas cosas.

—No he dicho que crea en nada, estoy constatando un hecho.

—Ha sido algo totalmente fortuito —insistió ella.

—Vale.

—No digas vale.

—¿Y qué tengo que decir? —Evan sonreía divertido—. No puedo creer, no puedo hablar... Eres un poco mandona, ¿no?

—Te burlas de mí —dijo Julia arrugando la boca.

Evan se movió rápido y la besó. A pesar del lugar en el que estaban y de lo emocionalmente alterados, aquel beso les dio la paz que necesitaban. Cuando se separó de ella siguió con la mano perdida en sus cabellos mirándola a los ojos con ternura.

—Ahora coge las llaves de mi coche y vete a Forthland —ordenó él.

—No quiero dejarte solo.

—Es una estupidez que nos pasemos los dos la noche aquí. Es mi padre, debo hacerlo yo. Tú vuelve al hotel y descansa.

—¿Quién es Samantha? —preguntó refiriéndose a la mujer que acudió antes de que se marcharan con la ambulancia.

—Es una amiga de toda la vida —explicó Evan—. Cuando era joven trabajó con mis padres y siempre que necesitaban ayuda, ella acudía. La conozco de siempre.

—Por eso la llamas tía Sam —dijo Julia que había pensado que realmente era su tía.

—Sí, ella y su marido son como de la familia. Ella se ocupará del hotel hasta que volvamos y su marido, Walter, de la taberna —siguió explicando.

—Yo ayudaré a Walter —dijo decidida.

—Tú te estarás quietecita y seguirás con tu viaje —dijo él poniéndose de pie y haciendo que ella también se levantara cogiéndola de las manos.

—No tengo más indicaciones de mi madre, ¿recuerdas? Ahora tendría que ir por libre y me apetece ayudarte en la taberna. No puedes impedírmelo, Evan MacDonald.

El escocés sonrió agradecido y la abrazó sin pensarlo. Fue un abrazo cálido y dulce, sin ninguna connotación sexual, tan solo puro sentimiento.

Julia le hizo un gesto desde la salida y Evan le respondió antes de que se diera la vuelta y las puertas se cerraran tras ella. Subió al coche y se quedó unos minutos sentada frente al volante con una marabunta de pensamientos bullendo en su cabeza.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño objeto que había recogido del suelo después de hacer la llamada a emergencias. Mientras miraba la pequeña arpa se preguntaba por qué lo cogió y, sobre todo, ¿por qué no dijo nada?

Lo guardó de nuevo en el bolsillo y puso el coche en marcha. No se puede acusar a nadie sin pruebas, oyó la voz de Evan en su cabeza. Pero ¿acaso no era esa una prueba?

## Capítulo 14

Observé a la gente que empezaba a ocupar la calle: señoras con los cestos de la compra que se detenían a saludar a sus vecinas, mujeres caminando con decidida somnolencia para ir a sus lugares de trabajo, hombres dispuestos a abordar su jornada laboral. Julia se quedó sentada en el coche observando a los habitantes de Forthland que despertaba a un nuevo día ajeno a la pesadilla había golpeado a los MacDonald la noche pasada. O al menos eso creyó hasta que bajó del coche y varias personas se acercaron a ella.

—¿Cómo está Leod? ¿Ha ido todo bien? —preguntó una mujer de cierta edad convirtiéndose en la portavoz del grupo.

—Se pondrá bien —dijo con timidez.

—Evan se ha quedado con él, ¿verdad? Ese muchacho vale mucho, seguro que no se separa de su padre hasta que esté completamente fuera de peligro —dijo otra de aquellas mujeres.

—Pues anoche me pareció verlo —dijo la que había preguntado primero—, pero debí confundirme porque era muy tarde y yo estaba medio dormida.

—¿Se sabe ya quién fue? —preguntó un caballero.

—No —dijo Julia—, la policía está investigando.

—¡Qué miedo tengo! —exclamó otra señora—. Nunca había pasado algo así en Forthland.

—Nunca, Mary, nunca —confirmó la que había hablado en primer lugar—. Este era un pueblo tranquilo.

—Seguro que los cogerán pronto —dijo Julia sin convencimiento.

—Dios te oiga, muchacha —dijo la que haba alabado a Evan con tanto entusiasmo.

Los vecinos se alejaron de Julia y la dejaron sola mientras seguían cuchicheando en corrillos.

Entró en el hotel y la tía Sam, como la había llamado Evan, salió de detrás del mostrador a recibirla.

—Hola, Julia. —Le estrechó la mano—. Evan me ha dicho que venías. Te



agradezco mucho lo que has hecho por ellos.

—No he hecho nada —dijo con cansancio.

—¡Claro que sí! —rebatió—. Has estado a su lado en estos momentos tan críticos.

Julia suspiró, de repente se sintió agotada.

—¿Por qué no vas a la taberna y que Walter te prepare algo para comer? ¿Desde cuándo no comes?

Se acordó entonces que lo último que habían comido fueron un par de sándwiches en la cueva. Las imágenes de aquellos momentos volvieron a ella con fuerza golpeándola en el centro del pecho.

—¿Sabes dónde vive Emma? —preguntó a la mujer—. Emma, la chica que trabajaba aquí.

La tía Sam frunció el ceño.

—En el número tres de Lomond Brae, dos calles más arriba —señaló la dirección.

—Tengo que ir a verla —dijo Julia cogiéndole las manos y mirándola a los ojos—. Volveré en cuanto pueda y les ayudaré con la taberna.

Se dirigió a la puerta con paso ligero y ante la atenta mirada de la mujer. Avanzó por la calle lo más deprisa que pudo y estuvo frente a la casa de Emma en menos de cinco minutos. Tocó al timbre, pero nadie respondió. Volvió a tocar dos veces más y luego golpeó la puerta con los nudillos, pero siguieron sin responder. Miró hacia el lateral de la casa y se coló por el pasaje que la separaba de la siguiente. Una de las ventanas estaba abierta y sin dudar se coló en su interior, comprobando antes que no había nadie observando.

La casa estaba en penumbra y el ambiente era denso, como si hiciera días que nadie ventilaba.

—¡Emma! —la llamó. No quería asustarla y que la golpease con un bate de béisbol.

Le pareció escuchar algo arriba y subió las escaleras con cuidado. El corazón le latía desbocado, pero ni por un instante dudó en lo que hacía.

La parte de arriba constaba de varias puertas y volvió a llamarla tratando de averiguar cuál debía abrir. Un sonido parecido al maullido de un gato la dirigió hacia la habitación del fondo. Abrió con sigilo, con el brazo estirado y el corazón a punto de salirse por la boca.

—¡Emma! —gritó al verla arrastrándose por el suelo tratando de llegar a la puerta.

—Ju...lia —dijo sin apenas voz dándose por vencida.

La española encendió la luz para verla bien y el espectáculo que contempló le heló la sangre en las venas.

—Dios mío —susurró.

El pelo de Emma estaba pegado por una sustancia oscura que dedujo era la sangre que había salido de su cabeza a través de la herida que se veía en su cuero cabelludo. Tenía la cara deformada por los golpes y una de sus piernas estaba en una posición imposible.

Se agachó a su lado al tiempo que sacaba el móvil del bolsillo para llamar de nuevo a emergencias.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó angustiada.

Cogió la almohada de la cama y la colocó bajo su cabeza tratando de que estuviera lo más cómoda posible.

—¿Ellos te lo han hecho? ¿Los que atacaron a Leod?

Emma la miraba con los ojos vidriosos.

—Yo los llevé —susurró—, no quería que le hiciesen daño...

Julia abrió los ojos horrorizada.

—Evan —susurró—, se lo he dicho a Evan... Se ha puesto furioso...

—¿Evan? —Julia la miró con los ojos muy abiertos—. ¿Evan te ha hecho esto?

Emma cerró los ojos, agotada.

—Dile que vuelva, por favor... me odia...

La joven inglesa se desmayó y Julia contempló su cuerpo roto y magullado con un sentimiento de profunda devastación. ¿Evan le había hecho aquello? Recordó que había dicho que sospechaba de alguien. ¿Vio el pin antes de que ella lo cogiera del suelo?

Negó repetidamente con la cabeza como si tratara de convencerse a sí misma. Él no pudo estar allí esa noche, estuvo con ella todo el tiempo. *Menos cuando se marchó con la policía*, escuchó una voz en su cabeza.

El agente dijo que solo tardarían una hora, pero fueron cuatro. ¿Realmente estuvo en la comisaría o cogió el coche y fue hasta allí, hasta esa habitación?

«—Pues anoche me pareció verlo, pero debí confundirme porque era muy tarde y yo estaba medio dormida.»

Las palabras de la vecina la removieron por dentro. Un sentimiento viscoso y acerado se fue haciendo sitio en su pecho, inundándolo todo, convirtiendo su masa cerebral en una ciénaga. Imaginó a Evan golpeando a

Emma. Para dejarla en ese estado debió emplearse a fondo.

Las vivencias de su infancia regresaron, emergieron de aquel lugar recóndito en el que las había mantenido ocultas durante años. Veía a su padre golpeando a su madre y a Evan golpeando a Emma como si fuesen las mismas personas.

Se puso de pie y se agarró a la pared. Todo le daba vueltas, no podía respirar. Le ardía el pecho y boqueaba como un pez fuera del agua. Un tremendo ruido dentro de su cabeza insonorizó la realidad y no escuchó que llegaba la ambulancia ni las palabras del médico cuando entró en la habitación. Debía esforzarse en respirar y no había manera de que el aire entrase en sus pulmones. Todo se volvió negro y por fin el ruido cesó.

—¿Has podido descansar? —preguntó la tía Sam cuando bajó a la recepción.

—Siento haber sido tan débil —se disculpó.

—¿Débil? —se sorprendió la mujer—. ¡Debió ser horroroso encontrar a esa pobre niña en el estado en el que la encontraste! Fue muy peligroso, podrían haber estado allí esas alimañas y haberte matado.

—¿Se sabe algo?

La mujer negó con la cabeza.

—Pero, tranquila, Evan está al tanto y me ha dicho que él se encargará de averiguar.

Al escuchar el nombre del escocés Julia se estremeció y la angustia le revolvió el estómago.

—Tienes que comer algo —dijo la tía Sam—. Ve a la taberna, Walter está con las cenas.

—Le ayudaré —dijo Julia yendo hacia la puerta.

—Ni se te ocurra —la conminó la mujer—. Está mi hijo William con él, no necesitan ayuda, te lo aseguro.

Al salir a la calle respiró hondo, necesitaba el aire. Miró hacia la taberna, pero sentía el estómago cerrado, no podría comer nada y sabía que insistirían en que lo hiciese. Decidió dar un paseo, seguro que eso la relajaría.

Tan solo hacía cuatro días que lo conocía. Todo eso que había creído sentir no eran más que estupideces y fantasías. No estaba preparada para alguien así, alguien con tanta personalidad y con un físico como el de Evan. Era normal que la tuviese comiendo en su mano con solo proponérselo.

Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y apretó los dientes con rabia.

—¿Era esto lo que pretendías, mamá? —dijo en voz baja—. Debo decir que has tenido muy mal ojo para elegir el sitio. Podrías haber pensado en otra cosa.

Se detuvo frente a la iglesia y después de pensarlo un rato decidió entrar y sentarse en uno de sus bancos.

No había nadie. Se respiraba una enorme paz y, después de unos minutos allí, la respiración de Julia se volvió tranquila y pausada.

Era un lugar realmente hermoso. No hacía falta ser creyente para admirar la belleza de un edificio como aquel. Además no estaba llena de figuras de santos y eso le pareció un detalle. Cuando era niña le daban miedo.

Miró a su alrededor asegurándose de que estaba sola y volvió a sentarse de frente hacia el altar.

—Mañana seguiré con mi viaje —dijo en voz alta—. No tiene sentido que cambie mis planes por personas a las que apenas conozco. Siento lo que le ha pasado a Leod, pero no es nada mío. Tan solo es el dueño del hotel en el que me alojo. Quizá debería cambiar de hotel. Incluso de ciudad. Un lugar más cerca de Edimburgo. Dejar atrás las Tierras altas con sus misterios y leyendas. ¿Qué opinas, Dios? ¿Puedo llamarte Dios?

Sintió aquella desagradable humedad en los ojos de nuevo y maldijo entre dientes.

—Perdón —dijo de nuevo en voz alta—. No soy creyente, pero tampoco quiero faltar al respeto a nadie. Sería muy chungo descubrir después que estabas escuchando todo el tiempo.

Miró a su alrededor y colocó el brazo estirado sobre el respaldo.

—La gente ha hecho cosas increíbles en tu nombre —siguió hablando. Llevaba tantos días sin utilizar su idioma que se dio cuenta de que lo echaba de menos—. Como esta iglesia, por ejemplo. Debo decir que es una auténtica maravilla con todas esas columnas y esas ventanas de colores. Una maravilla, sí señor.

Carraspeó nerviosa y se tragó las lágrimas que pugnaban por salir.

—Si yo creyera en ti te preguntaría unas cuantas cosas. No pienso que sea mejor que nadie, ni que tenga más derechos que los demás, pero reconócame que no fuiste muy generoso conmigo. No sé, podrías haberme dejado a mi madre, por ejemplo. Ya, ya sé que no soy la única huérfana del mundo, pero tuve un padre de mierda, me reconocerás eso al menos. —Miró hacia arriba como si esperara ver aparecer un ángel con una espada llameante que le

cortaría el cuello—. Y él está tan sano. O al menos eso creo, porque no he querido saber de él en todos estos años. Sé que me escribió varias cartas, mi abuela no es una persona rencorosa y me las dio, aunque sé que solo el hecho de tocarlas le revolvía las tripas. Nunca las leí y, por supuesto, no las guardé. Las hice pedacitos y los tiré al inodoro. Me quedé mirando como daban vueltas y desaparecían.

Se puso de pie y se acercó al altar. Era de madera y tenía una cruz de metal encima. Julia se colocó delante de ella y la miró con interés. Le parecía desconcertante que hubiese personas que creyeran que podían hablarle a aquel objeto, que era como un transmisor hacia Aquel que todo lo ve y que todo lo puede. Ella quería creer, quería tener ese consuelo que tenía su abuela. Que también tuvo su madre.

—Decía que tú la ayudaste a soportarlo —dijo mirando la cruz—. Yo creo que no la ayudaste en nada. ¿Qué clase de Dios permitiría que alguien le hiciese tanto daño a quien le quiere?

Negó con la cabeza y sonrió con desprecio.

—No, no puedo creer en ti —dijo rotunda—. Si lo hiciese tendría que odiarte y no quiero odiarte. Prefiero que no existas.

Se dio la vuelta y recorrió el pasillo hasta la salida, empujó la puerta y salió de allí con el ánimo mucho más ligero.

Al día siguiente, cuando bajó a desayunar, la tía Sam la recibió con una sonrisa.

—¡Adivina! —exclamó—. ¡Evan ha venido! Se está dando una ducha, pero ha preguntado por ti.

—¿Cómo está Leod?

—Mucho mejor —respondió—. Dice que ya ha comido; dieta blanda, pero algo es algo. Ha sido él el que le ha obligado a marcharse del hospital.

Julia asintió metiéndose las manos a los bolsillos.

—Me alegro —dijo—. Voy a desayunar.

—¿Quieres que le diga algo? —preguntó la mujer al ver que se marchaba.

Julia negó con la cabeza y salió del hotel. En lugar de ir a la taberna, como tenía pensado, se fue directamente a su coche. Tiró la mochila en el asiento del copiloto y se agarró al volante sin saber a dónde ir. Tenía pensado visitar a Leod en el hospital y después seguir haciendo turismo. Quizá Edimburgo, aunque eran más de tres horas de coche.

Puso el vehículo en marcha y suspiró dejando salir el aire con fuerza. Al menos ahora podía ir al hospital sin temor a encontrarse con Evan.

—¿Un oso de peluche? —El escocés la miraba divertido—. ¿No te parece que estoy un poco mayor para esto?

Julia sonrió.

—He preguntado si tenían drambuie y me han mirado mal. Eso lo único que tenían en la tienda, además de coches de goma y chucherías —respondió dejando el peluche sobre los pies de la cama—. Me da a mí que no eres mucho de chucherías.

Se acercó y le dio dos besos a los que el hombre respondió con afecto.

—Me alegro de verte —dijo el escocés—. Te debiste llevar un buen susto.

—No te haces una idea —dijo Julia asintiendo.

—En todos los años que llevo en este mundo nunca me había pasado nada parecido. En realidad soy afortunado.

—¿Afortunado? ¡Nadie debería pasar por algo así jamás!

—¿Has visto a Evan? He tenido que obligarle a que se marchara.

—No, no le he visto. —Apartó la mirada—. ¿Y qué tal te dan de comer?

Leod frunció el ceño observándola con atención.

—Por lo que he hablado con él me daba la impresión de que vosotros... ¿Ha ocurrido algo, Julia?

La joven lo miró y sus ojos fueron mucho más elocuentes de lo que hubiese deseado. El escocés dio unas palmadas en la cama para que se sentara.

—Cuéntame qué te pasa —dijo cuando ella se sentó.

—No puedo —respondió con sinceridad—. No me obligues a mentirte.

—No haré tal cosa —dijo él—. Aunque debes saber que puedes hablar conmigo sin temor. El hecho de que sea mi hijo no supone ninguna traba.

Julia suspiró y bajó la cabeza mostrando su determinación.

—Está bien, no me lo cuentes si no quieres, pero cambia esa cara. Si uno hace lo que quiere, no tiene motivos para quejarse.

Julia sonrió con ternura.

—Eres todo un sabio, ¿lo sabías?

—Algo había oído —dijo sonriendo—. ¿Y adonde piensas ir hoy?

—A Edimburgo.

—¿Estás loca? —dijo frunciendo el ceño—. ¿Vas a estar siete horas en el coche para ver una ciudad como esa? ¡Hay pueblos mucho más bonitos y mucho más cerca!

Julia sonrió más abiertamente.

—Vale, recomiéndame un lugar y allí iré.

—Glencoe —dijo sin dudarlo.

Julia empalideció.

—Ya estu... vimos —dijo.

—Pero aquello es muy grande, seguro que no lo viste todo. ¿No te pareció que merecía la pena? —preguntó al tiempo que asentía—. Además sé que os llovió, no pudiste disfrutarlo. Hoy va a hacer un día fantástico.

Julia lo miró con curiosidad.

—¿Por qué quieres que vuelva?

—Era el lugar favorito de Margaret —respondió—. Siempre que podíamos nos escapábamos a ese impresionante valle.

La española no disimuló la ternura que le inspiraba y después de unos segundos asintió.

—A Glencoe entonces —confirmó—. Además no vi el pueblo y ahora me llama la atención.

—Si quieres puedes pasarte antes por Glenfinnan y ver el tren jacobita.

—¿El de Harry Potter? —dijo Julia que había oído hablar mucho de él.

Leod asintió.

—Pero lo mejor de Glenfinnan es el monumento a los que lucharon y murieron por la causa jacobita, una torre de dieciocho metros levantada en 1815. ¿Tienes un mapa?

Julia asintió y sacó el que siempre llevaba en la mochila.

—Dame un lápiz —pidió el escocés—. Mira, aquí está el centro de visitantes. Cruzas la carretera y aquí, más o menos, tienes un camino. La torre no es muy grande, pero te aseguro que, si subes al mirador, las vistas te dejarán sin habla. Al mirador accedes desde detrás del centro de visitantes —dijo señalándolo en el mapa—. Son unos cinco minutos de subida, pero te aseguro que cuando llegues arriba valdrá la pena.

## Capítulo 15

Julia dejó el coche en el aparcamiento. Desde allí veía la torre del monumento, pero siguió las indicaciones de Leod y buscó el camino detrás del Centro de visitantes. El cielo estaba cubierto y probablemente volvería a mojarse. Sonrió, quizá tuviese suerte y pudiera disfrutar de la visita sin turistas.

Resultó ser un camino muy cómodo, que serpenteaba subiendo la montaña con una ascensión constante, pero suave. De haber llevado buen calzado habría subido campo a través, pero con las zapatillas no era buena idea.

Al llegar arriba se detuvo un para disfrutar de esa momento. A lo lejos el viaducto se erguía entre las montañas y Julia pudo imaginarse el tren echando humo mientras se deslizaba sobre sus vías. Se giró a su izquierda y la panorámica que contempló la dejó sin aliento. Las montañas enmarcaban el lago y ante él, en lo alto de la torre, se alzaba la estatua del Highlander mirando impertérrito al horizonte.

Julia sintió una extraña emoción, como si comprendiera en lo más profundo el simbolismo de aquel monumento. Durante unos minutos observó cada detalle de aquel paisaje, como si quisiera memorizarlo. Después buscó un lugar donde sentarse y lo hizo el borde del terraplén sonriendo ante las primeras gotas que le habían proporcionado ese momento de intimidad impagable.

—Maravilloso regalo de cumpleaños, Leod —dijo en voz alta.

Veinticinco años cumplía ese día y no se le hubiese ocurrido un lugar mejor que aquel para celebrarlo. En ese momento el teléfono empezó a sonar y frunció el ceño regañándose por no haberle quitado el sonido.

—Hola, chicas —dijo al descolgar.

Al otro lado sus amigas cantaron el cumpleaños feliz, una tradición ineludible.

—¡Gracias! —dijo cuando acabaron—. Siento deciros que acabáis de



cargaros un momento mágico, pero igualmente gracias.

—¿No estaréis en pleno lío? —preguntó Laura.

—¡Ay, hija qué poco tacto! —dijo María dándole una palmada en el brazo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cristina.

—Estoy sentada en una roca contemplando un paisaje inolvidable, sola en una montaña y con una ligera lluvia que acabará empapándome.

—Ya te digo, mágico, mágico —dijo Cristiana riéndose—. Hija mía, tú y yo no tenemos la misma idea de lo que es un momento mágico.

—¿Te ha regalado algo tu highlander? —preguntó Laura.

—No es mío, Laura —dijo tratando de sonar indiferente—. Ni siquiera le he dicho que es mi cumpleaños.

—Pues vaya rollo —dijo su amiga—. ¿Y no piensas hacer nada especial?

—Ya estoy haciendo algo especial. Estoy visitando el monumento para recordar a los que murieron luchando contra los ingleses en 1745 .

—¡La batalla de Culloden! —exclamó María—. ¡Dios, cómo te envidio!  
Julia se echó a reír.

—Te encantaría, María, tenemos que volver las cuatro juntas.

—¿Y qué pasa con Evan? —preguntó Cristina—. ¿Por qué no está ahí contigo?

—¿Y por qué iba a estar conmigo? —preguntó molesta—. Él tiene su vida.

Las tres amigas se miraron comprendiendo que algo pasaba. María hizo un gesto para que cambiaran de tema.

—Nuestros regalos te estarán esperando para cuando vuelvas —dijo Cristina—, pero te adelanto que vas a flipar.

—Estoy segura —dijo Julia apaciguando el tono de nuevo—. ¿Cómo está mi abuela?

—Está muy bien, tranquila.

—Te echamos de menos —dijo Laura.

—Muchísimo —confirmó María.

—Disfruta, Julia —dijo Cristina.

—¡Besos! —gritaron todas.

—Besos, chicas.

Colgó y se quedó mirando un momento la pantalla del móvil. Las gotas habían parado de caer y Julia se temió que en poco rato tendría compañía, así que guardó el móvil y se dispuso a disfrutar todo lo que pudiese del

momento.

Media hora después escuchó los primeros pasos que se acercaban y se puso de pie dispuesta a marcharse.

—¿Vas a alguna parte? —La miraba con las manos en los bolsillos de su impermeable rojo y expresión desconfiada.

—Evan... —No disimuló su sorpresa.

—Mi padre me ha dicho que estarías aquí —explicó—. Veo que le has cogido el gusto a mojarte.

—Apenas ha llovido —dijo ella muy seria.

Evan la miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué ha pasado, Julia? —preguntó—. Desde que te fuiste del hospital no he vuelto a saber de ti. No me coges el teléfono, no respondes a mis mensajes y cuando he ido a la taberna para verte me han dicho que ni siquiera has desayunado allí.

—No tenía hambre.

—Julia, por favor. ¿Te crees que soy imbécil? Tía Sam te ha dicho que me esperases allí y te has ido para no verme. ¿Qué pasa? —Se acercó a ella.

—No pasa nada —dijo dando un paso atrás instintivamente.

Evan se sacó las manos de los bolsillos y se quitó la capucha.

—¿Me tienes miedo? —miró a su alrededor como si no diera crédito—. Aquí no hay nadie más, así que está claro que me tienes miedo.

—No te tengo miedo —mintió.

—¿Vas a decirme de una puta vez lo que pasa? —preguntó molesto—. No estoy en mi mejor momento, como ya sabes. Mi padre está en el hospital, llevo no sé cuántas horas sin dormir y nos han robado porque soy tan estúpido que no me preocupo de vaciar la caja.

Julia se sintió incómoda, como cuando regañas a un niño que no entiende que lo que ha hecho está mal. Le daría una oportunidad.

—¿A dónde fuiste? —preguntó.

Evan entrecerró los ojos como si no entendiera la pregunta.

—¿Cuándo?

—Cuando acabaste en la comisaría.

El escocés apretó los labios, pero no esquivó su mirada.

—A Forthland —confesó.

Julia tragó la saliva que se le había acumulado en la garganta.

—¿Para qué?

—Vi el pin de Emma —siguió—. El que cogiste.

Julia aún lo tenía, lo llevaba en el bolsillo.

—Quería saber si había sido ella —dijo Evan.

—¿Y qué hiciste?

—Fui a su casa y le dije que si no confesaba haría que fuese a la cárcel. Le dije que teníamos el pin y que todo el mundo la había visto con él puesto.

A Julia le temblaron las manos y se las metió al bolsillo para disimular. Los ojos de Evan no se apartaban de los suyos y su mirada era tan intensa que parecía querer traspasarla con ella.

—¿Y no te hizo caso? —dijo en un tono muy bajo.

Evan dio un paso hacia ella.

—Me lo confesó todo —dijo—. Me contó que habían sido sus amigos. Yo los conocía, los había visto cuando llegaron al pueblo, eran mala gente. Me alegré cuando Emma se quedó porque así se apartaba de ellos. Se fue de la lengua después de unas cuantas copas y les contó todo lo que quisieron saber sobre nosotros. Los acompañó al hotel, pero se asustó cuando atacaron a mi padre. Trató de detenerlos y la amenazaron con matarlo si no se estaba calladita.

Julia apretaba los puños dentro de los bolsillos conteniendo la ansiedad que poco a poco la iba anegando. La respiración era agitada y el aire entraba con dificultad en sus pulmones.

—¿Y después?

—Me dio todo el dinero y me suplicó que no la delatara. Me dijo que se marcharía de Forthland y que no volvería a saber de ella.

—¿Y entonces? —insistió Julia.

Evan la miró con el ceño fruncido.

—Entonces me marché —dijo desconcertado.

—¿Te marchaste? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿Solo eso? ¿Te marchaste?

Evan estiró el brazo para cogerla, pero ella dio un salto hacia atrás y se apartó.

—¿Pero qué narices te pasa?

—¿Le pegaste?

—¿Qué? —El escocés la miraba como si estuviese loca.

—Fui a verla. —Las lágrimas afloraron a sus ojos y hablaba con voz entrecortada—. Me di cuenta de que había tenido algo que ver y fui a verla. Estaba destrozada, le habían dado una paliza terrible...

—¿Y pensaste que había sido yo? —Parecía horrorizado.

—Ella me dijo... —Julia veía su cara y un enorme sentimiento de culpa creció en el centro de su pecho—. Creí que tú...

Evan movía la cabeza con expresión dolida.

—La tienen en el hospital bajo custodia policial —explicó con expresión cansada—. Están buscando a los tipos que le pegaron la paliza, que son los mismos que atacaron a mi padre. Ella lo ha confesado todo. La golpearon cuando les dijo que me había dado el dinero y les dijo que se marcharan de Forthland.

Julia se llevó la mano a la boca para ahogar una maldición.

—Ni siquiera me concediste beneficio de la duda —dijo Evan con una mirada que hacía daño.

—Tú no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? —gritó él profundamente ofendido—. ¿Que hace muchos años decidiste que jamás creerías a ningún hombre? ¿Sin importar lo que haga? ¡No soy como tu padre!

Julia no podía contener los sollozos y las lágrimas caían a borbotones por sus mejillas. Se sentía terriblemente culpable y comprendía que la mirase con aquella dureza, pero ¡era tan difícil para ella!

—Escucha —pidió si moverse del sitio.

Evan se volvió a mirarla y lo conmovió la fragilidad que desprendía.

—Mi madre no se separó de mi padre porque le pegase la paliza de la que te hablé. —Hablaban a trompicones, tratando de contener los sollozos—. Fue a mí a la que pegó aquella vez.

La expresión de Evan se fue transformando al tiempo que su estómago se retorció.

—Mi madre no estaba en casa, había salido a comprar algo, no recuerdo el qué. Yo estaba haciendo los deberes y él llegó completamente borracho. Nunca lo había visto así. No era cariñoso conmigo, apenas si me dirigía la palabra, pero ese día fue distinto. Empezó a decirme cosas horribles. —Los sollozos habían parado y se limpió las lágrimas con la mano aunque siguieron cayendo sin parar—. No sé qué fue lo que hice o qué dije para que empezara. Lo tengo todo borroso. Solo recuerdo el dolor y la incomprensión. No lo entendía, no entendía por qué me hacía tanto daño.

—¡Dios! —Evan la abrazó sin poder soportarlo más.

Julia escondió la cara en su pecho y lloró como no había llorado nunca. Sus sollozos se hicieron más intensos y temblaba tanto que parecía a punto de convulsionar. Evan la sujetaba entre sus brazos conteniendo en ellos la

angustia que había guardado durante tanto tiempo. Después de un buen rato se calmó y cuando se separó de él vio que estaban rodeados de turistas que se esforzaban en aparentar no percatarse de nada. Julia miró a Evan con expresión avergonzada y de pronto se echó a reír a carcajadas.

—¡Dios mío, qué vergüenza! —dijo ya en el coche tapándose la cara con las manos.

—Bueno, ha sido un poco violento —reconoció Evan—, sobre todo porque debían pensar que llorabas por mi culpa.

—Y lloraba por tu culpa —dijo ella mirándolo provocadora.

Evan no cayó en la trampa.

—¿A dónde quieres ir?

—A Glencoe —dijo eludiendo su mirada.

—¿Quieres volver?

—El otro día no vi casi nada —dijo ella—. Incluso de la cueva, tan solo vi un trocito muy pequeño.

—No hay mucho que ver allí.

—Eso me gustaría decidirlo a mí, si no te importa.

Cuando llegaron a Glencoe llovía bastante y buscaron un sitio para comer y dar tiempo al clima para que cambiase de nuevo. Cuando salieron de la cafetería la lluvia había desaparecido, pero después de dar un corto paseo por el pueblo y ver que no daba mucho de sí, Julia insistió en que volviesen al lugar en el que estuvieron dos días atrás.

Las tres hermanas los recibieron con altanera indiferencia y Julia se recreó disfrutando de las vistas durante unos minutos. Quería absorber hasta el último detalle de aquel día.

Ya se conocía el sendero y caminó delante de él. No quería que nada se interpusiera entre el paisaje y su mirada. Tenía la sensación de que estaba fabricando uno de esos momentos que se recuerdan toda la vida.

Cuando llegaron frente a la entrada de la cueva se volvió un momento a mirarlo.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo.

Los troncos seguían donde ellos los dejaron. Estaban apagados, pero nadie parecía haber visitado ese lugar en los dos días que habían pasado. Julia pensó que era cierto lo que le dijo Evan y que nadie más conocía la cueva.

Dejó la mochila en el suelo y miró a su alrededor.

—Podríamos poner unas antorchas —dijo señalando las paredes.

—Claro —afirmó él—, y traernos una mesita y dos sillas.

Julia se echó a reír y Evan sintió que le estallaba el pecho.

—Adoro tu risa —dijo.

Julia se acercó despacio sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Ahora quiero mi regalo —dijo.

Evan sonrió sin apartar la mirada de sus labios.

—Miraré a ver qué llevo en mi mochila —dijo con expresión inocente.

Rebuscó entre lo que llevaba y sacó una manta y una caja de preservativos—.

Anda, mira qué bien.

Julia se sonrojó. ¿Tan evidente era?

—Voy a prender estos troncos, que aún les queda mecha —dijo él sin dejar de sonreír.

Julia lo observó trabajar acuclillado frente a la hoguera. Sus muslos tensos parecían capaces de sostener un gran peso y sus brazos podrían levantarla sin inmutarse. Cuando el fuego empezó a chasquear, las llamas se alargaron ondulantes como lenguas lascivas saboreando los troncos.

Evan sintió las manos de Julia en su espalda y se puso de pie despacio, sin darse la vuelta. Ella lo rodeó con sus brazos y metió las manos por debajo de su camiseta. Sus pequeños dedos acariciaron su piel y él iba inflamándose con aquel contacto, deseando guiarla hacia lugares mucho más sensibles.

Se dio la vuelta para participar de la fiesta y la ayudó a deshacerse de su camiseta sacándosela por la cabeza. Esta vez no esperó a que ella se librase del sujetador y se lo quitó él mismo. Había soñado con ver de nuevo aquellos pechos y los rodeó con sus manos en cuanto fueron liberados. Se inclinó sobre uno de sus pezones y capturó con sus labios hasta endurecerlo. Después hizo lo mismo con el otro mientras Julia sentía que iba a perder la cabeza.

La humedad en sus pezones se enfriaba al ser abandonados por su boca y Julia tiritó a pesar del fuego y del calor que irradiaban sus cuerpos.

Evan extendió la manta junto al fuego y se desnudó frente a ella dejando que lo observara un momento.

—Quítate la ropa —ordenó sin apartar la mirada de sus ojos.

Julia obedeció sin pensarlo y temblando de excitación y nerviosismo. Evan se acercó y la acarició suavemente, primero el cuello, los pechos y luego bajó por el abdomen hasta detenerse justo antes de llegar al lugar que ansiaba tocar y saborear.

La rodeó con brazos cálidos y firmes. La besó despacio, sosteniéndola, explorando sin prisa con su lengua, penetrándola incansable. Parecía conocer el modo exacto cómo a ella le gustaba, como si no hubiese hecho otra cosa en su vida más que besarla.

Sus labios eran suaves y rozaban los de Julia con una dulzura insospechada. Ella se entregó sin reservas, ansiosa y paciente al mismo tiempo, maravillada del tumultuoso descubrimiento que sentía apretado contra su pelvis dejando constancia de su dureza.

Evan la tumbó con delicadeza sobre la manta, asegurándose de que no había nada que pudiese hacerle daño. Cuando estuvo seguro de que estaba bien se dedicó a recorrerla con su boca, deteniéndose en cada lugar que le arrancaba un suspiro o provocaba el movimiento de sus caderas. Cada cosa que tocaba con los labios repercutía entre sus piernas.

—Estoy loco por ti —dijo Evan mirándola—, pero te auguro que esto va a ser lento. Pienso deleitarme contigo hasta que no pueda más.

Julia sonrió con timidez.

—Así que has pensado en esto —dijo.

—¿Pensado? Tendrías que haberme visto esta mañana en la ducha —dijo cogiendo una de sus manos y llevándola hasta su pene.

Cogió el preservativo y lo sacó de su envoltorio para ponérselo y después colocó su mano entre las piernas de Julia y separó los resbaladizos labios dejándola expuesta.

—¡Joder, Julia! Esto va a ser más difícil de lo que esperaba —resopló colocándose sobre ella.

Su cuerpo se estremeció al notar la presión en su sexo. Cuando empezó a entrar ella dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

—Rodéame las caderas con las piernas y guíame —dijo él mirándola a los ojos—. Y no dejes de mirarme, así sabré lo que sientes.

Julia hizo lo que le decía. Se sentía como una adolescente: estúpida e inmadura. Ahora se arrepentía de no haber tenido un sinnúmero de experiencias que la ayudaran a disfrutar de aquel hombre que tenía entre sus piernas. Él se movía lento, con mucho cuidado. Julia se tensó sin querer haciéndolo un poco más difícil.

—Si quieres que pare... —ofreció Evan.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó ella mirándolo con una clara amenaza en los ojos—. No soy ninguna florecilla, no hace falta que me trates como si me fuera a romper. Bueno, en cierta manera me voy a romper, pero en este caso

es bueno...

Evan aprovechó que se había despistado, y sus músculos internos se habían relajado, para arremeter con una firme embestida y derribar la barrera. Se quedó quieto unos segundos para evaluar el grado de molestia.

—¿Ha sido muy doloroso? —preguntó.

Julia negó con la cabeza y Evan empezó a moverse con suavidad constante profundizando un poco más con cada estocada, mientras el cuerpo de ella cedía centímetro a centímetro.

Evan enlazó sus dedos y llevó sus manos por encima de la cabeza haciendo que sus erizados pechos se restregasen contra él.

—Querría vivir dentro de ti —susurró sin dejar de mirarla

Sintió que su carne ceñía el miembro masculino y Evan se arrastró profundamente en su interior. Julia se sintió por fin completa, ahora formaba parte de él. Era un sentimiento profundamente devastador. Empezó a moverse sin saber que era lo que la impulsaba a ello, tan solo dejándose llevar por aquella danza erótica que combinaba empuje y aceptación en un vaivén imparable. Él se alejaba dejándola vacía para volver de nuevo cada vez con más intensidad y fuerza.

—Ya estás lista —dijo Evan saliendo de su interior y colocándose de rodillas.

Levantó las piernas de Julia y las puso sobre sus hombros para volver a penetrarla, al tiempo que jugaba con su clítoris mientras lo hacía.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella.

Salía y entraba a placer, sin dejar de acariciarla con movimientos suaves. Evan sentía las contracciones de Julia alrededor de su pene y sabía que no faltaba mucho, pero quería asegurarse de que recordaba aquella primera vez. Colocó la mano que tenía libre entre sus pechos, como si pretendiera inmovilizarla mientras seguía envistiéndola sin descanso. El sudor había perlado el cuerpo masculino que estaba realizando un esfuerzo titánico.

Cada vez que Julia sentía que iba a estallar él se detenía un instante y volvía a empezar de nuevo. Hasta que no pudo retrasarlo más y el cuerpo de Julia se estremeció en constantes oleadas de placer, arrastrándolo con ella.

—¿Ha sido cómo imaginabas?

Evan la tenía abrazada y Julia contemplaba las llamas con la cabeza apoyada en el pecho masculino. Levantó la mirada y la posó en aquellos dos cristales azules. Negó con la cabeza.



—Esto no puede imaginarse —dijo.

Evan la miraba como el que trata de descifrar un jeroglífico con tan solo la mitad de las equivalencias. Había algo de inevitable en aquel momento. En la cueva. En sus cuerpos desnudos y tan juntos. Era un «nosotros» grabado en las grietas de la Tierra. Una palabra que daba miedo porque te deja a su merced, te hace formar parte de algo y sin ese algo ya no eres nada.

Cerró los ojos un instante, como dándose tiempo para que su esencia, lo verdaderamente importante pudiese huir. Cuando volvió a abrirlos la encontró mirándolo, con el cabello desordenado y los labios rosas y húmedos.

—Quiero más —dijo.

Y su voz sonó como la de una niña que quiere seguir jugando en el parque, aunque para ello deba saltarse la comida.

Evan se inclinó para besarla y sus bocas encajaron tan perfectamente que parecían haberse diseñado así: juntas. Julia notaba su corazón bombeando contra la palma de su mano que mantenía apoyada en su duro pecho.

La levantó, cogiéndola por la cintura, y la guio para que se sentara a horcajadas sobre él.

—Esta vez mandarás tú —dijo con la voz ronca.

—Tendrás que traer más troncos —dijo Julia abrochándose el botón del pantalón.

Evan la miró con una sonrisa cómplice y asintió. Se agachó para ponerse las botas y abrocharse los cordones. Julia se calzó las zapatillas, cogió el móvil de su mochila y encendió la linterna.

—Voy a explorar un poco —dijo y sin esperar respuesta se adentró en la parte más oscura de la cueva.

Evan la observó avanzar con preocupación.

—Espera, Julia, tiene muchos recovecos y puedes hacerte daño.

Julia no le hizo caso y desapareció adentrándose en la oscuridad. Evan se apresuró a abrocharse el cordón de la segunda bota y la siguió.

—Julia, espera...

—¡Aaaaah!

El grito fue precedido de un estruendo y el ruido de piedras cayendo aceleró el corazón del escocés que se temió lo peor.

—¡JULIA! —gritó.

—¡Estoy aquí! —respondió ella.

Evan veía una luz que salía del suelo dos metros más allá. Encendió la linterna de su móvil mirando bien dónde pisaba, hasta llegar al socavón que acababa de abrirse bajo los pies de Julia. Cuando el escocés miró en aquel agujero se llevó la sorpresa de su vida.

—Creo que he encontrado la tumba de Margaret —dijo la española mirándolo con una extraordinaria expresión de felicidad.

## Epílogo

—¿Estás segura de querer irte a Escocia? ¿No puede venirse él aquí?

Las cuatro tenían las manos cogidas y sus amigas la miraban con tristeza. La habían estado ayudando a preparar las maletas, pero no se hacían a la idea.

—Ya sabéis que él no puede dejar el negocio familiar —volvió a explicarles—. Es más sencillo para mí.

—Pero ¿y nosotras?

—Vosotras vendréis a vernos siempre que queráis. —Rosario salió de la habitación ya lista para marcharse.

—¡Ay, señora Rosario! —exclamó María levantándose a abrazarla—. A usted también la vamos a echar mucho de menos.

—Anda, anda, no seas tonta, María. Piensa que ahora tendréis un sitio al que ir de vacaciones gratis —respondió la anciana abrazándola también—. Evan me ha conseguido una casita muy cerca del hotel y tendré dos habitaciones libres. Podéis venir cuando queráis. Y espero que lo hagáis a menudo.

Las chicas fueron a abrazar a la anciana. Se turnaban en los cariños entre la nieta y la abuela a las que querían como si fueran parte de su familia.

Julia las miró con ternura y una dulce tristeza. Las echaría de menos porque, aunque su corazón estaba pletórico ante la idea de convivir con Evan, sabía que las necesitaba en su vida.

Cuando regresó de su viaje volvió todo su mundo del revés. El de todas.

Ella y Evan estaban profundamente enamorados y tenían claro que no querían separarse. Por eso la acompañó dispuesto a conocer a su abuela y con el deseo de conquistarla, como había hecho con ella.

No solo conquistó a Rosario, también se ganó el afecto de las chicas que lo acogieron con los brazos abiertos. Al menos hasta que desveló sus planes, entonces los cerraron un poco.

Evan le explicó su abuela que no podía dejar a su padre y el negocio, pero que sabía que Julia no se iría a Escocia sin ella. Le propuso hacer una visita a

Forthland, conocer el lugar antes de dar una respuesta.

Julia sonrió al ver a su abuela abrazando a las chicas. No imaginaba lo mucho que le gustaría Escocia, de lo que sí estaba segura era de que se llevaría bien con Leod.

Le sorprendió mucho la leyenda de La Dama del anillo y que su nieta hubiese descubierto la tumba de Margarita de Glencoe.

Casi tanto como la sorprendió a ella ver el dibujo que su madre había arrancado del cuaderno. Aún se le ponía el vello de punta al recordar el momento en el que su abuela lo sacó de dentro del vinilo en el que Gloria lo guardó después de arrancarlo. Era el retrato de un Highlander ataviado con un plaid sujeto con cinturón, hecho con el tartán del Clan MacDonald. En el cinto podía verse un puñal y una bolsa de cuero con las letras ECD, a la izquierda colgaba una espada y en el hombro sujetaba un fusil. Su mirada era fiera y la pose firme y segura. Era un retrato exacto de Evan portando las armas que había visto colgadas en la pared del hotel, en el cuartito en el que Leod le dio a probar el *drambuie*. Tuvo en sus manos aquella bolsa de cuero con las letras grabadas, unas letras que ahora, a la vista del retrato resultaban mucho más inquietantes. ¿Podía ser que significasen: Evan del Clan MacDonald? Julia le pidió a su abuela que no se lo mostrase a nadie jamás.

—¿Por qué? —le había preguntado Rosario.

—Mi madre lo arrancó del cuaderno por algo, abuela —le respondió ella—. Hay cosas que es mejor no saber.

—Es hora de marcharnos —dijo poniéndose de pie y cogiendo dos de las maletas—. Vámonos de una vez, que si encontramos tráfico perderemos el avión.